GRANDES OBRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL

# CUENTOS DEL BRASIL

## Antología

Kapelusz

ISBN 950-13-2319-[illegible]

20583

Cuentos del Brasil - Antología

GRANDES OBRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL

# CUENTOS DEL BRASIL

## Antología

Kapelusz

# CUENTOS DEL BRASIL

## Antología

Selección, traducción, estudio preliminar y notas de
**Carlos Alberto Pasero**

Kapelusz

**Dirección autoral:**
Martha Güerzoni de García Lanz

**Coordinador de edición:**
Jorge Darrigrán

**Revisión y corrección de estilo:**
Dora Di Sarli

**Tapa:**
José Angel Escada

**Ilustraciones:**
Dreizzen

© KAPELUSZ editora s.a.
Moreno 372, C.P. 1091, Buenos Aires

ISBN 950-13-2319-6

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA.
Printed in Argentina.

Están prohibidas y penadas por la ley la reproducción y la difusión totales o parciales de esta obra, en cualquier forma, por medios mecánicos o electrónicos, inclusive por fotocopia, grabación magnetofónica y cualquier otro sistema de almacenamiento de información, sin el previo consentimiento escrito del editor.

# ÍNDICE

## ESTUDIO PRELIMINAR

1. El cuento entre la crónica y la novela 1
1.1 El proceso de conformación de un género 3
1.2 Machado de Assis cuentista 5
*1.2.1 Casuística machadiana* 8
1.3 El cuento de humor 11
1.4 El cuento regional 12
1.5 El cuento urbano 15
1.6 El polo modernizador: las vanguardias y el conflictivo carácter nacional 18
1.7 Posteridades 22

*Nuestra edición* 23
*Breve cronología histórico-literaria del cuento brasileño* 27

## CUENTOS DEL BRASIL

**Joaquim Maria Machado de Assis** 33
Cuento de escuela 35
Padre contra madre 45

**Artur Azevedo** 59
El plebiscito 61
El gramático 65

**João Simões Lopes Neto** 71
El buey viejo 73
Contrabandista 77

**Valdomiro Silveira** 87
Canhambóra 89
Última carpida 95

**João do Rio** 101
El hombre con cabeza de cartón 103
El bebé de tarlatana rosa 113

**Afonso Henriques de Lima Barreto** 121
La nueva California 123
El hombre que sabía javanés 135

**Mário de Andrade** 147
Vestida de negro 149
El pavo de Navidad 159

**António de Alcântara Machado** 167
Nacionalidad 169
Apólogo brasileño sin velo de alegoría 175

*Bibliografía general* 181
*Guía de Trabajos Prácticos* 185

# ESTUDIO PRELIMINAR

"Es género difícil, a despecho de
la aparente facilidad, y creo que esa
misma apariencia le hace mal, apartándose
de él los escritores, y no dándole
el público, pienso yo, toda la atención
de la que es muchas veces merecedor."

MACHADO DE ASSIS

## 1. El cuento entre la crónica y la novela

El epígrafe que distingue esta página se refiere, lógicamente, al cuento; pertenece a un famoso ensayo de 1873, "Noticia de la actual literatura brasileña. Instinto de nacionalidad"[1] y encierra elípticamente una serie de cuestiones que se conectan directamente con nuestro tema: en general, se trata de la estrecha relación que hay entre el cuento y la búsqueda de un público lector que reconociera su especificidad y autonomía en sus comienzos en el Brasil.

El cuento, por su ubicuidad, procura su público de manera tan problemática como otros géneros, de forma menos obvia que la novela o el teatro por ejemplo, pero no menos interesada, según las circunstancias de producción y de recepción. La cita de Machado, apunta, tal vez, a una dificultad relacionada con la recepción, como es el soporte del cuento en sus orígenes, el folletín, una banda al pie de la primera página de los periódicos que se destinaba a incluir textos artísticos y de entretenimiento, críticos o de interés humano. En ese espacio se insertaba el cuento y, entonces, debía competir con otros productos, los poemas satíricos, por ejemplo, pero sobre todo con la crónica. En un principio folletín y crónica eran sinónimos. Con el tiempo se produjo un deslinde semántico: el primer vocablo pasó a designar un espacio en el diario mientras que el segundo comenzó a denominar un género.

El término "crónica" asumió un sentido un tanto diferente del estrictamente etimológico (es decir, como relato de acontecimientos

[1] *Obra Completa*. 3ª. ed., Río de Janeiro, Aguilar, 1972. Vol. 3, pág. 801-9.

presentados en un orden cronológico). En el ámbito del portugués, pero también en español, el término crónica pasa a designar una forma literaria específica, en prosa, ligada al periodismo que surge en el siglo XIX. La crónica, que se parece a un cuento y con el que muchas veces se la confunde, (por eso vale la aclaración), puede ser definida y perfilada como un relato o comentario entre ensayístico y anecdótico de hechos cotidianos, hechos que generalmente escapan a la noticia pero que el tono humano y agudo del cronista aprovecha para extraer una lección de filosofía práctica. Es lo que los ingleses llaman "personal essay". Muy inestable estructuralmente, la crónica asimila en su cuerpo retazos de otras modalidades discursivas, jirones de otros géneros, por eso es, esencialmente, proteiforme; no obstante puede tomarse en cuenta la clasificación de Afrânio Coutinho, y tendríamos de este modo crónicas narrativas, crónicas metafísicas, crónicas líricas y crónicas comentarios [2]. Desde los comienzos de la crónica, a mediados del siglo XIX, hasta el presente, Brasil ha dado excelentes cronistas: Machado de Assis, João do Rio, Mário de Andrade, Carlos Drummond de Andrade, Rubem Braga, para nombrar sólo algunos gigantes.[3]

En líneas generales, la cita de Machado de Assis es una advertencia implícita de que el cuento no debe ser consumido como la crónica. Me parece entrever el acento puesto en la LITERATURA, con mayúsculas.

Las palabras de Machado incluyen otro problema: el prestigio, o el desprestigio del género, la desvalorización por parte de autores y público. Considerado por muchos como un género menor, se lo practicaba apenas como un ejercicio preparatorio para labor de más largo aliento, la novela. Porque prestigio sí tenía esta forma literaria con la cual el cuento competía tímidamente, lo que en portugués se llama romance, la novela, narrativa extensa, abarcadora y omnisciente de la burguesía, la cual, en sucesivas entregas, también ocupaba el lugar del folletín.

[2] Coutinho, Afrânio, "Ensaio e crônica", en *A literatura no Brasil* . 2ª ed., Rio de Janeiro, Sul Americana, 1971, v.6, pág. 105-28.

[3] Sobre la crónica consultar: Cândido, Antônio, "A vida ao rés-do-chão", en Andrade, Carlos Drummond de et alii, *Para gostar de ler; crônicas*. São Paulo, Ática, 1979-80, pág. 4-13. Sá, Jorge de, *A crônica*. 2ª ed., São Paulo, Ática, 1985. *Boletim Bibliográfico Biblioteca Mário de Andrade* (número especial dedicado a la crónica), vol. 46, nº 1/4, 1985.



Lo que reclama Machado, como dije, es una lectura diferenciada para el cuento, la necesidad de consumirlo de manera distinta a otras especies de estructura conexa o simplemente vecinas en el espacio del folletín. El cuento, entonces, debe abrirse camino entre la crónica y la novela.

## 1. 1 El proceso de conformación de un género

Pero ¿qué es el cuento? He aquí un problema difícil de aclarar si no se atiende al marco estético en el cual surge y se desarrolla el cuento moderno, el Romanticismo, y el vehículo principal, el folletín.

En la evolución periodística del cuento hay una etapa estructural previa: el folletín, del que evolucionarán posteriormente y de manera diferenciada, la crónica y el cuento literario. Desde 1836 hay evidencias de producción narrativa breve en la prensa periódica a imitación de los folletines que acostumbraban publicar los diarios franceses desde 1830. Eran textos a mitad de camino entre la crónica y el cuento, más precisamente, se me ocurre, "protocuentos". Barbosa Lima Sobrinho, que ha investigado detenidamente esta etapa, afirma que el cuento se propagó en el Brasil durante el Romanticismo y que sus autores primigenios fueron periodistas, formados en los modelos europeos, que tenían la intención comercial, de trasplantar al Brasil un tipo de ficción, que estaba teniendo gran éxito en los periódicos de Europa. El primer "protocuento" sería "A caixa e o tinteiro" ("La caja y el tintero"), publicado por Justiniano José da Rocha en su periódico O Cronista, el 26 de noviembre de 1836. Ya dos años después el mismo autor da a conocer un texto más ajustado a las convenciones del género, el cuento "Um sonho" ("Un sueño").[4]

Estas convenciones del género se elaboran durante el Romanticismo. En esta etapa se da perfil a un género que va a englobar otras prácticas narrativas breves, provenientes de otras épocas, como la fábula, el apólogo, el ejemplo, los cuentos orales de la tradición folclórica. La teorización hecha por Edgar Allan Poe en 1842, en reseña a propósito de los relatos de su compatriota Hawthorne, resulta paradigmática porque los principios constructivos por él apuntados conden-

[4] Ver: Barbosa Lima Sobrinho, *Os precursores do conto no Brasil*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1960.

san lo que se entiende más o menos unánimemente por cuento moderno, en el sentido de la expresión inglesa "short-story", concepción que heredarán los escritores brasileños: Una pieza de ficción en prosa breve, posible de ser leída ininterrumpidamente y cuyo enredo es producto de la imaginación del autor. Eichenbaum lo ha caracterizado así:

El cuento se construye sobre la base de una contradicción, de una falta de coincidencia, de un error, de un contraste, etc. Pero esto no es suficiente; en el cuento como en la anécdota, todo tiende hacia la conclusión. El cuento debe lanzarse con impetuosidad, como un proyectil lanzado desde un avión para golpear con su punta y con todas las fuerzas el objetivo propuesto. (...) *Short story* es un término que implica siempre una historia y que debe responder a dos condiciones: dimensiones reducidas y acento puesto sobre la conclusión. [5]

De trama concentrada, el cuento se circunscribe a una sola intriga lineal y objetiva, a un solo núcleo narrativo. Todos los elementos deben convergir en un final sorpresivo. El cuento presupone un prolijo trabajo de selección de los datos que se le presentarán al lector, evitando en todo momento cualquier digresión, por más mínima que sea. Este conjunto de cualidades apunta a captar la atención de un lector requerido por otros mensajes, un lector apurado y ansioso como es el lector de la prensa periódica. El cuento apuesta al efecto, de ahí que el dominio de su técnica sea preocupación permanente del escritor. Esta forma va a constituir una solución hegemónica pero no exclusiva dentro del cuento en la medida en que, como dije, tras esta concepción retórica del cuento se alinearán especies narrativas breves de más larga tradición. En el ámbito de la lengua portuguesa es preciso tener en cuenta, además, que existe la oposición con la "novela", en el sentido de la palabra italiana "novella", de origen renacentista, lo que en español equivale a "novela corta". A diferencia del cuento, la "novela" (la novela corta) contiene más de un núcleo narrativo en yuxtaposición con predominio de la acción y la sucesión de acontecimientos.[6]

[5] Eichenbaum, E., "Sobre la teoría de la prosa", en Todorov, T. (comp.), *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. 4ª ed., México, Siglo XXI, 1980, pág. 151.

[6] Sobre el cuento consultar además del ya citado trabajo de Eichenbaum: Baquero Goyanes, Mariano, *Qué es el cuento*. Buenos Aires, Columba, 1967. Rest, Jaime, *Novela, cuento, teatro: apogeo y crisis*. Buenos Aires, C.E.A.L., 1971. Lancelotti, Mario A., *De Poe a Kafka. Para una teoría del cuento*. 3ª ed., Buenos Aires, Eudeba, 1974. Hell, Victor, 'L'art de la brièveté. Genèse et formes du récit court: 'Short Stories' et "Kurzgeschichte'", en *Revue de Littérature* Comparée, nº 50, 1976, pág. 389-401. Castagnino, Raúl H., *"Cuento-artefacto" y artificios del cuento*. Buenos Aires, Nova, 1977. Serra, Edelweis, *Tipología del cuento literario: textos hispanoamericanos*. Madrid, Cupsa, 1978. Anderson Imbert, Enrique, *Teoría y técnica del cuento*. Buenos Aires, Marymar, 1979.



## 1. 2 Machado de Assis cuentista

Los inicios estéticos del cuento brasileño hay que buscarlos en la vasta obra de Joaquim Maria Machado de Assis.[7] Focalizar el cuento machadiano implica estudiar tanto lo inicios como la madurez del género.

La obra de Machado de Assis en el terreno del cuento es bien dilatada. Abarca un período de actividad editorial que va desde 1858 a 1907, y que contabiliza la cifra de aproximadamente doscientos textos, publicados en diarios, revistas y libros. La personalidad literaria de Machado preside el último cuarto del siglo XIX no sólo por su maestría, que irá afirmándose progresivamente hasta hacerse indiscutible sino, además, por lo ambicioso y sostenido de su labor.

Él fue el primer escritor brasileño que le otorga verdadera importancia al cuento, encarándolo como un forma autónoma. Las advertencias y notas preliminares de Machado para sus libros de cuentos reúnen breves pero claras indicaciones sobre la importancia que le asig-

[7] La bibliografía sobre *Machado de Assis* es muy extensa. Consigno algunos títulos indispensables: Bosi et alii, Machado de Assis. São Paulo, Ática, 1982. Gledson, John, *Machado de Assis: ficção e história*. Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1986. Machado de Assis: impostura y realismo. São Paulo, Companhia das Letras, 1991. Gomes, Eugenio, *Machado de Assis. Influencias inglesas*. Rio de Janeiro, Pallas/MEC, 1976. Magalhães Junior, R., Vida e obra de Machado de Assis. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira/INL, 1981, 4 vols. Massa, Jean Michel, *A juventude de Machado de Assis. Ensaio de biografia intelectual*, trad: M. A. de Moura Matos. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira/CNC, 1971. Matos, Mário, "Machado de Assis, contador de histórias", en Assis, Machado de, *Obra completa*. 3ª ed., Rio de Janeiro, Aguilar, 1974, vol II. Pereira, Lúcia Miguel, *Machado de Assis (estudo crítico e biográfico)*. São Paulo, Ed. Nacional, 1936. Riedel, Dirce Côrtes, *Metáfora, o espelho de Machado de Assis*. Rio de Janeiro, Alves, 1974. Schwarz, Roberto, *Ao vencedor as batatas*. São Paulo, Duas Cidades, 1977.

naba al género y sobre los elementos de su poética. Transcribo, a título de ejemplo, la advertencia de *Várias histórias*:

Mon ami, faisons toujours des contes...Le temps se passe, et le conte de la vie s'achève, sans qu'on s'en aperçoive. (Amigo mío, hagamos siempre cuentos... El tiempo pasa, y el cuento de la vida se acaba, sin que nos demos cuenta.) Diderot.

Las Varias Historias que forman este volumen fueron escogidas entre otras, y podrían ser acrecentadas, si no conviniera limitar el libro a sus trescientas páginas. Es la quinta colección que doy al público. Las palabras de Diderot que van por epígrafe en la portada de esta colección sirven de disculpa a los que hallen excesivos tantos cuentos. Es un modo de pasar el tiempo. No pretenden sobrevivir como los del filósofo. No están hechos de aquella materia, ni de aquel estilo que dan a los de Mérimée el carácter de obras maestras, y colocan a los de Poe entre los primeros escritos de América. El tamaño no es lo que le hace mal a este tipo de historias, es naturalmente la calidad; pero hay siempre una cualidad en los cuentos, que los torna superiores a las grandes novelas, si tanto unas como otros son mediocres: es el que sean cortos. M. de A.

Cuando se estrena públicamente en el género, Machado tenía diecinueve años. En 1858, en el periódico bisemanal *Marmota Fluminense* de Paula Brito aparece "Tres tesouros perdidos". A partir de entonces su nombre se irá haciendo más frecuente hasta alcanzar una presencia notable durante casi cinco décadas, ejerciendo la crítica literaria, el periodismo político, la crónica, el teatro, el cuento, la novela y la poesía.

La producción cuentística de Machado se manifiesta, en cuanto a la difusión, en dos instancias diferenciadas: la prensa periódica y el libro. Cada uno de estos dos soportes requieren, para un mismo material, lecturas diversas. Las selecciones que el propio autor presentará al público de su obra dispersa en diarios y revistas *( A Época, A Semana, Gazeta Literária, Gazeta de Notícias, Jornal das Famílias)* en forma de libro nos habla de las aspiraciones y de la conciencia de un escritor que procura la perdurabilidad y la trascendencia de la literatura.

Siete son los libros que recogen un tercio del total previamente publicado en la prensa: *Contos Fluminenses* ("Cuentos fluminenses", 1869); *Histórias da Meia Noite* ("Historias de la medianoche", 1873); *Papéis avulsos* ("Papeles dispersos", 1882); *Histórias sem data* ("Historias sin fecha", 1884); *Várias histórias* ("Varias historias", 1896); *Páginas recolhidas* ("Páginas recogidas", 1899) y *Relíquias da casa velha* ("Reliquias de la casa vieja", 1906). Los dos primeros libros corresponden a lo que tradicionalmente la crítica llama el "primer Machado". Haciendo un paralelo con el desarrollo de la novela, el "segundo Machado", el que se inicia al comenzar la década del '80 con *Memórias póstumas de Brás Cubas*, tiene su comienzo en el plano del cuento con *Papéis avulsos*. Es un tiempo en el cual cobra forma el estilo experimental y lúdico de Machado; su escritura se sacude (paródicamente) las convenciones de la estética romántica y comienza un camino de construcción de una obra que se aparta de los moldes habituales, una obra ex-céntrica y personal. Constituye una línea paródica, satírica y antimimética que aún puede sorprendernos en diálogo fluido con nuestro presente literario: "O alienista" ("El alienista"), "Teoria do medalhão" ("Teoría del figurón"), "As academias de Sião" ("Las academias de Siam"), "A igreja do diabo" ("La iglesia del diablo"), entre otros, nos revelan una dimensión de la obra machadiana que, vista a la distancia, como consecuencia de los avatares de la recepción y la evolución de los sitemas, aparece en sintonía con las tendencias de la literatura actual.

Las lecturas de Machado, asimiladas a su narrativa, explican muchos aspectos poco comunes en relación con el sistema literario de su época. En el caso del cuento esas lecturas incluyen no sólo a sus contemporáneos, a los que como crítico atento conocía, o a los maestros previsibles, Poe, Hoffmann, sino también a autores menos esperables: Luciano, Rabelais, Cervantes, Sterne, Swift, Diderot, Voltaire. El cambio aparentemente brusco de modalidad y estética está en parte asociado a un proceso dialéctico, a un proyecto de búsqueda y formación de un lectorado. Es un proceso paulatino y dirigido, creo, en gran parte, conscientemente por el autor, proceso en el cual se reivindican los fueros de la literatura como un espacio para la creación en libertad, fuera de las tiranías de la moda y el gusto, y en el cual pudiera ser construida una obra nacional en profundidad. Al mismo tiempo las experiencias heterodoxas de Machado, filiadas a modelos literarios fuera de los circuitos habituales de la canonización temporaria, responden a la necesidad de expresar literariamente, como lo ha demostrado Roberto Schwarz, una sociedad periférica y desacompasada.[8]

[8] Ver Schwarz, Roberto, *Um mestre na periferia do capitalismo*. São Paulo, Duas Cidades, 1990.

Pero, necesariamente previo al Machado de *Papéis avulsos*, existe una serie de cuentos más apegados a los formulismos esperados por los lectores o, mejor, lectoras de folletines. Si se me permite la simplificación, los primeros cuentos de Machado podrían encerrarse bajo el rótulo de "cuentos de galanteo e intriga amorosa". Es una línea que domina casi monolíticamente los dos primeros libros, *Contos fluminenses* e *Histórias da meia noite*. El arquetipo básico estaría ejemplificado por el relato que inicia *Contos fluminenses*, "Miss Dollar". En general, este primer volumen pone en escena una fórmula temático-ideológica: *lo auténtico contra lo falso*, es decir, las relaciones de clase y las desigualdades sociales focalizadas, en superficie, por una visión convencionalmente moralista pero que, no obstante, ya contruyen sistemas internos de contradicciones oblicuamente análogos a los de la sociedad.[9]

El modelo irá evolucionando en sentido "negativo" y los sucesivos relatos de galanteo e intriga amorosa entrarán, en tanto parodias, francamente en el terreno de lo anti-idílico. De aquí en más, la fórmula incluirá el engaño, la infidelidad, los triángulos amorosos, la venganza, las pasiones no correspondidas. Se impondrá lo auténtico, se tematizará la hipocresía que recubre apariencias engañosas, socialmente convenientes, y que la literatura se encargará de develar. La transición de lo idílico a lo anti-idílico se corresponde con el pasaje de una estética romántica idealista a una realista.

## *1. 2. 1 Casuística machadiana*

En el dominio del realismo se perfila una línea temática que me gusta llamar "casuística machadiana". Se compone de por lo menos cuatro cuentos, dos de los cuales están incluidos en esta antología: "O enfermeiro" ("El enfermero"), "Cuento de escuela" en *Várias histórias*, "O caso da vara" ("El caso de la vara") en *Páginas recolhidas* y "Padre contra madre" en *Relíquias da casa velha*. Son relatos que analizan los mecanismos justificatorios de la conciencia ante el primado del interés egoísta, terreno en el cual, la moral, entendida como la metafísica de los valores absolutos e imperativos categóricos se deshace ante una circunstancia social o cultural que trasciende al individuo.

[9] Ver Bosi, Alfredo, "Situaciones machadianas", en Assis, Machado de, *Cuentos*, Trad. Santiago Kovadloff. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, IX-XXXVII.



En "Pai contra mãe"[10], por ejemplo, la lógica interna de las acciones elabora un sistema de oposiciones análogo a la dinámica social que sostiene la esclavitud y justifica las motivaciones de los personajes, presente ya desde el título. El cuento se inserta, retrospectivamente, en la polémica sobre el esclavismo en la literatura brasileña. Esta polémica tuvo su apogeo alrededor de 1880, cuando cobra mayor efervescencia la campaña por la abolición. Machado de Assis participó activamente de esa campaña como periodista.[11] El comienzo del relato es una mirada irónica sobre instrumentos y métodos, y asume el discurso de la historia. El núcleo central focaliza un episodio protagonizado por un hombre dedicado a la tarea de cazar esclavos. Es un sujeto que se ubica en los márgenes del grupo que hacía posible la esclavitud. El cuento pone en el tapete un problema que es aparentemente de elección ética pero en un sistema en donde la ética de los imperativos absolutos no tiene el más mínimo lugar. Tanto el padre (blanco) como la madre (negra) tienen destinatarios semejantes, la paternidad en el primer caso, la maternidad en el segundo. Se correlacionan aquí dos niveles, uno natural y otro social. El conflicto radica en el nivel social. Cada uno de los personajes tiene un objetivo que es socialmente incompatible con el del otro: esclavitud versus libertad. El texto enuncia la legalidad de este conflicto: "... el orden social y humano no siempre se alcanza sin lo grotesco, y alguna vez sin lo cruel". La oposición de un orden natural y un orden social es posible desdoblarla en sus contrarios: orden social versus desorden social. La lógica del orden social funciona de esta manera: si el cazador dejara libre a la esclava atentaría contra el orden social, asentado en la sumisión de los esclavos, en desmedro del orden humano pues perdería su

[10] Resumo las observaciones de mi trabajo "El orden versus el desorden: 'Pai contra mãe' de Machado de Assis", leído en las *Primeras Jornadas de Arte, Literatura y Medios. Masculino /Femenino: Las marcas del género*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1992.

[11] Durante mucho tiempo se tejió la imagen de un Machado desinteresado de los asuntos públicos. Después de los estudios de Brito Broca y Magalhães Júnior, quienes acumularon evidencias sobre la participación del escritor en cuestiones políticas, esa imagen ha quedado definitivamente superada. Véase: Broca, Brito, *Machado de Assis e a política e outros estudos*. Rio de Janeiro, Simões, 1957. Magalhães Júnior, Raimundo, *Vida e obra de Machado de Assis*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1981, vol.3.

derecho a la paternidad. Por otra parte, respetar el orden humano atendiendo a las súplicas de la esclava implicaría dejarla en libertad lo que sería equivalente a un desorden social. El imperio del orden social desdobla el orden natural. La contradicción, aparente, estaría en el desorden que significa el aborto. No obstante, la formalización estética de las circunstancias sociales en el relato permite abstraer un sistema más complejo. Nótese que el desorden natural que implica el aborto no es registrado por la conciencia de Cándido Neves. El relato compone sobre los datos estructurales del conflicto una serie solidaria de elementos ideológicos propios del sistema esclavista. En este sentido "Padre contra madre" se diferencia fundamentalmente de otros textos antiesclavistas porque elude asumir justificativas morales independientes de un análisis económico del fenómeno. El cuento elabora tres aspectos ideológicos del sistema esclavista que establecen su propia lógica al conflicto: 1°), la superioridad blanca, exenta de motivación biologista y como pertenencia a la clase del poder; 2°), el repudio de oficios y empleos, actitud propia de las clases esclavistas y que en la cultura brasileña se expresa en la típica imagen del ocioso señor de la hacienda tirado en su red y que en Cándido Neves, a falta de esclavo propio, se traduce en vivir del esclavo ajeno; y 3°), el carácter patriarcal del esclavismo brasileño como se ve expresado en el título del relato. De este modo se percibe que la anatomía del esclavismo en el cuento marca una oposición en el seno de la familia simbólica, la sociedad: el padre versus la madre es connotativamente también la patria versus la matria, lo masculino versus lo femenino, la fuerza versus la debilidad, la blancura versus la negritud, la libertad versus la esclavitud.

Me detuve especialmente en este cuento porque constituye un ejemplo, entre otros del autor, de perfecta adecuación entre proceso social y estructura literaria, adecuación fundamental de un programa realista y de la madurez alcanzada por el género en la obra machadiana. La función de la realidad histórica en la estructuración de la trama se advierte en la organización de un microcosmos sinecdótico cuya lógica implacable asegura el orden, la supremacía del padre y la negación de la libertad a partir de un tejido de motivaciones ideológicas y materiales que gravitan en toda la sociedad y fundamentan su antagonismo básico. No hay, me parece, en toda la literatura brasileña un análisis tan profundo de la esclavitud como en este relato.



## 1. 3 El cuento de humor

Artur Azevedo[12] (1855-1908) es un escritor sin preocupaciones estéticas formales; sin embargo, su obra reúne una serie de convenciones plenamente ajustadas al medio periodístico y a la vez alejadas de la retórica sobrecargada de su época. Fue muy leído y disfrutó en vida del favor del gran público.

Sus tramas estilizan lo que en portugués se llama la "piada", el cuento humorístico de la tradición oral. Su comicidad parte de satirizar hábitos y tipos comunes, como el gramático de provincias que constituye un tópico recurrente en el imaginario de la literatura de la época.[13] Estos cuentos, que aprovechan el diálogo del teatro ligero, son productos acabados de un cierto lector buscado y conseguido: el lector despreocupado, de atención breve y con apetito de anécdotas. En este sentido, Artur Azevedo constituye el polo opuesto de Machado de Assis. Si éste buscó superar con su trabajo estético su medio de actuación, liberando a la literatura de las ligazones oportunistas con el consumo inmediato, para dar forma a un arte de fuste, aquél, por el contrario, se apegó, diría, a la reglas, al espíritu de la época, al leve "fin de siècle". No obstante, por vía de la sencillez y de un lenguaje despojado, raro para su momento, los cuentos de Artur Azevedo continúan siendo piezas legibles y provechosas. Otra faceta no menos interesante de Artur Azevedo, relacionada con sus cuentos, son sus poemas satíricos y humorísticos:

> Parodiando inspiradamente los resquicios ultrarrománticos esparcidos en la poesía y en el teatro de la época, Artur de Azevedo nos muestra un retrato fiel de la sociedad carioca de los últimos veinte años del siglo, precisamente la faz bohemia, el revés de esa gravedad burocrática con que posaban los figurones parnasianos.[14]

[12] Sobre Artur Azevedo consultar: Montello, Josué, *Artur Azevedo e arte do conto*. Rio de Janeiro, São José, 1956. "Em companhia de Artur Azevedo" en Azevedo Artur, *Contos fora de moda*. 7ª ed., Río de Janeiro, Alhambra, 1982, págs. VII-X. Araújo, Antonio Martins de, "A permanência do efémero" en Azevedo, Artur, *Contos fora de moda*. Ed. cit., págs. XI-XV. Costa, Flávio Moreira da, "Introdução", en Azevedo, Artur, *Plebiscito e outros contos de humor*. Rio de Janeiro, Revan, 1993.

[13] Como también aparece en el relato de Lima Barreto, "La nueva California" incluido en esta antología.

[14] Bosi, Alfredo, *História concisa da literatura brasileira*. 2ª ed. São Paulo, Cultrix, 1980, pág. 258.

El cuento humorístico traza una línea fértil en la literatura brasileña. A nivel popular se multiplica en ediciones de quiosco. Con carácter elaborado y estetizado, ha sido practicado por importantes autores.[15] Chico Anísio *(O enterro do anão)* y Fernando Sabino *(O homem nu)*, por ejemplo, son representantes contemporáneos que producen, en este registro, textos de alta calidad, con gran éxito de público.

## 1. 4 El cuento regional

El cuento regional brasileño se nutre de un sesgo nacionalista y localista del romántico tardío pero atraviesa otras estéticas (Naturalismo, Academicismo, Modernismo) y lo trasciende. Es un producto que madura, sin embargo, en pleno Realismo. Como proyecto ideológico está enraizado en el Romanticismo ya que perdura la idea de captar la esencia de la nacionalidad lejos de la ciudad, aristocrática y cortesana, sujeta a la influencias extranjeras. El auténtico Brasil será procurado en el interior, el "sertão". Por otra parte, esta tendencia acusa la influencia de la noción de medio determinante. Los regionalistas se interesaron por abordar al hombre moldeado, en cada caso, por las condiciones del lugar en que vive y trabaja. Para establecer un paralelo con la literatura hispanoamericana sería preciso entender aquí el término "regionalismo" en el mismo sentido de "criollismo": Gallegos, Rivera, Quiroga, Güiraldes, Lynch.

Precursores románticos fueron José de Alencar (1829-1877) en la novela y Bernardo Guimarães (1825-1884) en el cuento. Este último, natural de Minas Gerais, autor de novelas breves y extensas, como la famosa *A escrava Isaura* (1875), publicó un volumen de relatos, *Lendas e romances* de 1871, ambientado en el interior. Las historias captan el estilo de vida "sertaneja", la del hombre del sertão, el interior semiárido, y aparecen envueltas en una pátina de pintoresquismo y color local idealizado, no obstante reproducir ya, en cierta medida, el lenguaje rudo del habitante rural.

La superación de la estética romántica ya se presenta francamente en la producción de quien es considerado el maestro del regionalismo, Afonso Arinos de Melo Franco (1868-1916).

[15] Ver: Ramos, Ricardo (org.), *A palavra é... humor*. 5ª ed., São Paulo, Scipione, 1991.



Concebidos dentro de los cánones del Realismo, los relatos de *Pelo sertão* ("Por el sertón", 1898) e *Histórias e paisagens* ("Historias y paisajes", 1921), ambientados en Minas Gerais, incorporan preciosismos de lenguaje del Parnasianismo que artificializan las descripciones y dificultan una lectura gozosa de sus relatos. A esta desactualización estética se le suma el carácter decididamente racista de algunas narraciones, como "A esteireira", fácilmente advertible por cualquier lector medianamente exigente de hoy.

Pero los valores lingüísticos, estéticos e ideológicos de los cuentos de Valdomiro Silveira (1873-1941)[16] y de João Simões Lopes Neto (1865-1916)[17] son superiores. En el trabajo literario de estos autores el medio rural, con sus aristas económicas, culturales y sociales, es abordado tras una investigación profunda del folclore y el lenguaje del interior, ahondando el proyecto realista de construir una prosa comprensiva de la totalidad de la realidad brasileña. A Valdomiro Silveira le corresponde el mérito de haber publicado el primer relato regional realista: "Rabicho", aparecido en el *Diário Popular* de São Paulo en 1894. A partir de ese momento dio a conocer numerosos relatos en diarios y revistas. Su primer libro, *Os caboclos* (1920), reúne sólo una parte de los cuentos escritos entre 1897 y 1906 para *O Estado de São Paulo*. A este libro le seguirán tres libros de cuentos más, una narrativa breve, un volumen que recoge crónicas dadas a conocer en la prensa y un libro misceláneo.

El ambiente de las narraciones de Valdomiro Silveira es el interior de São Paulo. Si bien algunos de estos relatos desarrollan argumentos idílicos y bucólicos, cierto parnasianismo que también permea su es-

[16] Sobre Valdomiro Silveira consultar: Riedel, Dirce Côrtes, "Introdução crítica", en Silveira, Valdomiro, *Os caboclos*. 3ª ed., Rio de Janeiro, Civilização Brasileira/INL, 1962. Lima, Rossini Tavares de, "Folclore do Brasil na obra de Valdomiro Silveira", en Silveira, Valdomiro, *Leréais (Histórias contadas por êles mesmos)*. 2ª ed., Rio de Janeiro, Civilização Brasileira/INL, 1975. Nunes, Cassiano, "Valdomiro Silveira: um sistema de delicadeza", en Silveira, Valdomiro, *Mixuangos*. 2ª ed., Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1975. Ramos, Pericles Eugênio da Silva, "Valdomiro Silveira e os origens do regionalismo na nossa ficção", en Silveira, Valdomiro, *Nas serras e nas furnas*. 2ª ed., Rio de Janeiro, Civilização Brasileira/INL, 1975.

[17] Sobre João Simões Lopes Neto ver: Filipouski, Ana Maria et alii, *Simões Lopes Neto: a invençaõ, o mito e a mentira*. Porto Alegre, Movimento/IEL, 1974. Pozenato, José Clemente, "Simões Lopes Neto, o rapsodo", en *O regional e o universal na literatura gaúcha*. Porto Alegre, Movimento, 1974, pág. 46-55.

tilo, impregnado de pintoresquismo, otros en cambio superan ampliamente el estereotipo que del hombre del interior, el "caboclo", el mestizo de las zonas rurales, solía tener la literatura de otros regionalistas. En principio, una virtud lingüística, la diferenciación entre el lenguaje del narrador y el dialecto de los personajes; al contrario de la homogeneidad, tan repetida por otros autores, por la cual los personajes reproducían un idiolecto culto y urbanizado. Pero también adecuación de la narración al ambiente por medio del lenguaje, incorporando una serie de vocablos dialectales que, si bien dificultan el fluir de la lectura por las sucesivas consultas al glosario, constituyen un trabajo literario y filológico al unísono. Pero por otra parte, existe en Valdomiro Silveira una dimensión de protesta social, centrada en casos que, aunque no alcancen la dimensión del sistema, tampoco se trata de meras anécdotas individuales. En este sentido, es notable la asunción del conflicto generalizable: en "Canhambóra", el régimen esclavista y en "Última carpida", las relaciones de producción agrícolas.

João Simões Lopes Neto representa en sus historias la región sur, los espacios y tipos de su estado, Rio Grande do Sul. Sus textos guardan una admirable armonía entre el ambiente captado, la conformación psicológica de los personajes y la expresión lingüística. Las características de su elaborado estilo las sintetiza Celso Pedro Luft de este modo:

> Al paisaje, a la humanidad ruda le corresponde un idioma fuerte, áspero a veces; a momentos de poesía acompaña la frase rimada y el léxico sugestivo. Organicidad -he aquí el secreto de este arte: el Autor, identificado con la materia que elabora estéticamente, prima por la naturalidad y espontaneidad. En su prosa se funden dos cualidades aparentemente contradictorias: la riqueza de efectos y la expresión condensada. Repudiando circunloquios y ornatos retóricos, es con elipsis, expresiones sintéticas y cortes bruscos que alcanza una economía estilística paradigmática. La experiencia del teatrista, anterior a la del ficcionista, debe de haber contribuido a esa sabia contención de elementos expresivos.[18]

Lo mismo que en Valdomiro Silveira, muchas historias de Simões Lopes Neto se sitúan en un pasado alejado del tiempo de la escritura. Es un rasgo que participa de la ideología del regionalismo, preocupado por captar la esencialidad de lo telúrico ante los embates de la modernidad. Y lo mismo que su par paulista sobresale Simões Lopes Neto por la humanidad de sus situaciones.

[18] Luft, Celso Pedro, *Dicionário de literatura portuguesa e brasileira*. 3ª ed. Rio de Janeiro, Globo, 1987, pág. 246.



La línea de creación regional en el cuento se continúa en autores como Monteiro Lobato (1882-1948): *Urupês*, 1918; *Cidades mortas*, 1919; *Negrinha*, 1920, etc., Graciliano Ramos (1892-1953): *Histórias de Alexandre*, 1944; *Insônia*, 1945; *Histórias incompletas*, 1946, Hugo Carvalho Ramos (1895-1921); *Tropas e boiadas*, 1917, entre muchos otros y alcanza su expresión más trabajada en la obra excepcional de João Guimarães Rosa[19] (1908-1967): *Sagarana*, 1946; *Primeiras estórias*, 1962; *Tutaméia. Terceiras estórias*, 1967, quien ha reformulado y redimensionado el regionalismo con una densa prosa neobarroca, plagada de simbolismos, en la que confluyen diversas lenguas, variadísimos procedimientos poéticos, elementos del imaginario popular medieval y preocupaciones místicas y filosóficas de la tradición occidental.

## 1. 5 El cuento urbano

En coexistencia apenas temporal, pero en superposición conflictiva, se desarrolla la contraparte del cuento regional. El cuento urbano de fines de siglo y principios del actual es la continuación directa del trabajo emprendido por Machado de Assis o Artur Azevedo. Encarna, en oposición, la bandera del cosmopolitismo, abierto a todos los influjos y tendencias. Mientras que el cuento regional se concibe, aunque más no sea programáticamente, apartado de las preocupaciones de escuela, el cuento urbano ostenta en su producción una más fuerte ligazón con modelos y cánones consagrados. Y sustenta una intencionalidad diferente porque pretende ser, por sobre la tensión campo-ciudad, estéticamente hegemónico y universal.

La figura de João do Rio[20] ejemplifica el gusto decadente, ocioso y refinado de entresiglos. Carioca, urbano, cosmopolita, modernísimo.

[19] V. Garbuglio, José Carlos, *El mundo mágico de Guimarães Rosa*, trad. H. Jofre Barroso. Buenos Aires, García Cambeiro, 1973. Del autor, *Primeiras histórias*, trad. V.Fagnani Wey. Barcelona, Seix Barral, 1968; *La oportunidad de Augusto Matraga*, trad. Juan Carlos Ghiano y Néstor Krayy. Buenos Aires, Galerna, 1970; *Menudencia*, trad. Santiago Kovadloff. Buenos Aires, Calicanto, 1979.

[20] Sobre João do Rio consultar: Antelo, Raúl, "As rugas de João do Rio", en *Boletim Bibliográfico Biblioteca Mário de Andrade*, 46, 1/4, (1985),

Su literatura se inserta en lo que la historiografía literaria brasileña llama el "neoparnasianismo": situaciones, ambientes y lenguaje estetizados. En João do Rio son poses y amaneramientos de la "belle époque" que exaltan la figura del dandy, el descaro mundano, las extravagancias bohemias y los vicios extraños en una atmósfera de maldad desencantada, influencia de sus maestros, Oscar Wilde y Jean Lorrain, pero que instalan también las tensiones de la modernidad: el cosmopolitismo, la tecnificación, la liberación femenina, la quiebra de valores. Es la atmósfera de una ciudad que imita a París, que extraña a París.

A pesar del cinismo desencantado, o justamente por eso, aflora en João do Rio el satírico, que es lo mismo que decir el moralista, como se comprueba en "El hombre con cabeza de cartón" en donde traza la imagen del hombre masa, en este sentido opuesto al dandy, individualista y lúcido. El hombre con cabeza de cartón es el hombre a la moda y según las reglas, el igual a todo el mundo, el sujeto protagonista de un mundo acelerado, deportivo, cinematográfico, valores que paradojalmente João do Rio exaltaba.

En la vereda de enfrente estética y política se ubica Afonso Henriques de Lima Barreto[21]. Uno es el dandy, el otro, el bohemio[22]. Uno procura la crítica filosófica, nietzcheana, el mundo apurado y artifi-

pág.91-105. "A profissão do proveito", en Rio, João do, *A profissão de Jacques Pedreira*.2ª ed., São Paulo, Scipione, 1992, pág.153-6. Cândido, Antônio, "Atualidade de um romance inatual", en Rio, *João do, A correspondência de uma estação de cura*. 3ª ed., São Paulo, Scipione, 1992, IX-XVIII. Martins, Luís, "João do Rio: a vida, o homem, a obra", en *João do Rio. Uma antologia*. Rio de Janeiro, Sabiá/INL, 1971, pág. 7-17. Senna, Homero, "Vida breve de João do Rio" en Rio, João do, *A correspondencia de uma estacao de cura*. Ed. cit., pág.132-6. Süssekind, Flora, "O cronista & o secreta amador", en Rio, João do, A profissão de Jacques Pedreira. Ed. cit., IX-XLIX.

[21] Sobre Lima Barreto ver: Antônio, João, *Calvário e porres do pingente Afonso Henriques de Lima Barreto*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1977. Barbosa, Francisco de Asis, *A vida de Lima Barreto*. 5ª ed., Rio de Janeiro, José Olympio/INL, 1975. *Boletim Bibliográfico Biblioteca Mário de Andrade*. Número especial dedicado al autor, 42,3 (1981). Bosi, Alfredo, "Lima Barreto e Graça Aranha", en *O pre-modernismo*. São Paulo, Cultrix, 1967. Lins, Osmans, *Lima Barreto e o espaço romanesco*. São Paulo, Ática, 1976. Prado, Antônio Arnoni, *Lima Barreto*. São Paulo, Abril Educação, 1980. ( Literatura comentada).

[22] La oposición la establece minuciosamente Raúl Antelo. V. "As rugas de João do Rio", *op. cit.*



cial, el eco de la moda, el otro, la demolición sistemática, la sátira corrosiva, las situaciones suburbanas, la frustración de los ideales. Lima Barreto ha dejado una obra de profunda capacidad cuestionadora, social y literaria, revalorizada por la crítica a partir de los años 70. Cuestionamiento social contra las discriminaciones racistas, el nacionalismo fanático, la improvisación, las veleidades y brutalidad de los poderosos. Crítica literaria contra las formas alambicadas y puristas del academicismo parnasiano. A Lima Barreto se le han achacado desprolijidades de estilo, incorrecciones gramaticales. Es también una toma de posición; allí "puede verse, en la raíz de ese lenguaje 'irregular' la propia disonancia espiritual del narrador con el estilo victorioso en el mundo de las letras en que, dialécticamente, se insertaba"[23]. Es autor de novelas memorables como *Recordações do escrivão Isaías Caminha* (1909), *Triste fim do Policarpo Quaresma* (1911), *Vida e morte de M. J. Gonzaga de Sá* (1919), numerosos cuentos en *Histórias e sonhos*, 1920, artículos, crónicas y sátiras. Transcribo un fragmento del prefacio que Lima Barreto escribió para su libro de cuentos *Histórias e sonhos*:

Me parece que nuestro deber de escritores sinceros y honestos es dejar de lado todas la viejas reglas, toda la disciplina exterior de los géneros y aprovechar de cada uno de ellos lo que se pueda y procurar, conforme a la inspiración propia, reformar ciertas usanzas, sugerir dudas, levantar juicios adormecidos, difundir nuestras grandes y altas emociones frente al mundo y el sufrimiento de los hombres, para soldar, ligar la humanidad en una mayor, en que quepan todas, por la revelación de las almas individuales y de lo que ellas tienen en común y dependiente entre sí.

La literatura de nuestro tiempo viene siendo eso en sus mayores manifestaciones y puede ella realizar, por la virtud de la forma, no más la tal belleza perfecta de la fallecida Grecia, que ya fue realizada; no más la exaltación del amor que nunca estuvo a perecer; sino la comunión de los hombres de todas las razas y clases, haciendo que todos comprendan, en el infinito dolor de ser hombres, y se entiendan bajo el azote de la vida, para mayor gloria y perfección de la humanidad.

En el mundo no hay certezas, ni aun en geometría; y, si alguna hay, es aquella que está en los evangelios: amaos los unos a los otros.

Para alcanzar tan alto propósito, todo sirve; y, como San Francisco Javier, todos nosotros, que andamos en misión entre los hindúes, se-

[23] Bosi, Alfredo, *op. cit.*, pág. 359.

parados en castas hostiles, entre malayos feroces y pérfidos, entre japoneses que se guerrean feudalmente; todos nosotros, decía yo, sólo debemos tener la divisa del Santo: "¡Amplius!", "¡Amplius!" Sí; ¡siempre más lejos!

El ideal que expresa este pasaje constituye el sustrato moral de las historias de Lima Barreto en lucha con la realidad social. Su literatura es un testimonio de construcción en rebeldía que pone el acento sobre el lado irracional y obstructor del orden burgués. En todos los niveles su obra asume el papel de contramodelo suburbano, oprimido, despreciado: el estilo se rebela contra el purismo parnasiano, los personajes encarnan ideales quijotescos, la crítica denuncia las injusticias del sistema social. Confiado en el papel esclarecedor de la literatura, Lima Barreto recompone en cada uno de sus textos, para hacerlas visibles, las contradicciones que el discurso ideológico se propone velar. Muchas de sus historias presentan un juego medular en torno del tópico "el mundo al revés"; un juego que involucra el procedimiento del título negado y desmentido en el cual se advierte el peso de la ironía: "La nueva California" o "El hombre que sabía javanés". Un signo, entre otros, para representar la hipocresía. El vehículo privilegiado, lo mismo que en Swift, lo constituye la sátira. Pero la deformación satírica no se realiza como consecuencia de una retórica particular y tradicional del género sino que, dentro de los límites de la mirada realista, forma parte de la propia retórica de la sociedad/realidad absurda.

Por caminos separados, a veces antagónicos, João do Rio y Lima Barreto preanuncian, sin embargo, temas, luchas y búsquedas que eclosionarían inmediatamente al finalizar sus vidas, al comenzar la década de los años veinte.

## 1. 6 El polo modernizador: la vanguardias y el conflictivo carácter nacional

El arte de vanguardias que se desarrolla tras la Primera Guerra Mundial, ha quedado englobado, en el ámbito brasileño, bajo la denominación de "Modernismo"[24]. La denominación designa un movimiento pero también una estética y un período literario[25]. La Semana de Arte Moderno, con sus conferencias, lecturas de poemas y exposiciones pictóricas (13, 15 y 17 de febrero de 1922 en el Teatro Municipal de São Paulo) constituyó la presentación formal y estentórea de un movimiento revolucionario en la cultura brasileña que venía gestándose tiempo atrás. Retoma una cuestión ya presente en las polémicas y los desarrollos estéticos anteriores como es la consecución de una literatura nacional, preocupación, por otra parte, que se configuraba en el ensayo de Machado de Assis que cité al comienzo. Los intelectuales reunidos en la Semana tuvieron como principal objetivo superar los moldes literarios vigentes a comienzos de siglo, una amalgama academicista de Romanticismo remanente, Naturalismo, Parnasianismo y Simbolismo. Como período historiográfico arranca en 1922 y se extiende hasta 1945. Como estética, el Modernismo constituye un proyecto heterogéneo cuyas notas dominantes podrían ser, una exploración radical para plasmar un lenguaje literario específico brasileño, la incorporación de procedimientos formales provenientes de las vanguardias europeas, la reivindicación de la libertad creativa en lo lingüístico y temático. La escritura buscaba alejarse de los moldes castizos para asimilar los modismos del habla brasileña y, combatiendo lo pomposo y los artificial, dar cabida a los temas cotidianos. Hay una estrecha relación entre la eclosión vanguardista y los cambios que se operan en las grandes ciudades en consonancia con las transformaciones modernas de los países centrales. Por eso que no es casual que sea en São Paulo y luego en Río de Janeiro en donde se centre la renovación modernista. Cambios económicos, como el industrialismo y la diversificación del capital, cambios sociales como las tensiones producidas por las luchas de las clases operarias y la inmigración, cambios políticos, como el creciente reclamo de los sectores medios por participar de la vida electoral de un país sujeto a las componendas oligárquicas diseñan, a grandes rasgos, el contexto del Modernismo. Búsquedas, logros y contexto semejantes a los de otras capitales latinoamericanas. El Modernismo debe ser equiparado, en el

[24] El Modernismo hispanoamericano, el de Lugones y Darío nada tienen que ver con este movimiento. A la estética de esos autores les correspondería lo que la historiografía brasileña llama distintamente "simbolismo" y "parnasianismo". Ver: Belluzzo, Ana Maria de Moraes (org.), *Modernidade: vanguardas artísticas na América Latina*. São Paulo, Memorial/UNESP, 1990.

[25] Cândido, Antônio y Castello, J. Aderaldo, *Presença da literatura brasileira III. Modernismo*. 9ª ed., São Paulo, DIFEL, 1983.

resto del continente, con el Creacionismo de Huidobro, el Ultraísmo de Borges, los Contemporáneos mexicanos[26]. Dice Alfredo Bosi:

El Modernismo, tomado en la acepción estricta del movimiento nacido en torno a la Semana del 22, significó, en un primer momento, la ruptura con la rutina académica en el pensamiento y en el lenguaje, rutina que había aislado nuestras letras de las grandes tensiones culturales de Occidente desde finales de siglo. Conociendo y respirando el lenguaje de Nietzsche, de Freud, de Bergson, de Rimbaud, de Marinetti, de Gide y de Proust, los jóvenes más lúcidos del 22 le hicieron a nuestra vida mental dar el salto cualitativo que las nuevas estructuras sociales ya estaban exigiendo. En ese abrirse al mundo contemporáneo, el Brasil reiteraba la condición de país periférico, semicolonial, buscando normalmente en Europa, como había hecho en 1830 con el Romanticismo o en 1880 con el Realismo, las llaves de interpretación de su propia realidad. Entretanto, la misma corriente que fuera a aprender junto al arte occidental modos nuevos de expresión refluye hacia un conocimiento más libre y directo del Brasil: el nacionalismo sería el otro lado de la praxis modernista.[27]

Mário de Andrade[28] es, junto a Oswald de Andrade (1890-1954), la figura rectora del Modernismo. Su actuación en el campo de la musicología, la cultura popular, la crítica, además de la literatura lo ubican como uno de los intelectuales más lúcidos y activos de este siglo en América Latina. Plasmó en su novela-rapsodia *Macunaíma* (1928) los ideales más extremos de la Semana. En el plano de la cuentística se nos aparece como autor de tres volúmenes, *Primeiro andar* ("Primer piso",1926), *Os contos de Belazarte* ("Los cuentos de Belazarte", 1934) y *Contos novos* ("Cuentos nuevos", 1946). Sus cuentos provienen en su mayor parte originalmente del medio periodístico pero están sometidos a posteriores y demoradas reescrituras. Los relatos reunidos en el primer volumen son, como lo reconoce el propio autor, piezas de aprendiz. Las novedades surgen en el segundo libro y en el tercer libro, éste, póstumo e inconcluso. Ambientes suburbanos, humildes y periféricos, personajes insignificantes y desgraciados como la protagonista de "O besouro e a Rosa" ("Rosa y el cascarudo"), el recuerdo del primer amor, captado con minucia y delicadeza como en "Vestida de negro" o la figura cuestionada de un padre ceniciento en "El pavo de Navidad" en clave freudiana. Sus relatos tejen una red de temas y situaciones atravesadas por el rechazo a todo aquello que es reglado y autoritario, esperado y conformista:

...el convencionalismo de la educación burguesa; los signos muertos de las conmemoraciones oficiales; la inadaptación a todo lo que es modelado y a cualquier sistematización; la rebeldía del adolescente, el "caso perdido" de la familia; los excesos de la autoridad paterna ejemplar, pero sofocante, "obstruyente"; la voluptuosidad del autoritarismo; la jerarquización social; la soledad como condensación interior; la piedad humana, ...[29]

El cuento de Alcântara Machado[30] ocupa un lugar destacado en la producción del Modernismo. Testimonial, casi cronista, sus historias son flashes (modernos, cinematográficos) del acontecer ciudadano. Su tema privilegiado es la transformación social que se opera en su ciudad, São Paulo con la inmigración italiana. Su primer libro de relatos, *Brás, Bexiga e Bárra Funda* (1927) reúne textos que abordan exclusivamente esa temática. El título del volumen menciona tres barrios paulistas que fueron a principios de siglo el centro de asentamiento de los trabajadores italianos. Su trabajo literario transmite una captación aparentemente fenoménica, pero no superficial; todos sus cuentos apuntan a sorprender el instante de simbiosis cultural que hará de los ítalos, ítalo-brasileños. "Nacionalidad" es el ejemplo más acabado de esta intencionalidad. Ese proceso se sigue privilegiadamente en los diálogos, en la amalgama lingüística de lo extranjero y lo portugués. De esta manera Alcântara Machado desarrolla uno de los postulados centrales de la Semana, la búsqueda de una expresión nacional que fuera molde para la exploración de la identidad brasileña.

[26] Ver: Bratosevich, Nicolás, *Postmodernismo y vanguardia*. Madrid, La Muralla, 1979.

[27] Bosi, Alfredo, *op. cit.*, 233.

[28] Sobre Mário de Andrade consultar: Antelo, Raúl, *Na ilha de Marapatá (Mário de Andrade lê os hispano-americanos*. São Paulo, HUCITEC/INL, 1986. Lopez, Telê Porto Ancona, "Un contista bem contado", en *Os melhores contos de Mário de Andrade*. São Paulo, Global, 1987.

[29] Riedel, Dirce Côrtes, "O Modernismo na ficção II. Experimentalismo", en Coutinho, Afrânio (org.), *A literatura no Brasil*. Ed. cit., vol. 5, pág. 236.

[30] Sobre Alcântara Machado ver: Barbosa, Francisco de Assis, "Nota sobre António de Alcântara Machado", en Machado, António de Alcântara, *Novelas paulistanas*. 7ª ed., Rio de Janeiro, José Olympio, 1981, XIII-XXXVI. Machado, Luis Toledo, *António de Alcântara Machado e o Modernimo*. Rio de Janeiro, José Olympio, 1970. Ricupero, Rubens, "Alcântara Machado. Testigo de la inmigración", en *Brasil/Cultura*, XII, 59, 1987, pág. 34-9.

La visión que Alcântara Machado tiene de la inmigración es comprensiva, diría que gozosa. Ningún vestigio de rechazo o alarma por el fenómeno de "babelización" que en Buenos Aires asustaba a ciertos círculos intelectuales a principios de siglo. Su técnica veloz, alusiva y magnetofónica, recuerda a Blaise Cendrars. Otros textos, como "Apólogo brasileño sin velo de alegoría" focalizan los problemas cotidianos del Brasil y sus contradicciones profundas en esa línea de indagación de lo nacional. Ese relato posibilita una paradójica lectura política extensible a lo latinoamericano: ¿un ciego prende la llama que ilumina la conciencia de la protesta? Y la brutal represión...

## 1. 7 Posteridades

El cuento brasileño actual, modelado por Machado de Assis, Valdomiro Silveira, Mário de Andrade o Alcântara Machado se multiplica en experiencias diversas. Un marco sintomático lo constituirá la Antologia de contos de escritores novos do Brasil que aparece en 1949 y que reúne a los representantes de lo que se llamó la generación del 45.

El cuento posterior a la Semana ya tiene figuras consagradas tanto en el Brasil como en el exterior y que invitan a profundizar una literatura apasionante: Guimarães Rosa, Graciliano Ramos, Murilo Rubião, Fernando Sabino, Lygia Fagundes Telles, Clarice Lispector, Rubem Fonseca, João Antônio, Nélida Piñón, Roberto Drummond, Luis Vilela, Marina Colasanti, Dalton Trevisan, Moacyr Scliar, Ivan Ângelo[31]. Son algunos nombres famosos entre otros, que constituyen lo más significativo del cuento que hoy se lee o se produce en el Brasil y que reconoce un terreno abonado y trabajado por los maestros que hicieron posible un género en el cual se pudiera ver inscripta la fecunda pluralidad de la civilización brasileña.

*Carlos Alberto Pasero*

[31] AA.VV. *Nuevos cuentistas brasileños*. Caracas, Monte Ávila, 1969. *Nuevos cuentos del Brasil*. Buenos Aires, De la Flor, 1972. *Quince cuentistas brasileños de hoy*. Buenos Aires, Sudamericana, 1976. *Cuentos brasileños contemporáneos*. La Habana, Arte y Literatura, 1991. Saint'Anna, Alfonso Romano de (comp.), *Cuentos brasileños*. Santiago, Andrés Bello, 1994.



# NUESTRA EDICIÓN

El material literario seleccionado y traducido para esta antología, proviene de las ediciones que se consignan a continuación:

"Cuento de escuela" *(Várias histórias)* y "Padre contra madre" *(Relíquias da casa velha)*: Assis, Machado de, *Obra completa*, organización de Afrânio Coutinho, 3ª ed. Rio de Janeiro, Aguilar, 1974, t. II, págs. 548-54 y 659-67.

"Plebiscito" *(Contos fora de moda)* y "El gramático" *(Contos possíveis)*: Castro, Célia Fátima de (org.), *Os melhores contos de Artur Azevedo*, São Paulo, Traço, 1979, pág. 75-7 y 91-4.

"El buey viejo" y "Contrabandista": Neto, João Simões Lopes, *Contos gauchescos e lendas do Sul*, edición crítica por Aurélio Buarque de Hollanda, 5ª ed. Porto Alegre, Globo, 1957, págs. 159-62 y 205-11.

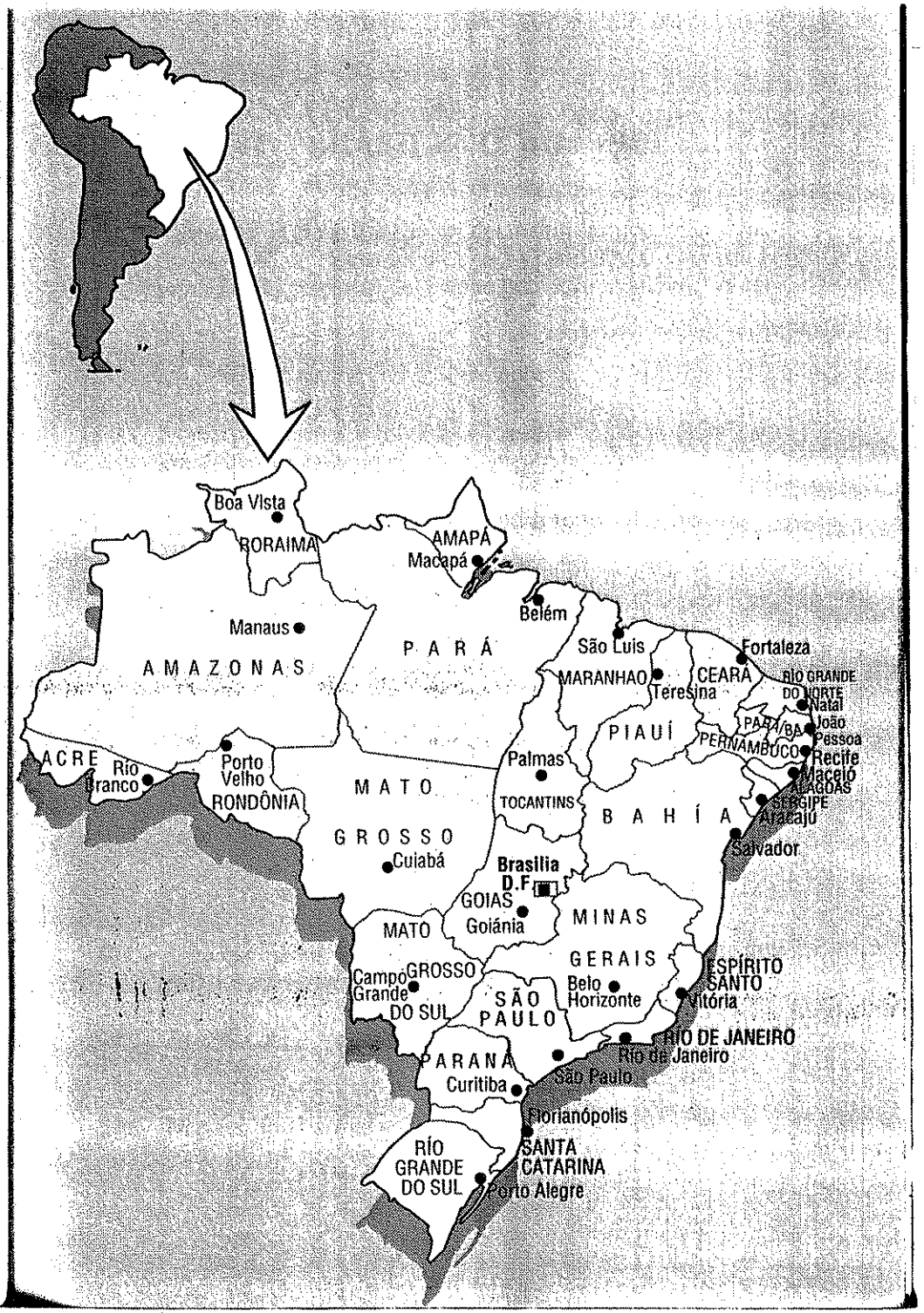
"Canhambóra" y "Última carpida": Silveira, Valdomiro, *Nas serras e nas furnas*, 2ª ed. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1975, págs. 38-41 y 47-50.

"El hombre con cabeza de cartón" *(Rosário da ilusão)* y "El bebé de tarlatana rosa" *(Dentro da noite)*: Martins, Luís, *João do Rio. Uma antologia*, Rio de Janeiro, Sabiá/MEC, 1971, págs. 169-78 y 179-86.

"La nueva California" y "El hombre que sabía javanés" *(Clara dos Anjos)*: Barbosa, Francisco de Assis (org.), *Os melhores contos de Lima Barreto*, São Paulo, Global, 1986, pág. 35-49.

"Vestida de negro" y "El pavo de Navidad": Andrade, Mário de, *Contos novos*, 3ª ed. São Paulo, Martins/INL, 1972, págs. 7-18 y 95-104.

"Nacionalidad" *(Brás, Bexiga e Barra Funda)* y "Apólogo brasileño sin velo de alegoría" *(Contos avulsos)*: Machado, António de Alcântara, *Novelas paulistanas*, 7ª ed. Rio de Janeiro, José Olympio, 1981, págs. 45-9 y 199-203.


Boa Vista
RORAIMA
AMAPÁ
Macapá
Manaus
AMAZONAS
PARÁ
Belém
São Luis
Fortaleza
MARANHAO
Teresina
CEARA
RIO GRANDE DO NORTE
Natal
PARAIBA
João Pessoa
PERNAMBUCO
Recife
ALAGOAS
Maceió
SERGIPE
Aracaju
Salvador
PIAUÍ
ACRE
Rio Branco
Porto Velho
RONDÔNIA
Palmas
TOCANTINS
MATO GROSSO
Cuiabá
BAHÍA
Brasilia D.F.
GOIAS
Goiánia
MINAS GERAIS
MATO GROSSO DO SUL
Campo Grande
SÃO PAULO
Belo Horizonte
ESPÍRITO SANTO
Vitória
RIO DE JANEIRO
Rio de Janeiro
São Paulo
PARANÁ
Curitiba
Florianópolis
SANTA CATARINA
RÍO GRANDE DO SUL
Porto Alegre

# CRONOLOGÍA HISTÓRICO-LITERARIA DEL CUENTO BRASILEÑO 1836-1949

1836 Aparición en la revista *Niterói* del manifiesto romántico. Justiniano José da Rocha publica en su periódico *O Cronista* el primer texto precursor del cuento brasileño moderno, "A caixa e o tinteiro".

1840 Don Pedro II asume como Emperador del Brasil.

1841 Norberto de Sousa e Silva da a conocer "As duas órfãs", según Edgar Cavalheiro el primer cuento brasileño.

1850 La Ley Eusébio de Queirós prohibe el tráfico de esclavos.

1855 *Noite na taverna* de Álvares de Azevedo. Nace Artur Azevedo.

1856 El café se convierte en principal producto de exportación.

1858 Machado de Assis publica su primer cuento, "Tres tesouros perdidos" en la *Marmota Fluminense*.

1865 Nace João Simões Lopes Neto. Tratado de la Triple Alianza con la Argentina y el Uruguay. Inicio de la Guerra del Paraguay.

1870 *Contos fluminenses*, de Machado de Assis.

1871 *Lendas e romances* de Bernardo Guimarães. Ley de vientres para los esclavos nacidos a partir del 28 de septiembre.

1873 *Histórias da meia-noite* de Machado de Assis. Nace Valdomiro Silveira.

1881 Nacen Lima Barreto y João do Rio.

1882 *Papéis avulsos* de Machado de Assis.

1884 *Histórias sem data* de Machado de Assis.

1888 La "Ley Áurea" pone fin a la esclavitud.

1889 Proclamación de la República el 15 de noviembre. *Contos possíveis* de Artur Azevedo. *Esboços e perfis* de Lúcio de Mendonça.

1891 Se promulga la Constitución Nacional. Asume el Mariscal Deodoro da Fonseca como primer presidente constitucional de la República. Valdomiro Silveira comienza a publicar sus cuentos en la prensa periódica.

1893 *Demônios* de Aluísio Azevedo. Nace Mário de Andrade.

1894 Asume la presidencia Prudente de Morais. *Contos fora de moda* de Artur Azevedo.

1896 Alzamiento de Canudos. *Várias histórias* de Machado de Assis. Se funda la Academia Brasileira de Letras.

1897 *Contos efêmeros* de Artur Azevedo. *Pegadas* de Aluísio Azevedo.

1898 Asume la presidencia Manoel de Campos Salles. *Pelo sertão* de Afonso Arinos.

1899 *Páginas recolhidas* de Machado de Assis.

1901 Nace Alcântara Machado.

1902 Asume la presidencia Francisco Rodrigues Alves.

1906 Asume la presidencia Afonso Pena. *Relíquias da casa velha* de Machado de Assis.



1908 Mueren Machado de Assis y Artur Azevedo. Nace Guimarães Rosa.

1909 Asume la presidencia Nilo Peçanha.

1910 Hermes da Fonseca, presidente de la República. *Dentro da noite* de João do Rio.

1911 *A mulher e os espelhos* de João do Rio.

1912 *Contos gauchescos* de Simões Lopes Neto.

1913 *Lendas do sul* de Simões Lopes Neto.

1914 Asume la presidencia Wenceslau Brás.

1916 Muere João Simões Lopes Neto.

1918 Asume la presidencia Delfim Moreira. *Urupês* de Monteiro Lobato.

1919 Asume la presidencia Epitácio Pessoa. *Cidades mortas* de Monteiro Lobato.

1920 *Os caboclos* de Valdomiro Silveira. *Histórias e sonhos* de Lima Barreto. *Negrinha* de Monteiro Lobato. *Coivara* de Gastão Cruls.

1921 *Histórias e paisagens* de Afonso Arinos. Muere João do Rio.

1922 Asume la presidencia Artur da Silva Bernardes. Semana de Arte Moderno en São Paulo: lanzamiento del Modernismo. Muere Lima Barreto.

1923 *O macaco que se fêz homem* de Monteiro Lobato. *Ao embalo da rêde* de Gastão Cruls.

1926 Asume la presidencia Washington Luis. *Primeiro andar* de Mário de Andrade.

1927 *Brás, Bexiga e Barra Funda* de Alcântara Machado.

1928 *Laranja da China* de Alcântara Machado. *Contos cariocas* de Artur Azevedo. Mário de Andrade publica su novela *Macunaíma*.

1930 Un movimiento revolucionario generalizado lleva a la presidencia de la República a Getúlio Vargas.

1931 *Nas serras e nas furnas* de Valdomiro Silveira.

1934 La Asamblea Constituyente nombra presidente a Getúlio Vargas. *Belazarte* de Mário de Andrade.

1935 Muere Alcântara Machado.

1936 *Mana Maria* de Alcântara Machado.

1937 Getúlio Vargas, tras un autogolpe, implanta el "Estado Novo", régimen autoritario y represivo de corte nacionalista. *Mixuangos* de Valdomiro Silveira.

1941 Muere Valdomiro Silveira.

1944 *Histórias de Alexandre* de Graciliano Ramos.

1945 Un golpe de estado derroca a Getúlio Vargas. *Leréias* de Valdomiro Silveira. *Insônia* de Graciliano Ramos. Muere Mário de Andrade.

1946 Asume la presidencia Eurico Gaspar Dutra. *Sagarana* de Guimarães Rosa. *Histórias incompletas* de Graciliano Ramos.

1947 *Contos novos* de Mário de Andrade.

1949 *Antologia de contos de escritores novos do Brasil*, reúne autores pertenecientes a la generación del '45.



# CUENTOS DEL BRASIL

# Machado de Assis

Joaquim Maria Machado de Assis nació en Río de Janeiro, el 21 de junio de 1839 y falleció en la misma ciudad el 29 de setiembre de 1908.

De origen humilde, hijo de un pintor mulato y de una lavandera azoriana, huérfano de madre a los diez años, sin educación regular, logró traspasar las barreras de clase, ingresar en el periodismo, adquirir sólida cultura y convertirse, paulatinamente, en un escritor de prestigio, el más importante de su época. En este sentido, la carrera ascensional de Machado, si bien se explica en virtud de un talento excepcional y una disciplina rígida, de incansable laboriosidad, no deja de constituir, en cierta forma, un enigma sociológico.

A los dieciséis años ingresó como tipógrafo aprendiz. Dos años después publica sus primeros trabajos poéticos en la revista de Paula Brito. A partir de 1860 actúa en el periodismo comenzando como cronista parlamentario. Incursiona en el teatro y la crítica y al finalizar la década ingresa en el funcionariado público y contrae matrimonio. A esta altura ya se lo percibe como intelectual destacado. Desde 1870 hasta el final de su vida se suceden libros de cuentos y novelas y transita el seguro camino de la consagración. Funda y preside la Academia Brasileña de Letras.

Su obra es la más vital de todo el siglo XIX brasileño. Conserva una actualidad indiscutida que sorprende a los lectores más sofisticados. La revalorización de Machado continúa aún hoy en constantes ediciones tanto en su país como en el extranjero.

"Machado de Assis -dice Sônia Brayner- a partir de las colecciones de la década de 1880 reasegura la técnica de cuentis-

ta definiéndose por algunas formas de realización que van poco a poco caracterizando su posición y estilo. Los cuentos machadianos están menos vueltos hacia el incidente de una intriga y más centralizados en torno del comportamiento y sentimientos de los personajes. A través de una instantánea vital, sintética, expresiva, intenta captar la esencia de un individuo, de una institución social, de una faceta cualquiera de la tan variada tipología que invade su ficción".

(Obras principales: Novela: *Memórias póstumas de Brás Cubas*, 1881; *Quincas Borba*, 1891; *Dom Casmurro*, 1900; *Esaú e Jacó*, 1904; *Memorial de Aires*, 1908. Cuento: *Contos fluminenses*, 1870; *Histórias da meia noite*, 1873; *Papéis avulsos*, 1882; *Histórias sem data*, 1884; *Várias histórias*, 1896; *Páginas recolhidas*, 1899; *Relíquias da casa velha*, 1906. Teatro: *Tu, só tu, puro amor*, 1880; *Não consultes médico*, 1896; *Lição de botânica*, 1906. Poesía: *Crisálidas*, 1864; *Americanas*, 1875.)



## CUENTO DE ESCUELA

La escuela estaba en la calle de Costa, un pequeño edificio con verja de madera. Era el año de 1840. Aquel día, un lunes del mes de mayo, me dejé estar algunos instantes en la calle de la Princesa para ver a dónde iría a jugar esa mañana. Dudaba entre el morro de San Diogo y el Campo de Sant'Ana*, que no era entonces ese parque actual, construcción de *gentleman*, sino un espacio rústico, más o menos infinito, plagado de pájaros, pastizal y burros sueltos. ¿El morro o el campo? Ese era el problema. De repente me dije que lo mejor era la escuela. Y me encaminé hacia la escuela. Aquí va la razón.

La semana anterior me había hecho la rabona dos veces y, descubierto el asunto, recibí el pago de manos de mi padre, que me dio una zurra de vara de membrillo. La zurras de mi padre dolían por mucho tiempo. Era un viejo empleado del Arsenal de Guerra, ríspido e intolerante. Soñaba para mí con una gran posición comercial, y tenía deseos de verme con los rudimentos mercantiles, leer, escribir y contar, para meterme de cajero. Citaba nombres de capitalistas que habían comenzado en el mostrador. Ahora bien, fue el recuerdo del último castigo que me llevó a la escuela. No era un niño virtuoso.

Subí la escalera con cautela, para no ser escuchado por el maestro, y llegué a tiempo; él entró en la sala tres o cuatro minutos después. Entró con su andar manso de costumbre, con sus chinelas de cuero de cabra, con la chaqueta de brin lavada y desteñida, los pantalones blancos y estirados y un gran cue-

*Campo de Sant'Ana*. Hoy, parque ubicado en el centro de Río de Janeiro, a la vera de la avenida Presidente Getúlio Vargas y junto a la estatua de Don Pedro II.

llo volcado. Se llamaba Policarpo y tenía cerca de cincuenta años o más. Una vez sentado extrajo de la chaqueta la cajita de rapé* y el pañuelo rojo, los puso en el cajón; después paseó la mirada por la sala. Los niños, que se mantuvieron de pie durante su entrada, se volvieron a sentar. Todo estaba en orden; comenzaron los trabajos.

–Pilar, preciso hablar contigo, me dijo bajito el hijo del maestro.

Se llamaba Raimundo este pequeño, y era suave, aplicado, de inteligencia lenta. Raimundo gastaba dos horas en retener aquello que a los otros les llevaba apenas treinta o cincuenta minutos; vencía con el tiempo lo que no podía hacer enseguida con el cerebro. Reunía a eso un gran miedo al padre. Era un chico fino, pálido, con cara de enfermo; raramente estaba alegre. Entraba a la escuela después que el padre y se retiraba antes. El maestro era más severo con él que con nosotros.

–¿Qué es lo que quieres?

–Luego, respondió con voz trémula.

Comenzó la lección de escritura. Me cuesta decir que yo era de los más adelantados de la escuela; pero lo era. No digo también que era de los más inteligentes, por un escrúpulo fácil de entender y de excelente efecto en el estilo, pero no tengo otra convicción. Nótese que no era pálido ni enfermizo: tenía buenos colores y músculos de hierro. En la lección de escritura, por ejemplo, terminaba siempre antes que todos, pero me dejaba estar delineando narices en el papel o en la mesa, ocupación sin nobleza ni espiritualidad, pero en todo caso ingenua. Aquel día ocurrió lo mismo; tan de prisa acabé, como empecé a reproducir la nariz del maestro, dándole cinco o seis actitudes diferentes, de las cuales recuerdo la interrogativa, la admirativa, la dubitativa y la cogitativa* . No les ponía esos nombres, pobre estudiante de primeras letras que era; pero, instintivamente, les daba esas expresiones. Los otros fueron terminando; no tuve otro remedio que terminar también, entregar el escrito y volver a mi lugar.

*rapé*. Tabaco en polvo que entonces se aspiraba.

*cogitativa*. Que tiene facultad para pensar.



Con franqueza, estaba arrepentido de haber venido. Ahora que estaba preso, ardía por andar por allí afuera, y recapitulaba el campo y el morro, pensaba en los otros chicos vagos, Chico Telha, Américo, Carlos das Escadinhas, la fina flor del barrio y del género humano. Para colmo de la desesperación, vi a través de las ventanas de la escuela, en el claro azul del cielo, por encima del morro del Livramento, un barrilete, alto y ancho, preso a una cuerda inmensa, que se bamboleaba en el aire, una cosa soberbia. Y yo en la escuela, sentado, con las piernas juntas, con el libro de lectura y la gramática en las rodillas.

–Fui un bobo en venir, le dije a Raimundo.

–No digas eso, murmuró él.

Lo miré; estaba más pálido. Entonces me recordó nuevamente que quería pedirme algo y le pregunté qué era. Raimundo de nuevo se estremeció, y, de prisa, me dijo que esperara un poco; era un asunto muy reservado.

–Pilar... murmuró él a los pocos minutos.

–¿Qué?

–Tú...

–¿Tú qué?

Él lanzó una mirada al padre, y después a algunos chicos. Uno de esos, Curvelo, lo miraba, desconfiado, y Raimundo, haciéndome notar esta circunstancia, me pidió algunos minutos más de espera. Confieso que comenzaba a arder de curiosidad. Miré a Curvelo y vi que parecía atento; podía ser una simple curiosidad vaga, natural indiscreción; pero podía tratarse de alguna cosa entre ellos. Ese Curvelo era un poco travieso y endiablado. Tenía once años, era mayor que nosotros.

¿Para qué me quería Raimundo? Continué inquieto, removiéndome mucho, hablándole bajo, con insistencia, que me di-

jera lo que era, que nadie nos observaba ni a él ni a mí. O, entonces, a la tarde..

–A la tarde, no, me interrumpió; no puede ser a la tarde.

–Entonces ahora...

–Papá está mirando.

En verdad, el maestro nos vigilaba. Como era más severo con el hijo, lo buscaba muchas veces con los ojos, para tenerlo más atormentado. Pero nosotros también éramos correctos; metimos la nariz en el libro, y continuamos leyendo. Al final se cansó y tomó los periódicos del día, tres o cuatro, que leía despacio, masticando las ideas y las pasiones. No se olviden que estábamos en ese entonces al final de la Regencia* , y que era grande la agitación pública. Policarpo tenía ciertamente algún partido, pero nunca pude averiguar ese punto. Lo peor que él podía tener para nosotros era la palmeta. Y allá estaba, colgada del postigo de la ventana, a la derecha, con sus cinco agujeros del diablo. Era sólo levantar la mano, descolgarla y blandirla, con la fuerza de costumbre, que no era poca. Y puede ser que alguna vez las pasiones políticas lo dominaran a tal punto de ahorrarnos una u otra corrección. Aquel día, al menos, me parecía que leía los periódicos con mucho interés; levantaba los ojos de cuando en cuando, o tomaba una pitada, pero volvía luego a los periódicos, y leía con fruición* .

Al cabo de algún tiempo, diez o doce minutos, Raimundo metió la mano en el bolsillo de sus pantalones y miró hacia mí.

–¿Sabes qué tengo aquí?

–No.

–Una moneda de plata que mamá me dio.

–¿Hoy?

–No, el otro día, cuando cumplí años...

*Regencia.* Período convulsionado de la historia brasileña que se ubica entre la abdicación del Emperador Don Pedro I, en 1831 y el golpe conservador que proclamó la mayoría de Don Pedro II, en 1845.

*fruición.* Goce muy vivo. Complacencia.



–¿Una moneda de plata de verdad?

–De verdad.

La sacó despaciosamente y me la mostró de lejos. Era una moneda de los tiempos del rey, creo que doce o veinte centavos, no me acuerdo; pero era una moneda, y una moneda que me hizo saltar el corazón. Raimundo revolvió sobre mí su mirar pálido; después me preguntó si la quería. Le respondí que se estaba burlando, pero él me juró que no.

–¿Pero te vas a quedar sin ella?

–Mamá después me consigue otra. Ella tiene muchas que la abuela le dejó, en una cajita; algunas son de oro. ¿Quieres ésta?

Mi respuesta fue extenderle la mano disimuladamente, luego de mirar hacia la mesa del maestro. Raimundo retiró la mano y le dio a la boca un gesto pálido, que quería sonreír. Enseguida me propuso un negocio, un intercambio de servicios; él me daría la moneda si yo le explicaba un punto de la lección de sintaxis. No había conseguido asimilar nada del libro, y estaba temeroso del padre. Y concluía la propuesta frotando la monedita en las rodillas...

Tuve una sensación extraña. No es que yo poseyera de la virtud una idea antes propia de un hombre; no es que también no empleara fácilmente una que otra mentira de niño. Sabíamos ambos engañar al maestro. La novedad estaba en los términos de la propuesta, en el intercambio de lección y dinero, compra franca, positiva, toma allá, dame acá; tal fue la causa de la sensación. Me quedé mirándolo, sin pensar, sin poder decir nada.

Se comprende que el punto de la lección era difícil, y que Raimundo, no habiéndolo aprendido, recurría a un medio que le pareció útil para escapar al castigo del padre. Si me lo hubiese pedido como un favor, se lo hubiera alcanzado de la misma manera, como otras veces; pero parece que el recuerdo de las otras veces, el miedo de encontrar mi voluntad floja o cansada, y no aprender como quería, y puede ser que aún en alguna ocasión le hubiese enseñado mal, parece que eso fue lo que

motivó la propuesta. El pobre diablo contaba con el favor, pero quería asegurarse la eficacia, y de ahí que recurrió a la moneda que la madre le diera y que guardaba como reliquia o juguete, la tomó y vino a refregarla en las rodillas, ante mi vista, como una tentación... Realmente era bonita, fina, blanca, muy blanca; para mí, que sólo traía cobres en los bolsillos, cuando traía alguna cosa, unos cobres feos, gruesos, empatinados de verde...

No la quería recibir y me costaba rehusarla. Miré al maestro, que seguía leyendo, con tal interés, que le salpicaba el rapé de la nariz. –Anda, tómala, me decía bajito el hijo. Y la monedita de plata relampagueaba entre los dedos, como si fuera un diamante... En verdad, si el maestro no viese nada, ¿qué mal había? Y él no podía ver nada, estaba agarrado a los periódicos, leyendo con fuego, con indignación...

–Toma, toma...

Eché una mirada por la sala y di con los ojos de Curvelo sobre nosotros; le dije a Raimundo que esperase. Me pareció que el otro nos observaba, entonces disimulé; pero un momento después, le puse otra vez el ojo, y –¡tanto se engaña la voluntad!– no le vi nada raro. Entonces cobré ánimo.

–Trae para acá...

Raimundo me dio la monedita de plata, furtivamente; me la metí en el bolsillo del pantalón, con un alborozo que no puedo definir. Aquí estaba ella conmigo, pegadita a la pierna. Quedaba prestar el servicio, enseñar la lección, y no me demoré en hacerlo, ni lo hice mal, al menos conscientemente; le pasaba la explicación en un trozo de papel que él recibió con cautela y lleno de atención. Se sentía que gastaba un esfuerzo cinco o seis veces mayor para aprender nada; pero mientras él escapase al castigo, todo iría bien.

De repente, miré a Curvelo y me estremecí; tenía los ojos puestos en nosotros, con una sonrisa que me pareció mala. Disimulé; pero al rato, me di vuelta hacia él, lo encontré del mismo modo, con la misma actitud, con el agregado de que co-



menzaba a moverse en el banco, impaciente. Le sonreí y él no me sonrió; al contrario, frunció el ceño, lo que le dio un aspecto amenazador. El corazón me latió mucho.

–Tenemos que tener mucho cuidado, le dije a Raimundo.

–Dime sólo esto, murmuró.

Le hice señas para que se callase; pero él insistía, y la moneda, aquí en el bolsillo, me recordaba el trato hecho. Le enseñé lo que quería, disimulando mucho; luego, volví a mirar a Curvelo, que me pareció aún más inquieto, y la sonrisa, antes mala, estaba ahora peor. No es necesario decir que yo también estaba ardiendo, ansioso de que la clase terminase; pero ni el reloj andaba como otras veces, ni el maestro hacía caso de la escuela; leía los diarios, artículo por artículo, puntualizándolos con exclamaciones, con gestos de hombros, con uno o dos golpecitos en la mesa. Y allá afuera, en el cielo azul, por encima del morro, el mismo eterno barrilete, guiñando a uno y otro lado, como si me llamase para ir juntarme con él. Me imaginé allí, con los libros y la piedra debajo de la mangueira*, y la monedita de plata en el bolsillo, que no se la daría a nadie, ni que me aserrasen; la iba a guardar en casa, le diría a mamá que la había encontrado en la calle. Para que no se escapara, la palpaba, rozándole los dedos por el cuño, casi leyendo por el tacto la inscripción, con unas ganas enormes de espiarla.

–¡Oh! ¡Pilar!– bramó el maestro con voz de trueno.

Me estremecí como si me despertase de un sueño, y me levanté apurado. Me encontré con el maestro, mirándome, el rostro inescrutable, los periódicos dispersos, y al lado de la mesa, de pie, Curvelo. Me pareció adivinar todo.

–¡Venga para acá!– bramó el maestro.

Fui y me paré delante de él. Él me enterró en lo profundo de la conciencia un par de ojos puntiagudos; después llamó al hijo. Toda la escuela se había detenido; nadie más leía, nadie ha-

*mangueira*. Árbol de origen asiático abundante en el Brasil, de fruto carnoso y sabroso.

cía un solo movimiento. Aunque no sacaba los ojos del maestro, sentía en el aire la curiosidad y el pavor de todos.

–¿Así que el señor recibe dinero para enseñar las lecciones a los otros?– me dijo Policarpo.

–Yo...

–¡Déme la moneda que este colega suyo le dio!– exclamó.

No obedecí enseguida, pero no pude negar nada. Seguía temblando. Policarpo bramó de nuevo que le diese la moneda, y yo no resistí más, metí la mano en el bolsillo, lentamente, la saqué y la entregué. La examinó de un lado y otro, bufando de rabia; después extendió el brazo y la arrojó a la calle. E inmediatamente nos dijo un montón de cosas duras, que tanto el hijo como yo acabábamos de practicar una acción fea, indigna, baja, una villanía, y para enmienda y ejemplo íbamos a ser castigados. Aquí tomó la palmeta.

–Perdón señor maestro... –sollocé.

–¡No hay perdón! ¡Déme su mano! ¡acá, vamos! ¡sinvergüenza! ¡aquí la mano!

–Pero señor maestro...

–¡Mire que es peor!

Le extendí la mano derecha, después la izquierda, y fui recibiendo los golpes uno detrás de otro, hasta completar doce, que me dejaron las palmas rojas e hinchadas. Llegó el momento del hijo, y fue la misma cosa; no le ahorró nada, dos, cuatro, ocho, doce palmadas. Acabó, nos predicó otro sermón. Nos llamó sinvergüenzas, desaforados, y juró que si repetíamos el asunto, ligaríamos tal castigo que habríamos de recordarlo por siempre. Y exclamaba: ¡puercos! ¡traficantes! ¡haraganes!

Por mi parte, se me caía la cara de vergüenza. No me atrevía a mirar a nadie, sentía todos los ojos puestos en nosotros. Me retiré a mi banco, sollozando, fustigado* por los improperios* del maestro. En la sala flotaba el terror; puedo decir que durante aquel día nadie haría igual negocio. Creo que el propio Curvelo palideció de miedo. No lo miré enseguida, para mis adentros juraba que le iba a quebrar la cara, en la calle, a la salida, tan cierto como que tres más dos son cinco.

*fustigado.* Azotado, castigado, censurado.

*improperios.* Injurias graves.



Después de un rato lo miré; él también me miraba, pero desvió la cara, y pienso que empalideció. Se compuso y comenzó a leer en voz alta; estaba con miedo. Fue variando de actitud, agitándose porque sí, rascándose las rodillas, la nariz. Hasta puede ser que se hubiese arrepentido de habernos denunciado; y en verdad, ¿por qué denunciarnos? ¿Qué era lo que le sacábamos?

"¡Tú me las vas a pagar! ¡tan duro como pueda!" decía para mis adentros.

Vino la hora de salir, y salimos; él fue adelante, apurado, y yo no quería pelear allí mismo, en la calle de Costa, cerca del colegio; habría de ser en la calle ancha de San Joaquín. Pero cuando llegué a la esquina ya no lo vi; probablemente se había escondido en algún corredor o en un negocio; entré en una botica* , espié en algunas casas, pregunté por él a algunas personas, nadie me supo dar noticias. A la tarde faltó a la escuela.

En casa no conté nada, claro; pero para explicar las manos hinchadas, le mentí a mi madre, le dije que no había sabido la lección. Dormí esa noche, mandando al diablo a los dos chicos, tanto al de la denuncia como al de la moneda. Y soñé con la moneda; soñé que, al volver a la escuela, al día siguiente, me topaba con ella en la calle, y la agarraba, sin miedo ni escrúpulos...

A la mañana siguiente me desperté temprano. La idea de ir a buscar la moneda me hizo vestir de prisa. El día estaba espléndido, un día de mayo, sol magnífico, aire suave, sin contar los pantalones nuevos que mi madre me dio, para más datos, amarillos. Todo eso, y la monedita de plata... Salí de casa, como si fuese a trepar al trono de Jerusalén. Apuré el paso para que na-

*botica.* Farmacia. Laboratorio y despacho de medicamentos.

die llegase antes que yo a la escuela; aunque no anduve tan rápido como para arrugarme los pantalones. ¡No, que eran tan bonitos! Los miraba, rehuía los encuentros, a la basura de la calle...

En la calle encontré una compañía del batallón de fusileros, tambor al frente, redoblando. No podía oír esto quieto. Los soldados venían golpeando el pie rápido, igual, derecha, izquierda, al son del redoble; venían, pasaron frente a mí y se fueron andando. Sentí una comezón en los pies, y tuve ganas de irme detrás de ellos. Ya les dije: el día estaba lindo, y después el tambor... Miré a uno y otro lado; al final, no sé cómo fue, entré a marchar también al son del redoble, creo que canturreando alguna cosa: Ratón en la casaca... No fui a la escuela, acompañé a los fusileros, y después enfilé para Saúde, y acabé la mañana en la playa de la Gamboa* . Volví a casa con los pantalones percudidos, sin monedita de plata en el bolsillo ni resentimiento en el alma. Y sin embargo la monedita era bonita y fueron ellos, Raimundo y Curvelo, que me dieron el primer conocimiento, uno el de la corrupción, el otro el de la delación; pero el endiablado tambor...

*Gamboa.* Actual zona portuaria de Río de Janeiro.



## PADRE CONTRA MADRE

La esclavitud se llevó consigo oficios y aparejos* , como habrá sucedido con otras instituciones sociales. No cito algunos aparejos sino porque se ligan con cierto oficio. Uno de ellos era el hierro de cuello, otro, el hierro de pie; estaba también la máscara de hoja de Flandes. La máscara le hacía perder el vicio de la embriaguez a los esclavos, porque les tapaba la boca. Tenía sólo tres agujeros, dos para ver, uno para respirar, y se cerraba por detrás de la cabeza con un candado. Con el vicio de la bebida, perdían la tentación de hurtar, porque generalmente era con los centavos del señor que ellos mataban la sed, y así se erradicaban dos pecados, y la sobriedad y la honestidad quedaban a salvo. Era grotesca esa máscara, pero el orden social y humano no siempre se alcanza sin lo grotesco, y alguna vez sin la crueldad. Los hojalateros las tenían colgadas, a la venta, en la puerta de los negocios. Pero no nos preocupemos de las máscaras.

El hierro de cuello se aplicaba a los esclavos fugitivos. Imaginad un collar grueso, con una barra gruesa también a la derecha o a la izquierda, hasta lo alto de la cabeza y cerrado por detrás con llave. Pesaba, naturalmente, pero era menos un castigo que una señal. Esclavo que huía así, dondequiera que anduviera, mostraba que era un reincidente, y al poco tiempo era capturado.

Hace medio siglo*, los esclavos huían con frecuencia. Eran muchos, y no a todos les gustaba la esclavitud. Ocasionalmente podía suceder que recibieran una paliza, y no a todos les gustaba recibir palizas. Una gran parte era apenas reprendida;

*aparejos.* Conjunto de elementos necesarios para hacer una cosa.

*medio siglo.* A mediados del siglo XIX.

había alguien de la casa que oficiaba de padrino, y el mismo dueño no era malo; además, el sentimiento de propiedad moderaba los ánimos, porque el dinero también duele. Mientras tanto, la fuga se repetía. Hubo casos, aunque raros, en los que el esclavo de contrabando*, apenas comprado en el mercado, se echaba a correr, sin conocer las calles de la ciudad. De entre los que eran llevados a las casas, no era extraño que, apenas aclimatados, le pidieran al señor que les impusiera un alquiler y se lo iban a ganar afuera, como vendedores ambulantes.

Aquel que perdía un esclavo por fuga daba algún dinero a quien se lo llevase. Ponía anuncios en los periódicos, con las señas del evadido, el nombre, la ropa, el defecto físico, si lo tenía, el barrio por donde andaba y la cantidad de la gratificación. Cuando no aparecía la cantidad, aparecía la promesa: "se gratificará generosamente", o "recibirá una buena gratificación". Muchas veces el anuncio traía encima o al costado una viñeta, la figura de un negro, descalzo, corriendo, con un palo al hombro y un atado de ropa en la punta. Se advertía que sería castigado con todo el rigor de la ley aquel que lo amparase.

Ahora bien, capturar esclavos fugitivos era un oficio de la época. No sería noble, pero por ser un instrumento de la fuerza en que se apoyaban la ley y la propiedad, tenía esa nobleza implícita de los actos reivindicadores. Nadie se metía en un oficio así por deseo o gusto; la pobreza, la necesidad de una ayuda económica, la ineptitud para otros trabajos, el azar, y en algún caso también el afán de servir, aunque por otra vía, le daban el impulso necesario al hombre que se sentía bastante firme para poner orden en el desorden.

Cándido Neves –en familia, Candidito– es la persona con la cual se relaciona la historia de una fuga; escapó a la pobreza cuando adquirió el oficio de atrapar esclavos fugitivos. Tenía un defecto grave ese hombre, no aguantaba ningún empleo ni

*de contrabando*. El tráfico de esclavos había sido prohibido definitivamente, a instancias de Gran Bretaña, hacia 1850.



oficio, carecía de estabilidad; es lo que él llamaba mala suerte. Empezó por querer aprender tipografía, pero vio enseguida que era preciso algún tiempo para componer bien, y aun así tal vez no ganara lo suficiente; fue lo que se dijo a sí mismo. Le llamó la atención el comercio, era una buena carrera. Con algún esfuerzo entró como cajero en una tienda. Pero la obligación de atender y servir a todos lo hería en su orgullo y, al cabo de cinco o seis semanas estaba en la calle por su voluntad. Empleado en una escribanía, cadete de una repartición anexa al Ministerio del Imperio, cartero y otros empleos fueron dejados al poco tiempo de conseguidos.

Cuando se enamoró de una muchacha llamada Clara, no tenía más que deudas, aunque pocas, porque vivía con un primo, tallador de oficio. Luego de varias tentativas para obtener empleo, resolvió adoptar el oficio del primo, del que, por lo demás, ya había tomado algunas lecciones. No le costó recibir otras, pero, queriendo aprender de prisa, aprendió mal. No hacía obras finas ni complicadas, sólo patas de sofás y relieves comunes para sillas. Quería tener en qué trabajar cuando se casara, y el casamiento no se hizo esperar mucho.

Tenía treinta años. Clara veintidós. Ella era huérfana, vivía con una tía, Mónica, y cosía con ella. No cosía tanto que no tuviera tiempo de noviar un poco, pero los pretendientes sólo querían pasar el rato; no tenían otro interés. Transcurrían las tardes, la miraban mucho, ella a ellos, hasta que la noche la hacía recogerse en la costura. Lo que ella notaba es que ninguno la dejaba con nostalgia ni le encendía el deseo. Tal vez ni supiera el nombre de muchos. Se quería casar, naturalmente. Era, como le decía la tía, como pescar con caña, a ver si el pez picaba, pero el pez pasaba de largo; alguno que se detenía era sólo para andar alrededor del anzuelo, mirarlo, olerlo, dejarlo e ir hacia otros.

El amor tiene sus tachaduras y enmiendas. Cuando la muchacha vio a Cándido Neves, sintió que éste era el posible marido, el marido verdadero y único. El encuentro se produjo en

un baile; así fue –para recordar el primer oficio del candidato– así fue la página inicial de ese libro, que tenía que salir mal compuesto y peor compaginado. El casamiento se realizó once meses después, y fue la más bella fiesta de las relaciones de los novios. Amigas de Clara, menos por amistad que por envidia, intentaron disuadirla del paso que iba a dar. No negaban la gentileza del novio, ni el amor que le tenía, ni tampoco algunas virtudes; decían que era demasiado propenso a las bromas.

–Pues mejor –replicaba la novia–; al menos, no me casaré con un muerto.

–No, muerto no; pero es que...

No decían de qué se trataba. Tía Mónica, después del casamiento, en la casa pobre donde ellos se fueron a refugiar, les habló una vez de los hijos posibles. Ellos querían uno, uno solo, aunque viniera a agravar la necesidad.

–Ustedes, si tuvieran un hijo se morirían de hambre –le dijo la tía a la sobrina.

–Nuestra Señora nos dará de comer– replicó Clara.

Tía Mónica debía haberles hecho la advertencia, o la amenaza, cuando él le fue a pedir la mano de la muchacha; pero ella también era amiga de la jarana*, y el casamiento sería una fiesta, como lo fue.

La alegría era común a los tres. El matrimonio reía por todo. Inclusive los nombres eran objetos de bromas, Clara, Neves, Cándido; no daban de comer pero daban de reír, y la risa se digería sin esfuerzo. Ella ahora cosía más, él salía a cumplir encargos de una cosa u otra; no tenía empleo fijo.

No por eso renunciaban a tener un hijo. El hijo, sin saber de ese deseo específico, se dejaba estar escondido en la eternidad. Un día, sin embargo, dio señales de vida; varón o niña, era el fruto bendito que vendría a traer a la pareja la anhelada ventura. Tía Mónica quedó desorientada, Cándido y Clara se reían de sus miedos.

*jarana*. Diversión bulliciosa y alborotada.



–Dios nos ha de ayudar, tiíta– insistía la futura madre.

La noticia corrió de vecina en vecina. No hubo más que esperar la aurora del gran día. La esposa trabajaba ahora con más ganas, y no podía ser de otra manera, una vez que, además de las costuras pagas, tenía que ir haciendo con retazos el ajuar del bebé. A fuerza de pensar en él, ya vivía con él, le medía los pañales, le cosía blusitas. Los recursos eran escasos, las carencias muchas. La tía Mónica ayudaba, es cierto, pero de mala gana.

–Ya van a ver ustedes la vida triste que van a tener– suspiraba ella.

–¿Pero los otros niños no se crían también?– preguntó Clara.

–Sí, se crían, y encuentran siempre algo seguro para comer, aunque sea poco...

–¿Seguro cómo?

–Seguro, un empleo, un oficio, una ocupación, pero ¿en dónde gasta el tiempo el padre de esa infeliz criatura que va a venir?

Cándido Neves, después de enterarse del comentario, fue a hablar con la tía, no áspero, pero mucho menos manso que de costumbre, y le preguntó si hasta ese momento había dejado de comer algún día.

–Usted no ayunó sino en semana santa, y además porque no quiere cenar conmigo. Nunca nos faltó nuestro bacalao...

–Ya lo sé, pero somos tres.

–Seremos cuatro.

–No es lo mismo.

–¿Qué quiere que haga además de lo que hago?

–Algo más efectivo. Mira al mueblero de la esquina, al hombre de la tienda, al tipógrafo que se casó el sábado, todos tienen un empleo seguro... No te enojes; no digo que tú seas un vago, pero la ocupación que elegiste es inestable. Tú pasas semanas sin un centavo.

–Sí, pero llega una noche que compensa todo, hasta de sobra. Dios no me abandona, y el negro fugitivo sabe que conmigo no se juega; casi ninguno se resiste, muchos se entregan enseguida.

Se sentía orgulloso de eso, hablaba de la esperanza como de un capital seguro. Al rato se reía, y hacía reír a la tía, que era alegre por naturaleza, y preveía una francachela* para el bautismo.

Cándido Neves había perdido ya el oficio de tallador, como había dejado otros muchos, mejores o peores. Atrapar esclavos fugitivos le deparó un encanto nuevo. No le obligaba a estar largas horas sentado. Sólo le exigía fuerza, atención, paciencia, coraje y un pedazo de cuerda. Cándido Neves leía los anuncios, los copiaba, se los metía en el bolsillo y salía a investigar. Tenía buena memoria. Una vez aprendidas las señas y las costumbres de un esclavo fugitivo, invertía poco tiempo en encontrarlo, reducirlo, amarrarlo y llevárselo. Fuerza le sobraba, agilidad también. Más de una vez, en una esquina, conversando sobre cualquier asunto, veía pasar a un esclavo como los otros, y descubría enseguida que era un evadido, quién era, el nombre, el dueño, la casa de éste y la gratificación; interrumpía la conversación y se iba detrás del inmoral. No lo atrapaba enseguida, acechaba hasta encontrar un lugar apropiado, y de un salto tenía la gratificación en sus manos. No siempre salía sin sangre, las uñas y los dientes del otro trabajaban, pero generalmente los vencía sin el más mínimo rasguño.

Un día los lucros* comenzaron a escasear. Los esclavos fugitivos no venían ya, como antes, a meterse entre las manos de Cándido Neves. Había manos nuevas y hábiles. Como el negocio había desarrollado, más de un desempleado tomó la cuerda, consultó los diarios, copió anuncios y se dedicó a la cace-

*francachela*. Reunión de varias personas para divertirse, en general, descomedidamente.

*lucros*. Ganancia o provecho.



ría. En el mismo barrio había más de un competidor. Quiere decir que las deudas de Cándido Neves comenzaron a incrementarse, sin esos pagos en término o casi en término de los primeros tiempos. La vida se hizo difícil y dura. Se comía de fiado y mal; se comía a destiempo. El patrón reclamaba el pago del alquiler.

Clara no tenía tiempo siquiera de remendar la ropa del marido, tanta era la necesidad de coser para afuera. La tía Mónica ayudaba a la sobrina, naturalmente. Cuando él llegaba por la tarde, se le veía por la cara que no traía ni un centavo. Cenaba y salía otra vez, a la caza de algún fugitivo. Ya le sucedía, aunque raramente, que se equivocaba de persona, y atrapaba a un esclavo fiel que iba a servir a su señor; tal era la ceguera de la necesidad. Cierta vez capturó a un negro libre; se deshizo en disculpas, pero recibió una buena paliza que le dieron los parientes del hombre.

–¡Es lo que le faltaba!– exclamó la tía Mónica, al verlo entrar, y después de escuchar el relato del equívoco y sus consecuencias. –Déjese de esas cosas, Candidito; busque otra vida, otro empleo.

Cándido hubiera querido, efectivamente, hacer otra cosa, no por las razones del consejo, sino por el simple gusto de cambiar de oficio; sería un modo de mudar de piel o de persona. Lo peor era que no encontraba a mano un negocio que pudiera aprender rápido.

La naturaleza seguía su curso, el feto crecía, hasta hacerse pesado para la madre, antes de nacer. Llegó el octavo mes, mes de angustias y necesidades, menos aún que el noveno, cuya narración dispenso también. Mejor es decir sus efectos. No podían ser más amargos.

–¡No, tía Mónica!– bramó Candidito, rechazando un consejo que me cuesta escribir, cuanto más al padre oírlo. – ¡Eso nunca!

Fue durante la última semana del postrero mes que la tía Mónica dio a la pareja el consejo de entregar al niño que iba a na-

cer a la Rueda de los abandonados* . En verdad, no podría haber palabra más dura de aguantar para los dos jóvenes padres que aguardaban al bebé para besarlo, protegerlo, verlo reír, crecer, engordar, saltar... ¿Abandonar qué? ¿abandonar cómo? Candidito miró a la tía con los ojos desorbitados, y acabó dando un golpe en la mesa del comedor. La mesa, que era vieja y descoyuntada, estuvo a punto de deshacerse totalmente. Clara intervino.

–Tiíta no lo dice por mal, Candidito.

–¿Por mal?– replicó tía Mónica: Por mal o por bien, sea como sea, digo que es lo mejor que ustedes pueden hacer. Ustedes les deben a todos; la carne y los porotos están escaseando. Si no aparece algún dinero, ¿cómo es que la familia va a aumentar? Y además, hay tiempo; más adelante, cuando tuvieran la vida más asegurada, los hijos que lleguen serán recibidos con el mismo cuidado que éste o aún mayor. Éste será bien criado, sin faltarle nada. ¿Acaso la Rueda es un potrero o un chiquero? Allá no se mata a nadie, nadie muere porque sí, mientras que aquí es seguro que se morirá, si vive en esta pobreza. En fin...

Tía Mónica terminó la frase con movimiento de hombros, dio la espalda y fue a meterse en su habitación. Había ya insinuado esa solución, pero era la primera vez que lo hacía con tanta franqueza y ardor, –crueldad, si prefieres–. Clara tendió la mano al marido, como para levantarle el ánimo; Cándido Neves hizo una mueca, y llamó loca a la tía, en voz baja. La ternura de los dos fue interrumpida por alguien que golpeaba la puerta de calle.

Era el dueño de la casa, acreedor de tres meses de alquiler, que venía en persona a amenazar al inquilino. Éste quiso que él entrase.

–No es preciso...

–Hágame el favor.

*Rueda de los abandonados*. En los orfanatos, especie de caja giratoria donde se colocaba al niño abandonado.



El acreedor entró y rehusó sentarse; detuvo sus ojos en el mobiliario para ver si podía sacar algo con el embargo; le pareció que poco. Venía a cobrar las cuotas vencidas, no podía esperar más; si dentro de cinco días no le pagaba, lo ponía en la calle. No había trabajado para beneficio de los demás. Viéndolo nadie diría que era propietario; pero la palabra suplía lo que le faltaba al semblante, y el pobre Cándido Neves prefirió callar a responder. Hizo una inclinación de promesa y súplica al mismo tiempo. El dueño de la casa no cedió en nada.

–¡Cinco días o a la calle!– repitió, poniendo la mano sobre el picaporte de la puerta y saliendo.

Candidito salió por otro lado. En esas circunstancias no llegaba nunca a desesperarse, contaba con algún préstamo, no sabía cómo ni dónde, pero contaba. Por otra parte, recurrió a los avisos. Encontró varios, algunos ya viejos, pero en vano los buscaba desde hacía mucho tiempo. Gastó algunas horas sin provecho, y volvió a la casa. Al cabo de cuatro días, no encontró recursos; echó mano de empeños, recurrió a personas amigas del propietario, no consiguiendo más que la orden de mudanza.

La situación era peliaguda. No encontraban casa, ni contaban con alguien que les prestase una; significaba ir a la calle. No contaban con la tía. Tía Mónica tuvo la habilidad de encontrar aposento para los tres en casa de una señora vieja y rica, que le prometió prestarle los cuartos bajos de la casa, al fondo de la cochera, hacia el lado del patio. Tuvo también el arte mayor de no decir nada a los dos, para que Cándido Neves, en la desesperación de la crisis comenzara por entregar al hijo al orfanato y terminase encontrando algún medio seguro y regular de obtener dinero; ordenar su vida, en suma. Escuchaba las quejas de Clara, sin repetirlas, es verdad, pero sin consolarlas. El día en que se vieran obligados a dejar la casa, los sorprendería con la noticia del ofrecimiento e irían a dormir mejor de lo que esperaban.

Así sucedió. De patitas en la calle, pasaron al aposento de favor, y dos días después nació el bebé. La alegría del padre fue enorme, y la tristeza también. Tía Mónica insistió en llevar al

bebé al orfanato. "Si tú no lo quieres llevar, déjamelo a mí; yo voy a la calle de los Barbonos*." Cándido Neves le pidió que no, que esperase, que él mismo lo llevaría. Noten que era un niño, y que ambos padres deseaban justamente este sexo. Apenas pudieron darle un poco de leche; pero, como esa noche llovió, decidió el padre llevarlo a la Rueda a la siguiente.

Esa noche revisó todos los avisos sobre esclavos fugitivos. Las gratificaciones, en la mayoría de los casos, eran promesas; algunos traían la suma escrita y escasa. Una, sin embargo, ascendía a cien mil reales. Se trataba de una mulata; venían indicaciones sobre los rasgos físicos y la vestimenta. Cándido Neves había estado investigando sin fortuna, y había abandonado el asunto; imaginó que algún amante de la esclava la había refugiado. Pero ahora, en vista de la cantidad y de la necesidad que tenía, Cándido Neves se animó a hacer un último gran esfuerzo. Salió de mañana a ver e indagar por la calle y el parque de la Carioca, la calle del Parto y de la Ajuda, donde ella parecía andar, según el anuncio. No la encontró; apenas un farmacéutico de la calle de la Ajuda se acordaba de haber vendido una onza de alguna droga, tres días antes, a una persona que tenía los rasgos indicados. Cándido Neves parecía hablar como el dueño de la esclava, y agradeció cortésmente la información. No fue más afortunado con los otros fugitivos de gratificación incierta o barata.

Volvió a la triste casa que le habían prestado. Tía Mónica había conseguido ella misma la dieta para la flamante madre, y ya tenía listo al niño para llevarlo a la Rueda. El padre, no obstante lo acordado, apenas pudo esconder el dolor ante ese espectáculo. No quiso comer lo que la tía Mónica le había guardado; no tenía apetito, dijo, y era verdad. Ideó mil modos de quedarse con el hijo; ninguno funcionaba. No se podía olvidar del propio albergue donde vivía. Consultó a la mujer, que se mostró resignada. Tía Mónica le describió la crianza del niño;

*calle de los Barbonos*. Allí se encontraba la Rueda de los abandonados.



sería mayor la miseria, pudiendo suceder que el hijo encontrara la muerte por falta de recursos. Cándido Neves se vio obligado a cumplir la promesa; le pidió a la mujer que le diese al hijo el resto de leche que él bebería de su madre. Así se hizo; el pequeño se durmió, el padre lo tomó y salió en dirección a la calle de los Barbonos.

Que pensó más de una vez en volverse para la casa con él, es cierto; no menos cierto es que lo mimaba mucho, que lo besaba, que le cubría el rostro para preservarlo del sereno. Al entrar en la calle de la Guarda Velha, Cándido Neves comenzó a aflojar el paso.

–Lo voy a entregar lo más tarde que pueda– murmuró él.

Pero no siendo la calle infinita o siquiera larga, se terminaría; fue entonces que se le ocurrió entrar por uno de los callejones que ligaban esa calle con la de la Ajuda. Llegó al final del callejón y, yendo a doblar a la derecha, en dirección del paseo de la Ajuda, vio del lado opuesto un rostro de mujer; era la esclava fugitiva. No cuento aquí la conmoción de Cándido Neves por no poder hacerlo con la intensidad real. Un adjetivo basta; digamos enorme. Al descender la mujer, descendió él también; a pocos pasos estaba la farmacia donde había obtenido la información, a la que me referí antes. Entró, encontró al farmacéutico, le pidió el favor de que le cuidara al bebé por unos instantes; vendría a buscarlo sin falta.

–Pero...

Cándido Neves no dio tiempo de decir nada; salió rápido, atravesó la calle, hasta un punto en que pudiese atrapar a la mujer sin llamar la atención. Al final de la calle, cuando ella iba a bajar por San José, Cándido Neves se aproximó. Era la misma, era la mulata fugitiva.

–¡Arminda!– gritó, conforme decía el anuncio.

Arminda se volvió sin cuidado ni malicia. Sólo en el instante cuando él, luego de haber sacado el pedazo de cuerda del bolsillo, tomó los brazos de la esclava, ella comprendió y quiso huir. Era imposible. Cándido Neves, con las manos robustas, le ataba las muñecas y le ordenaba que anduviera. La es-

clava quiso gritar, parece que hasta llegó a soltar una voz más alta que de costumbre, pero entendió enseguida que nadie vendría a liberarla, al contrario. Pidió entonces que la soltase por el amor de Dios.

–¡Estoy embarazada, mi señor!– exclamó. –Si Su Señoría tiene algún hijo, le pido por el amor de él que me suelte; yo seré su esclava, le serviré por el tiempo que quiera. ¡Suélteme, mi señor!

–¡Sigue!– repitió Cándido Neves.

–¡Suélteme!

–No quiero perder tiempo; ¡sigue!

Hubo entonces lucha, porque la esclava, gimiendo, se arrastraba a sí misma y al hijo. Quien pasaba o estaba en la puerta de un negocio, comprendía lo que sucedía y naturalmente no intervenía. Arminda alegaba que el señor era muy malo, y que probablemente la castigaría con azotes, cosa que, en el estado en que ella estaba, sería aún peor. Con seguridad, él le mandaría a dar azotes.

–Tú tienes la culpa. ¿Quién te manda a hacer hijos y huir después?– preguntó Cándido Neves.

No estaba con ganas de reírse, a causa del hijo que allá había quedado en la farmacia, esperando por él. También es cierto que no acostumbraba a decir grandes cosas. Fue arrastrando a la esclava por la calle de los Ourives, en dirección a la de la Aduana, donde residía el señor. En la esquina de esta última la lucha se intensificó; la esclava apoyó los pies en la pared, retrocedió con enorme esfuerzo, inútilmente. Sólo sirvió para demorarse más en llegar de lo que debiera, a pesar de estar próxima la casa. Llegó, finalmente, arrastrada, desesperada, jadeando. Aún allí se arrodilló, pero en vano. El señor estaba en casa, acudió al llamado y al bullicio.

–Aquí está la fugitiva– dijo Cándido Neves.

–Es ella misma.

–¡Mi señor!



–Anda, entra...

Arminda cayó en el corredor. Allí mismo el señor de la esclava abrió la billetera y sacó los cien mil reales de gratificación. Cándido Neves guardó los dos billetes de cincuenta mil reales, mientras el señor le decía nuevamente a la esclava que entrase. En el suelo, donde yacía, atravesada por el miedo y el dolor, y luego de varios instantes de lucha la esclava abortó.

El fruto de cierto tiempo entró sin vida en este mundo, entre los gemidos de la madre y los gestos de desesperación del dueño. Cándido Neves vio todo este espectáculo. No sabía la hora que era. Cualquiera que fuese, urgía correr a la calle de la Ajuda, y fue lo que hizo sin querer conocer las consecuencias del desastre.

Cuando llegó allá, vio al farmacéutico solo, sin el hijo que le había entregado. Quiso estrangularlo. Felizmente, el farmacéutico explicó todo a tiempo; el niño estaba adentro con la familia, y ambos entraron. El padre recibió al hijo con la misma furia con que había atrapado a la esclava fugitiva hacía un momento, furia distinta, naturalmente, furia de amor. Agradeció de prisa y mal, y salió corriendo, no hacia la Rueda de los abandonados, sino hacia la casa de prestado con el hijo y los cien mil reales de gratificación. Tía Mónica, luego de escuchar la explicación, perdonó la vuelta del pequeño, ya que traía los cien mil reales. Dijo, es verdad, algunas palabras duras contra la esclava, a causa del aborto, además de la fuga. Cándido Neves, besando al hijo, entre lágrimas verdaderas, bendecía la fuga y no le importaba el aborto.

–No todos los niños lo logran, le dictó el corazón.

# Artur Azevedo

Artur Nabantino Goncalves de Azevedo nació en São Luís do Maranhão el 7 de julio de 1855 y falleció en Río de Janeiro el 22 de octubre de 1908.

Era hijo del cónsul portugués Davi Gonçalves de Azevedo y hermano del importante novelista Aluísio de Azevedo. A los dieciocho años se trasladó a Río de Janeiro llevando su primera comedia, *Amor por Anexins* ("Amor por axiomas"). Su vida de creador, compartida con su trabajo de empleado, estuvo centralmente dedicada al teatro y es en este terreno donde la crítica ve su contribución fundamental. Continuador de la comedia de costumbres, se propuso elevar la calidad de la escena brasileña, dominada por el mal gusto y las piezas extranjeras, sobre todo el "vaudeville parisiense". Sobresalió en el género cómico, tratando temas del momento, costumbres y tipos de la ciudad. Un ritmo ágil y el diálogo vivaz, que reproduce el nivel familiar y popular del lenguaje carioca, caracterizan sus obras.

A la par que autor teatral de éxito, Artur Azevedo también incursionó en la poesía, la crónica y sobre todo en el cuento. Sus narrativas cortas, escritas para la prensa, gozaron del amplio favor del público por su estilo fácil, sin pretensiones, de tono humorístico, adaptadas perfectamente a la lectura rápida del folletín. Fue un autor realista sin preocupaciones de escuela. "De un lenguaje simple y corriente –ha apuntado Herman Lima–, en una forma sin pretensiones a la que no le falta, sin embargo, esa gracia inmanente que hace de algunos de sus versos humorísticos verdaderas obras maestras, lo que más distingue el arte de Artur Azevedo... es, junto a su don de narrador,

la excepción que constituye su estilo despojado, en un tiempo de prosa atormentada y sobrecargada de oropeles".

(Obras principales: Teatro: *Horas de Humor*, 1876; *A Pele do Lôbo*, 1877; *A Jóia*, s.d.; *A Princesa dos Cajueiros*, 1880; *O Liberato*, 1881; *A Mascote na Roça*, 1882; *A Almanjarra*, 1888; *O Tribofe*, 1892; *Revelação de um Segrêdo*, 1895; *O Major*, 1895; *O Badejo*, s.d.; *Gavroche*, 1899; *A Viúva Clark*, 1900; *Comeu!*, 1902; *A Fonte Castália*, 1904; *O Dote*, 1907; *O Oráculo*, 1907. Poesía: *Carapuças*, 1871; *Horas de Humor*, 1875-6; *O Dia de Finados*, 1877. Cuentos: *Contos Fora da Moda*, 1894; *Contos Efêmeros*, 1897; *Contos Possíveis*, 1908.)



## PLEBISCITO

La escena transcurre en 1890* .

La familia está toda reunida en el comedor.

El señor Rodrigues escarba entre los dientes con el palillo, repatingado* en la hamaca. Acabó de comer como un abad* .

Doña Bernardina, su esposa, está muy entretenida en limpiar la jaula de un canario belga.

Los pequeños son dos, un niño y una niña. Ella se distrae en mirar al canario. Él, recostado sobre la mesa, los pies cruzados, lee con mucha atención una de nuestras publicaciones diarias.

Silencio.

De repente el niño levanta la cabeza y pregunta:

–¿Papá, qué es plebiscito?

El señor Rodrigues cierra los ojos inmediatamente para fingir que duerme.

El pequeño insiste:

–¿Papá?

Pausa:

–¿Papá?

Doña Bernardina interviene:

–Eh, Rodrigues, Manduca te está llamando. No duermas después de cenar que te hace mal.

1890. Fue cuando se llevó a cabo, en el Brasil, el debate constitucional, tras la proclamación de la República el año anterior.

*repatingado*. Extendido en el asiento para mayor comodidad.

*abad*. Superior de un monasterio de hombres. Monje.

El señor Rodrigues no tuvo más remedio que abrir los ojos.

–¿Qué pasa? ¿Qué desean ustedes?

–Yo quería, papá, que me dijeras qué es plebiscito.

–¡Era eso, muchacho! ¿Así que vas a cumplir doce años y no sabes aún lo que es plebiscito?

–Si lo supiera no preguntaba.

El señor Rodrigues se vuelve hacia doña Bernardina, que continúa muy ocupada con la jaula:

–¡Eh, señora, el pequeño no sabe lo que es plebiscito!

–No me sorprende que no sepa, porque yo tampoco sé.

–¡Qué me dice! ¿Así que la señora no sabe lo que es plebiscito?

–Ni yo, ni tú; aquí en casa nadie sabe lo que es plebiscito.

–¡Nadie, alto ahí! ¡Creo que he dado pruebas de no ser ningún ignorante!

–Tu cara no me engaña. Eres muy simple. ¡Vamos: si sabes, di lo que es plebiscito! ¿Entonces? ¡Estamos esperando! ¡Di!...

–¡La señora lo que quiere es rebajarme!

–Pero hombre de Dios, ¿por qué no confiesas que no sabes? No es ninguna vergüenza ignorar alguna palabra. El otro día ocurrió lo mismo cuando Manduca te preguntó qué era proletario. ¡Tú hablaste, hablaste, y el niño se quedó sin saber!

–Proletario– retrucó el señor Rodrigues– es el ciudadano pobre que vive del trabajo mal remunerado.

–Sí, ahora lo sabes porque fuiste al diccionario; ¡pero te doy un bombón si me dices qué es plebiscito sin moverte de esa silla!

–¡Qué placer siente la señora de ponerme en ridículo en presencia de estos niños!

–¡Oh! En ridículo te pones tú mismo. Sería tan simple decir: "No sé, Manduca, no sé lo que es plebiscito; ve a buscar el diccionario, hijo mío".

El señor Rodrigues se levanta de golpe y clama:

–¡Pero yo sé!



–Pues si sabes, ¡dílo!

–¡No lo digo para no humillarme delante de mis hijos! ¡No doy el brazo a torcer! ¡Quiero conservar la fuerza moral que debo tener en esta casa! ¡Vete al diablo!

Y el señor Rodrigues, exasperadísimo, nervioso, deja el comedor y se va para su cuarto, golpeando violentamente la puerta.

En el cuarto había lo que él más precisaba en esa ocasión: algunas gotas de agua de flor de naranja y un diccionario...

La niña toma la palabra:

–¡Pobre papá! ¡Se enojó enseguida después de comer! ¡Dicen que es tan peligroso!

–¡Si no fuera tonto– observa doña Bernardina–, y confesara francamente que no sabía qué es plebiscito!

–Pues sí– agregó Manduca, muy pesaroso por haber sido el causante de toda aquella discusión– pues sí, mamá; llama a papá y hagan las paces.

–¡Sí! ¡Sí! ¡Hagan las paces– dice la niña en tono dulce y suplicante– dos personas que se estiman tanto se han enojado por causa del plebiscito!

Doña Bernardina le da un beso a la hija, y va a golpear la puerta del cuarto.

–Rodrigues, ven a sentarte; no vale la pena enojarse por tan poco.

El comerciante esperaba la ocasión. La puerta se abre inmediatamente. Él entra, atraviesa la casa, y se va a sentar en la hamaca.

–¡Bueno fuera!– exclama el señor Rodrigues después de largo silencio– ¡Bueno fuera! ¡Yo! ¡Yo ignorar el significado de la palabra plebiscito! ¡Yo!...

La mujer y los hijos se aproximan a él.

El hombre continúa en un tono profundamente dogmático:

–Plebiscito...

Y mira para todos lados para ver si hay por allí alguien más que pueda aprovechar la lección:

–Plebiscito es una ley decretada por el pueblo romano, establecido en comicios* .

–¡Ah!– suspiran todos, aliviados.

–Una ley romana, ¿se dan cuenta? ¡Y quieren introducirla en el Brasil! ¡Es un extranjerismo más!...

*Plebiscito... comicios*. Sentido original de la palabra en el derecho romano; en las democracias modernas, el voto afirmativo o negativo del pueblo sobre una propuesta presentada.



## EL GRAMÁTICO

Había en la capital de una de nuestras provincias menos adelantadas, cierta secta de gramáticos, insufriblemente pedantes. No se agitaba cuestión de sintaxis, para cuya solución no fueran tales señores inmediatamente consultados. Decían las cosas más simples y rudimentarias en un tono prudhommesco* y dogmático, que no dejaba de producir su efecto en el espíritu de las masas boquiabiertas.

De ese aluvión de grandes hombres se destacaba el Dr. Praxedes*, que desayunaba, almorzaba, merendaba y cenaba gramática portuguesa.

Ese ratón, bachiller formado en Olinda*, en los buenos tiempos, era jefe de sección de la Secretaría del Gobierno, y andaba por las calles haciendo el análisis sintáctico de los anuncios de los negocios y los carteles colocados en las esquinas. "LA CASA DE LAS BAGATELAS, –núcleo: casa; atributo, la; de las bagatelas, modificador indirecto*" . El Dr. Praxedes despedía a un criado, si el infeliz, como la *soubrette* de las *Femmes savantes** , cometía un error de prosodia.

¿Y cuando sometía a los transeúntes incautos a un examen de gramática?

*prudhommesco*. Estilo banal, sentencioso y ridículo propio de Prudhomme, personaje creado por el humorista Henri Monnier (1805-1877).

*Praxedes*. El apellido alude irónicamente a la palabra «praxe», lo habitual, lo rutinario, lo práctico.

*Olinda*. Ciudad cercana a Recife en el estado de Pernambuco.

*modificador indirecto*. Adaptamos la terminología gramatical al uso corriente.

*la soubrette de las Femmes savantes*. Criada de *Las Mujeres sabias*, obra de Molière en la que se satiriza a las sabihondas ridículas.

Por ejemplo: encontraba en la calle a un niño, y éste caía en la tontería de preguntar muy naturalmente:

–¡Sr. Dr. Praxedes! ¿Cómo ha estado usted?

–Ven para acá– respondía él agarrando al pequeño por un botón del saco– "¿Cómo ha estado usted?" ¿Qué oración es ésta?

–Pero... es que estoy con mucha prisa...

–¡Dilo!

–Es una oración interrogativa.

–¿Sujeto?

–Usted.

–¿Verbo?

–Ha estado.

–¿Circunstancial de modo?

–Cómo.

–Bien. Puedes irte. Dale mis saludos a tu padre.

Y, con una idea súbita, deteniéndose:

–¡Ah! ¡Ven para acá! "Dale mis saludos a tu padre", ¿qué oración es ésta?

–Es una oración... una oración imperativa.

–¡Bravo! ¿Sujeto?

–Está tácito... es tú... Dale tú mis saludos a tu padre.

–Muy bien. ¿Verbo?

–Da.

–¿Mis saludos es un objeto...?

–Directo.

–¿A tu padre...?

–Indirecto.

–Muy bien. Puedes irte. Adiós.

Luego de jubilarse con treinta años de servicio, el Dr. Praxedes se retiró al interior de la provincia, escogiendo, para pasar el resto de sus gloriosos días, la pequeña ciudad de..., su pueblo natal. Allí ejercía la abogacía con mucho empeño, mientras



continuaba ejerciendo su misión de oráculo en cuestiones gramaticales.

Raramente salía a la calle, pues todo el tiempo era poco para estar en casa respondiendo a las numerosas consultas que le dirigían de la capital y de otros puntos de la provincia.

La pequeña ciudad de... se daba el lujo de una publicación semanal, *El Progreso*, propiedad de Clorindo Barreto, que acumulaba las funciones de director, redactor, compositor, revisor, compaginador, impresor, distribuidor y cobrador.

Nadie se admire de eso, porque Barreto, hágasele justicia, hacía más uso de la tijera* que de la pluma. El vicario* , que siempre tenía un chiste los domingos, dijo un día que eso no era una tijera sino una orejera* .

Mientras, si en la oficina de *El Progreso* la goma de pegar tenía más aplicación que la tinta de escribir, no pasaba nada importante, dentro o fuera de la localidad, que no apareciera fielmente narrado en el semanario.

Por ejemplo:

"El Dr. mayor Hilarión Gouveia de Araújo acaba de recibir la grata nueva de que su preciado hijo, el joven Tancredo, acaba de concluir sus estudios preparatorios en la Capital, y se va a matricular en la Escuela Politécnica, de la referida Capital.

Felicitamos llenos de júbilo al Sr. mayor Hilarión, que es uno de nuestros más prestigiosos suscriptores, desde que se fundó nuestro semanario".

A fines de mayo de 1885, la noticia del fallecimiento de Víctor Hugo* llegó a la pequeña ciudad de ..., llevada por un su-

*tijera*. Se alude a la frase "redactor de tijeras", mote despectivo que se aplica a un periodista sin redacción propia y que por eso recorta textos ajenos. En portugués, *tesoura*, se usa, además, para referirse a una persona maledicente.

*vicario*. Juez eclesiástico.

*tijera...orejera*, suplimos un juego de palabras intraducible entre *tesoura* (tijera) y *tesouro* (tesoro). Ver tijera.

*Victor Hugo* (1802-1885), célebre novelista, dramaturgo y poeta francés.

jeto que había salido de la cápital justamente en el momento en que el telégrafo comunicó el infausto acontecimiento.

Barreto, luego de saber la noticia se rascó la cabeza y murmuró:

–¡Diablos! No tengo diarios... ¿Cómo voy a salir de este atolladero? ¡La noticia de la muerte de Víctor Hugo debe ser floreada, bien escrita, y no me siento con fuerzas para desempeñar una tarea semejante!

No obstante, mojó la pluma, que se parecía un poco a la espada de ciertos generales, y garabateó: VÍCTOR HUGO.

Al cabo de dos horas de meditación, el periodista no había escrito ni una línea más...

Pero, ¡oh providencia! En ese momento pasó frente a la puerta de la tipografía el sabio Dr. Praxedes, a pasos anchos, medidos y solemnes, y una idea iluminó el cerebro vacío de Clorindo Barreto.

–¡Doctor Praxedes! ¡Doctor Praxedes! –exclamó él–. Tenga vuestra señoría la bondad de entrar por un momento. Preciso hablarle.

El Dr. Praxedes se detuvo, se volvió gravemente y, aunque estaba disgustado con Barreto, a causa de sus constantes solecismos* , entró en la tipografía.

–¿Qué desea?

El redactor de *El Progreso* le contó la noticia de la muerte del gran poeta, confesó el vergonzoso embarazo en que se encontraba, y apeló a las luces del Dr. Praxedes.

Éste, con una sonrisa de halagado, sonrisa que enseguida desapareció, curvándosele los labios en sentido opuesto, se sentó a la mesa con la gravedad de un juez, sacó los anteojos, los limpió lentamente, se los acomodó sobre la nariz, pidió una pluma nueva, la probó con la uña del pulgar, dispuso sobre la mesa algunos hojas, cuyas aristas emparejó cuidadosamente

*solecismos*. Errores cometidos contra la exactitud y pureza del idioma.



con la... tijera, chupó la pluma, mojándola tres veces en el tintero infecundo, la sacudió otras tantas y, al final escribió:

"FALLECIMIENTO - Consta, por persona llegada de ..., haber fallecido en París, capital de Francia, el señor Víctor Hugo, poeta insigne y autor de varias obras de mérito, entre las cuales un drama en verso, *Mariquita Delorme* (Marion Delorme) y una interesante novela intitulada *Nuestra Señora de París* (Notre-Dame de Paris).

El ilustre finado era conde y viudo.

Su fallecimiento enluta a la literatura de la culta Europa.

Nuestros sinceros pésames a su estremecida familia."

El Dr. Praxedes salió de la tipografía de *El Progreso*, y siguió su camino a pasos anchos, medidos y solemnes.

Iba más satisfecho y lleno de sí mismo que el propio señor Víctor Hugo cuando escribió la última palabra de su interesante novela.

Barreto se quedó radiante y, examinando la hoja escrita por el gramático, exclamó conmovido de admiración:

–¡Y ni una enmienda!

# Simões Lopes Neto

João Simões Lopes Neto nació en Pelotas, Estado de Río Grande do Sul, el 9 de marzo de 1865 y murió en la misma ciudad el 14 de junio de 1916.

Perteneciente a una familia de estancieros, vivió su primeros años en el campo. Hizo sus estudios superiores en Río de Janeiro en donde cursó Humanidades y Medicina. Abandonó esta carrera en 1882, por razones de salud y regresó a Pelotas donde fijó residencia y se casó. Maestro, comerciante, funcionario y periodista, en esta última profesión se desempeñó en el *Diário Popular* y *A Opinião Pública* y fue director del *Correio Mercantil*.

Se inició como autor teatral de obras cómicas, comedias, operetas y revistas con cierto éxito. Incursionó en la investigación folclórica reuniendo canciones populares de su tierra. Pero sus trabajos más perdurables los hizo en el terreno del cuento. En este sentido Simões Lopes Neto es el gran representante del regionalismo gauchesco dentro de la estética realista. Su obra elabora artísticamente tipos y ambientes del Rio Grande do Sul del siglo XIX, trabajo que se asienta en un relevamiento minucioso del habla local, de gran valor lingüístico. Pero su labor de lenguaje no se limita a lo pintoresco documental sino que logra plasmar admirablemente caracteres y ambientes de forma orgánica, con expresión concisa, alejada del ornamento verbal de su época. Olvidado por algún tiempo, Simões Lopes Neto fue "descubierto" por la crítica a partir de los años cuarenta iniciándose así un póstumo y glorioso reconocimiento por parte del público. "Dentro del cuadro global del regionalismo antemodernista –señala Alfredo Bosi– es en él que se reconoce inmediatamente un valor que trasciende la categoría en

que la historia literaria suele fijarlo. Es el *artista* en cuanto hombre que tiene algo de sí para transmitir, aún cuando parezca hacer apenas el documentalismo de una determinada situación cultural. Sus cuentos fluyen en un ritmo tan espontáneo, que el carácter semidialectal de la lengua pasa a un segundo plano, imponiéndose la verdad social y psicológica de los enredos y de los personajes".

(Obras principales: Poesía folclórica: *Cancioneiro Guasca*, 1910; Teatro: *O Boato*, 1894; *Mixórdia*, 1894-5; *Os Bacharéis*, 1896; *A Viúva Pitorra*, 1898; *A Fifina*, 1899; *O Melhor Credor*, 1914; etc. Cuento: *Contos Gauchescos*, 1912; *Lendas do Sul*, 1913; *Casos do Romualdo*, 1952. Ensayo: *Terra Gaúcha*, 1955.)



## El BUEY VIEJO

¡Che pucha!... ¡es animal malo, el hombre!

¡Cuente vuesamercé* las maldades que hacemos y diga si no es cierto!... Vea, nunca me olvido de un caso que vi y que me quedó aquí en la memoria, y me quedará hasta que me muera ...como callo en lomo de matungo* de mujer.

Fue en la estancia de los Lagones, de unos tales Silva, unos Silvas muy políticos, siempre metidos en elecciones y líos de cualificaciones de votantes.

La estancia era como aquí y el arroyo como a unas diez cuadras; allá era el baño de la familia. Hacia una punta, tenía un sarandizal* y luego una curva pronunciada, como una media-luna, donde las arenas se amontonaban formando un bajo: la barranca estaba del lado de allá. El bosque ahí parecía plantado a propósito: era casi pura guabiroba y pitanga, araçá y guabiju* ; en su momento el suelo se cuajaba de fruta: ¡era un regalo!

Ya ve... el balneario no estaba lejos, se podía bien ir hasta allá a pie, pero la familia iba siempre de carreta, empujada por bueyes, una yunta, muy mansos, gobernados con las riendas por una de las señoras dueñas y tocados con una rama por cualquiera de los niños.

Eran dos padres de la paciencia, los dos bueyes. Uno se llamaba Dorado, era bajo; el otro, Cabiuna, era negro, con la oreja del lado de enlazar, blanca, y una hendidura en la papada.

*vuesamercé*. Vuestra merced. Usted.

*matungo*. Caballo que carece de buenas condiciones físicas.

*sarandizal*. De sarandí, arbusto que crece junto a ríos y lagunas.

*guabiroba y pitanga, araçá y guabiju*. Árboles de frutos comestibles.

Estaban tan duchos en aquel piquete, que, cuando la familia, de mañanita, después del ordeñe de la leche, empezaba a prepararse, que la chiquillada saltaba al patio todavía masticando un pedazo de pan y las criadas aparecían con las toallas y por fin las señoras dueñas, cuando se gritaba por la carreta, ya los bueyes hacía mucho tiempo que estaban recostados en el cabezal, removiéndose muy tranquilos, esperando que cualquier peón los unciera.

Así pasaron los años, siempre en ese mismo servicio.

Cuando llegaba el invierno, los soltaban al campo, y alcanzaban un rincón muy abrigado, que había por detrás de las casas. A veces, uno que otro día de sol más fuerte, aparecían por allí cerca, como indagando si había calor bastante para bañarse. Y apenas la gente menuda daba con ellos, salía a correr y a gritar, en una algazara de fiesta para los animales.

–¡Mira a Dorado! ¡Mira a Cabiuna! ¡Ouch!... ¡Ouch!...

Y alguno de aquellos traviesos siempre arrancaba una espiga de mijo, un pedazo de calabaza, que los bueyes tomaban, torciendo la trompa lustrosa de baba, y se ponían a masticar, muy pachorrientos, allí, a la vista de la gurizada* risueña.

Pues vea vuesamercé... Con el andar del tiempo aquellos niños se tornaron mozas y hombres hechos, se fueron casando y teniendo familia, y como quiera, se puede decir que hubo siempre señoras dueñas y gente menuda para que los bueyes lleven al baño del arroyo, en la carreta.

Un día, al final del verano, Dorado amaneció muerto, muy hinchado y duro: había sido picado por una víbora.

Se quedó, pues, solito, Cabiuna; como era muy compañero del otro, allí cerca de él anduvo unos días pastando, recostándose, removiéndose. A veces estiraba la cabeza hacia el muerto y soltaba un mugido...Para mí el buey viejo – ¡eh! ¡le colgaban los mocos! – el buey viejo berraba de nostalgia por el compañero y lo llamaba, como en otro tiempo, para pastar juntos, para beber juntos, para juntos empujar la carreta...

–¡Qué piensa vuesamercé!... ¡los animales se entienden!... ¡tienen su lenguaje!...

Cuando Cabiuna se arrimaba muy cerca del otro y sentía el olor feo, los cuervos se apartaban, a la carrera, sucios de sangre podrida, a veces medio atragantados, vomitando pedazos de carne...

¡Bichos malditos, estos encarbonados!...

Pues, como quedó solito Cabiuna, tuvieron que ver otra yunta para la carreta y el buey viejo por allí se fue quedando. Pero comenzó a enflaquecer... y tal cual como una persona pesarosa, que gusta de estar sola, así el carretero alcanzó el bosque, quién sabe, de pesaroso, también...

Un día de sol fuerte apareció en el patio.

Fue un alboroto en la chiquillada.

–¡Miren a Cabiuna! ¡Cabiuna! ¡Ouch! ¡Cabiuna! ¡Ouch!...

Y vinieron a la puerta las señoras dueñas, ya casadas y madres de hijos, y que cuando eran niñas tantas veces habían sido llevadas por Cabiuna; se allegaron los mozos, ya hombres, y todos dijeron:

–¡Miren a Cabiuna! ¡Ouch! ¡Ouch!...

Entonces, uno notó la flaqueza del buey; otro opinó que sí; otro dijo que no aguantaba el primer minuano* de mayo; y conversación va, conversación viene, el primero, que era muy curtido, creyó que era mejor que se matara a aquel buey, que tenía los mocos colgando, que no engordaba más y que iría a morir atascado en el fondo de alguna zanja y... allá se iba un perjuicio cierto, en el cuero perdido...

Y gritaron a un peón, para que trajera un lazo; y vino. A mano, apenas el sujeto pasó una vuelta de media cara; el buey cabestró* , como un perro...

*gurizada.* De gurí, niño.

*minuano.* En el estado de Rio Grande do Sul viento frío y seco que sopla, en el invierno, del sudoeste.

*cabestró.* De cabestrar, dejarse llevar dócilmente del cabestro o rienda.

Cerquita estaba la carretá, antigua, ya medio desvencijada, con el cabezal al aire, sostenido por el muchacho.

El peón sacó el facón y de un golpe lo enterró hasta el mango, en el sangradero del buey manso; cuando retiró la mano, vino en ella el borbotón espumoso de la sangre del corazón...

Hubo un silencito en toda aquella gente.

El buey viejo sintiéndose herido, doliéndole el tajo, quién sabe si entendió que aquello sería un castigo, algún golpe de picana, mal dado, por no estar todavía listo... – ¡pues vuesamercé lo crea! – : soplando la sangre a borbotones, ya medio roncando en la respiración, medio tambaleando, el buey viejo dio unos pasos más, recostó el cuerpo a lo largo en el cabezal de la carreta, y metió la cabeza, justo, en el lugar del yugo, entre los dos maderos... y se quedó colocado, esperando que el peón cerrara la chaveta y le pasase la rienda por la oreja blanca...

Y se arrodilló... y cayó... y murió...

Los perros empezaron a lamber la sangre, por encima del pasto... uno levantó la pierna y vertió encima... y mientras el peón afilaba el facón para carnear, un guricito, grandote, claro, de cabellos enrulados, que estaba comiendo una batata, se acercó al buey muerto y le metió el trozo en la boca, le pegaba en las narices y le decía en su media lengua:

–¡Tome, tabiuna! No te... ¡No gas lío, tabiuna!...

¡Y se reía el inocente, para los grandes, que estaban por allí, callados, los endiablados, para mí, con remordimientos por aquella maldad con el buey viejo, que los había cargado a todos, tantas veces, para la alegría del baño y de las guabirobas, de los araçás, de las pitangas, de los guabijus!...

–Vea vuesamercé, qué desgraciados; tan ricos... ¡y por un insignificante cuero de buey viejo!...

¡Che, pucha!... ¡es animal malo, el hombre!



## CONTRABANDISTA

Rondaba los noventa años el cuerpo flaco pero siempre tieso de Jango Jorge, uno que fue capitán de una banda de contrabandistas que se abrió cancha en los bañados del Ibirocaí*.

Ese gaucho corajudo pasó toda su vida cruzando los campos de la frontera: a la luz del día, con la palidez de la luna, en la oscuridad de las noches, en la cerrazón de las madrugadas...; ¡aunque llovieran cimarrones juntos* o que soplase el viento como por alma de padre, nunca erró vado, nunca perdió atajo, nunca desanduvo cruzada!...

Conocía las querencias, por el olor: aquí era el aroma del açouta-cavalo florecido, allá el de los trebolares, el de las guabirobas rastreras, del capim-limão* ; por el oído: aquí, terreno de graxain* , allá los pastos que ensordecen o estallan bajo el casco del caballo; más adelante, el suelo duro, en otro punto, el arenal. Hasta por el gusto él decía el paraje, porque sabía dónde había aguas salobres y aguas blandas, con sabor a barro o con gusto a limo.

*Ibirocaí.* Arroyo afluente de la margen izquierda del Ibicuy que sirve de límite a los municipios de Alegrete y Uruguaiana, en el Estado de Rio Grande do Sul.

*cimarrones juntos. Reiúnos acolherados,* en el original, caballos sin dueño o del ejército. Tal vez aluda a la persecución policial.

*açouta-cavalo... guabirobas... capim-limão.* Diversas especies vegetales aromáticas de Rio Grande do Sul.

*graxain.* Animal mamífero canídeo que se alimenta de roedores, aves, frutos e insectos. También se lo llama *cachorro-do-mato.*

Había venido de las guerras de otro tiempo; fue uno de los que peleó en la batalla de Ituzaingó*; fue del escuadrón del general José de Abreu. Y siempre que hablaba del Ángel de la Victoria aún se sacaba el sombrero, con un gesto amplio, como si saludase a alguien de mucho respeto, a gran distancia.

Fue siempre un gaucho malvado, y empobrecido siempre, por ser muy manirroto* .

Si en una mesa de primera ganaba una ponchada de patacones, reunía a la gurizada de la casa, hacía ¡pi! ¡pi! ¡pi! ¡pi! como para las gallinas y sembraba las monedas, riéndose del hormiguero que la chiquillada formaba, buscando las platas en el patio.

Le gustaba asentar un lazazo en un perro, pero de esos lazazos de agarrar entre la paleta y la barriga, y muy fuerte, tanto, que el animal que lo recibía, quedándose estúpido de dolor, y arqueándose, después de disparar un poco, gritaba con un ¡cain! ¡cain! ¡cain! de desesperación.

Otras veces se le daba por armar una comilona, y sobre el final de la fiesta, cuando ya estaba todo medio confuso, tiraba de una punta del mantel y se venía, de un tirón seco, ¡todo el montón de platos y vasos y botellas y restos de comidas y jarabes dulces!...

Después canturreaba la broma y tiraba los cobres a las uñas del bolichero, que lo pescaba al vuelo y *le echaba cuentas de gran capitán.**

Era un bromista.

Aquí hace pocos años –¡pobre!– me hospedé en su puesto. Casado o de otra manera, estaba amancebado. No nos veíamos desde hacía mucho tiempo.

*Ituzaingó.* Victoria argentina del 20 de febrero de 1827, durante la guerra con el Imperio del Brasil.

*manirroto.* Liberal, pródigo. Generoso en extremo.

*le echaba cuentas... capitán.* En español en el original.



La dueña de casa era una mujer moza todavía, bien parecida y muy jovial; de hijos, unos tres muchachones ya crecidos y una mocita –para el caso, una moza–, que era la esperanza –¡san antoñito dónde te pondré!* –de toda esa gente.

Y era una hermosura; y con muchas prendas, muy habilidosa; había estado en la escuela y se sabía poner los vestidos extraños de las pueblerinas.

Y novia, casadera, ya era.

Y se dio el caso que cuando me hospedé, fue justo en las vísperas del casamiento; estaban esperando al novio y el resto del ajuar de ella.

El novio llegó al otro día; gran alegría; comenzaron los preparativos, y como me invitaron gustosos me quedé para la fiesta.

Jango Jorge salió a la madrugada siguiente, para ir a buscar el tal ajuar de la hija.

Adónde, no sé; me parecía que eso debía ser hecho en casa, la moda antigua, pero, como cada uno manda en lo que es suyo...

Me quedé verdeando*, a la espera, y fui dando una ayuda en la matanza de los lechones y en tirar el asado con cuero.

En esta tierra de Rio Grande siempre se contrabandeó, desde antes de la toma de las Misiones*.

En aquellos tiempos lo que se hacía se lo hacía sin malicia, y más por divertirse y acobardar a los guardias enemigos: una partida de guascas* montaba a caballo, entraba en la Banda Oriental y arrebañaba una punta grande de yeguarizos, revoleaba el poncho y venía a media rienda; se apartaba la potrada

*¡san antoñito dónde te pondré!* Alude a una oración para pedir novio.

*verdeando.* En Rio Grande do Sul, en el sentido de tomar mucho mate.

*Misiones.* Sucesos ocurridos en 1801 cuando un grupo de aventureros portugueses invadieron territorios bajo la soberanía española en la entonces gobernación de las Misiones.

*guascas.* Gentilicio de Rio Grande do Sul, sinónimo de *gaúcho.*

y se largaba el resto; los de allá hacían con nosotros la misma cosa; después era con ganado, que se tomaba a trote y galope, abandonando a los cansados.

Esto se hacía por desafío a los españoles y ellos nos pagaban desquitándose de igual manera.

Sólo se tenía cuidado de engañar la guardia de Cerro Largo*, en Santa Tecla, de Haedo... ¡Lo demás era campo abierto!

Después vino la guerra de las Misiones; el gobierno comenzó a dar sesmarías* y unos cuantos personajes de peso se fueron acomodando por esas campañas desiertas. Y cada uno tenía que ser un pequeño rey... ¡y aguantarse con las balas, los alfanjes y los espadines que tenía en casa!...

¡Fue un tiempo en el que mandaba quien podía!... ¡Y fue un tiempo en que el gaucho, su caballo y su facón, solos, conquistaron y defendieron estos pagos!...

Quien gobernaba aquí el continente era un jefe que se llamaba el capitán general; él daba las sesmarías pero no garantizaba el pellejo de los sesmeros...

Vuesamercé tome tenencia y vaya viendo cómo las cosas, por sí mismas, se explican.

En aquella era, la pólvora era del rey nuestro señor y sólo bajo su licencia era que algún particular importante podía tener en su casa un polvorín...

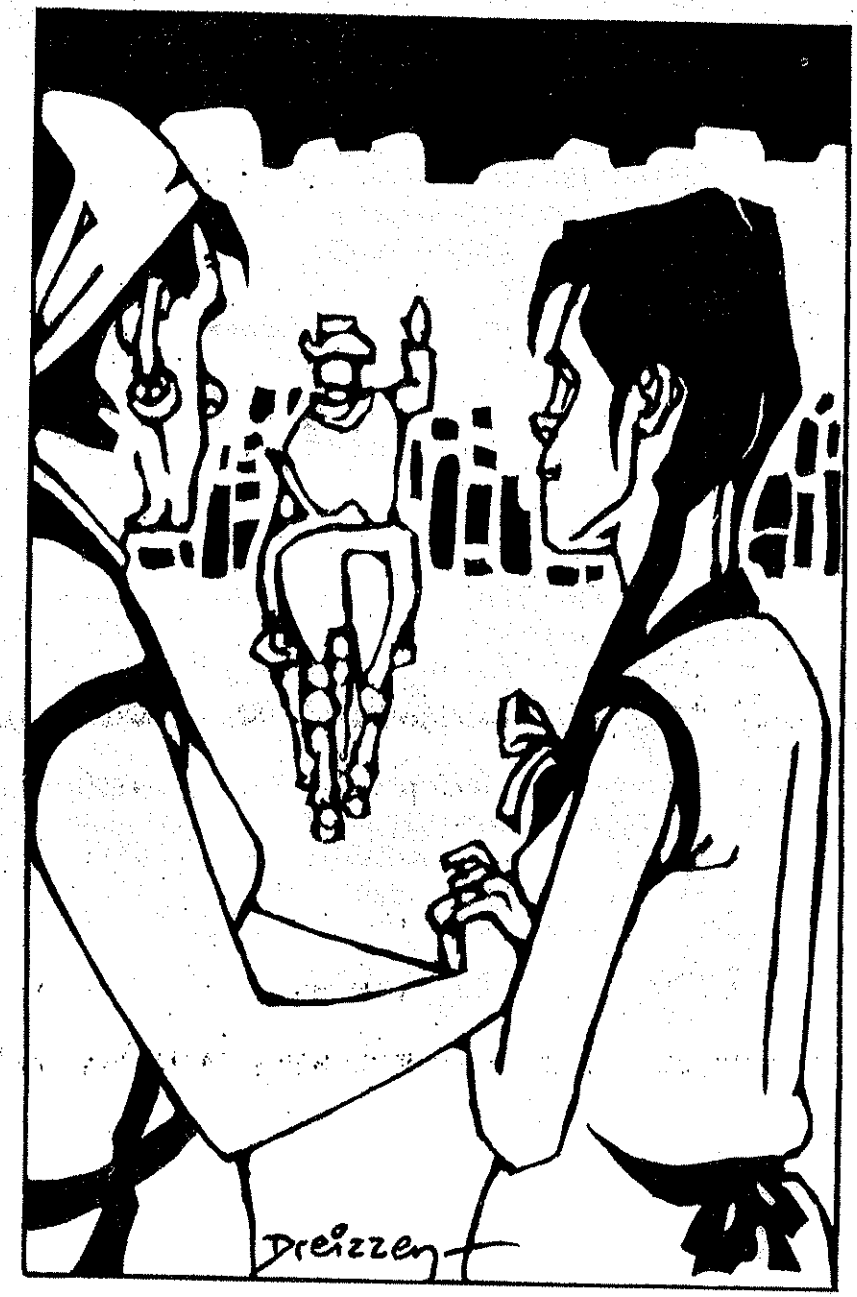
También sólo en la villa de Porto Alegre* había barajas de juego, que eran hechas exclusivamente en la fábrica del rey nuestro señor, y había un fiscal, sí señor, de las cartas de juego, ¡y nadie podía comprar sino de esas!

*Cerro Largo.* Localidad de la Banda Oriental, limítrofe con el Brasil, hoy Departamento de Cerro Largo (R.O.U.)

*sesmarías.* Grandes parcelas que los reyes de Portugal cedían a colonos dispuestos a cultivarlas. En Rio Grande do Sul, medida agraria para los campos de creación; una legua tiene 6 600 metros.

*Porto Alegre.* Capital del estado de Rio Grande do Sul.





Por esos tiempos antiguos también el tal rey nuestro señor mandó a echar a los orfebres de la villa de Rio Grande y a acabar con los artesanos y joyeros de otros lugares de esta tierra, sólo para darles trabajo a los del reino...

¡Ahora imagínese vuesamercé si la gente de allá del interior podía andar con tantas etiquetas y pidiendo permiso para defenderse, para divertirse y lucirse!... ¡El tal rey nuestro señor, no se podía dar cuenta!...

¡Y luego con quién!... ¡Con la gauchada!...

Entonces, los estancieros iban en persona o mandaban al otro lado, de los españoles, a buscar pólvora y balas, para los pedernales, cartas de juego y alhajas de oro para las mujeres y adornos de plata para los arreos...; y nadie pagaba diezmos* por esas cosas.

A veces allá volaba por los aires un carguero, con alforjas y todo, en una explosión de pólvora; otras veces una partida de milicianos salía a interceptar y tomaba cuenta de todo, a golpe de fusil: esto fue enseñando a tener escaramuzas con los uniformados.

En ese servicio se fueron aficionando algunos gauchos, recibían las encomiendas y para aprovechar la oportunidad y no ir con los cargueros de balde, llevaban bayeta*, que venía del reino, y tabaco que venía de Bahía, y algún botellón de caña. Y hacían intercambio, de unas a otras, casi siempre.

Los paisanos de las dos tierras se peleaban, pero los mercaderes siempre se entendían...

*diezmos*. Derecho del diez por ciento que se pagaba al rey.

*bayeta*. Paño suave.



Esto fue así más o menos hasta la guerra de los Farrapos*; después vinieron las californias de Chico Pedro* ; después la guerra contra Rosas.

En ese entonces se inundó la frontera de la provincia de españoles y gringos emigrados.

La cosa entonces cambió. Los extranjeros eran astutos por regla general, y fueron quienes nos enseñaron a escondernos y andar con la cabeza gacha...; se metió en los hombres la seducción de la ganancia fácil: bastaba ser vaquero y habilidoso. Después se andaba en bandas, bien armado; se podía a veces dar un susto a los milicos, ajustar cuentas con algún deudor de afrentas, aporrear a algún subdelegado entrometido...

No se lidiaba con papeles ni cuentas de cosas: ¡se trataba sólo de levantar los fardos, amarrarlos, tomarlos y entregarlos!...

Cuanto gauchaje liviano aparecía, se las arreglaba para no trabajar.

Estalló la guerra del Paraguay*.

El dinero del Brasil se puso muy caro: una onza de oro, que corría por treinta y dos, ¡llegó a valer cuarenta y seis mil reales!... ¡Imagínese la suerte que la extranjerada tuvo en las cuentas!...

¡Se comenzó a traficar con todo: paños, aguas de colonia, armas, bagatelas, remedios, cosas endiabladas!... ¡Todo a pedir de boca!

Aparecieron también los mercachifles de campaña, con baúles cargados y canastas, que pasaban para allá vacíos y volvían llenos a desovar aquí...

*guerra de los Farrapos*. Movimiento separatista en Rio Grande do Sul, de 1835 a 1845, durante el cual se proclamó la República Riograndense y en el que participó el prócer italiano Giuseppe Garibaldi.

*californias de Chico Pedro*. Incursiones guerreras entre 1849 y 1850 en tierra uruguaya capitaneadas por Francisco Pedro de Abreu (1802-1892), conocido como Chico Pedro. "California" se usa, en el Brasil, para significar fuente de riqueza o fortuna.

*guerra del Paraguay*. De 1864 a 1870, en la cual esa nación fue vencida por Argentina, Brasil y Uruguay.

Policía poca, frontera abierta, derechos de llevar cuero y cabello y en las colectas unas papeletas llenas de bendiciones y garabatos...*

¡Bueno... bueno!... ¡Pásela bien, paisano!... La simiente germinó y está el árbol tupido, que vuesamercé sabe, del contrabando de hoy.

Jango Jorge fue mayoral en esos estropicios* . Desde mozo. Hasta la hora de su muerte. Yo lo vi.

Como dije, en la madrugada, víspera del casamiento, Jango Jorge salió para ir a buscar el ajuar de la hija.

Pasó el día; pasó la noche.

Al otro día, que era el del casamiento, hasta la tarde, nada.

Había en la casa una multitud invitada; de la villa, vecinos, los padrinos, autoridades, muchachada. ¡Se iba a bailar tres días!... Corría el amargo y copitas de licor de butiá*.

Roncaban los acordeones junto al fogón, violas bajo la enramada, una caja de música en la sala.

Casi a la entrada del sol la mesa estaba puesta, torciéndose bajo el peso de los platos adornados.

La dueña de casa, acostumbrada a esas escapadas del marido, estaba tranquila, al menos eso aparentaba.

A veces mandaba a uno de los hijos a ver si el padre aparecía, a la vuelta del camino, cubierta por una zanja cerrada por árboles.

Surgió de un cuarto el novio, en la percha, de cuello duro y saco de cola. Hubo bromas, dicterios*, elogios.

*en las colectas... garabatos*. Colectas de la Iglesia durante alguna festividad, en las que se vendían hojas sueltas con oraciones y dibujos sacros.

*estropicios*. Destrozos, rotura estrepitosa de algo.

*butiá*. Palmera de cuyo fruto se hace, por fermentación, una bebida alcohólica.

*dicterios*. Dichos que insultan y provocan.



Sólo faltaba la novia; pero esa no podía aparecer, por faltarle su vestido blanco, sus zapatos blancos, su velo blanco, sus flores de azahar, que el padre había ido a buscar y todavía no había traído.

La mozas se reían; las señoras mayores cuchicheaban.

Atardeció.

En eso corrió la voz de que la novia estaba llorando: hicimos una algazara* y ella –¡tan buenita!– vino hasta la puerta del cuarto, bien peinada, aún en un vestidito de chita de entrecasa, y se puso a reír para nosotros, para mostrarnos que estaba contenta.

A reír, sí, riendo con la boca, pero también a llorar lágrimas grandes, que rodaban despacito de los ojos pestañudos...

Y riendo y llorando estaba, sin saber el porqué... sin saber el porqué, riendo y llorando, cuando alguien gritó en el patio:

–¡Ahí viene Jango Jorge, con más gente!...

Fue un vocerío general; la moza sin embargo se quedó, como estaba, a la puerta, riendo y llorando, cada vez menos sin saber el porqué... pues el padre estaba llegando y su vestido blanco, su velo, sus flores de novia...

Estaba bien oscuro. Encendieron las luces.

En ese mismo momento se detenía en el patio la comitiva; pero en un silencio, todo.

Y el mismo silencio fue cerrando todas las bocas y abriendo todos los ojos.

Entonces vimos a los de la comitiva que bajaban de un caballo el cuerpo entregado de un hombre, aún con el poncho puesto...

Nadie preguntó nada, nadie informó de nada; todos entendieron todo...; que la fiesta estaba terminada y la tristeza comenzada...

*algazara*. Ruido, gritería.

Se llevó el cuerpo a la sala de la mesa, para el sofá adornado, que iba a ser el trono de los novios. Entonces uno de los recién llegados dijo:

–La guardia se nos vino encima... tomó los cargueros... Y mataron al capitán, porque él avanzó solo hacia la mula puntera y suspendió en el aire un paquete que venía suelto... y todavía lo amarró al cuerpo... Ahí fue que lo crivaron de balas... quieto... ¡Los brutos!... ¡Tuvimos que pelear para tomar el cuerpo!

La doña madre de la novia levantó el poncho de Jango Jorge y soltó el paquete; lo abrió.

Era el vestido blanco de la hija, los zapatos blancos, el velo blanco, la flores de azahar...

Todo empapado en sangre... todo manchado de rojo, toda la blancura de aquellas cosas bonitas como bordadas de colorado, en un padrón extraño, de formas estrambóticas* ... ¡como flores de cardo destrozadas a casco de bagual!...

Entonces se rompió a llorar en toda la casa.

*estrambóticas.* Extravagantes, irregulares y sin orden.



# Valdomiro Silveira

Nació en Cachoeira Paulista, Estado de São Paulo, el 11 de setiembre de 1873 y murió en Santos, el 3 de junio de 1941.

Como otros intelectuales brasileños, Valdomiro Silveira alternó la literatura con el ejercicio de una profesión más rentable; en su caso, la abogacía. De Casa Branca, ciudad del interior paulista donde su padre ejercía el ministerio público, con diecisiete años marcha a São Paulo a estudiar Derecho. Se recibe con honores a los veintidós años e inmediatamente es nombrado promotor público en Santa Cruz do Rio Pardo lugar en el que permanecerá dos años. Luego ejerce la abogacía en Casa Branca y en São Paulo. Se casa en 1905 y se muda a la ciudad de Santos donde residirá, excepto breves intervalos, hasta su muerte. A partir de 1932 participó activamente en la vida política del estado: fue diputado federal puesto al que renunció para ejercer, en São Paulo, como secretario de educación y salud pública primero y luego como responsable de la secretaría de justicia y seguridad pública; más tarde es electo constituyente estatal. Su carrera literaria corre paralela y sin tropiezos..Se inicia en 1894 con un cuento regional, "Rabicho" ("Trenza"), publicado en el *Diário Popular*. En años sucesivos se conocerán otros relatos en diarios y revistas como *O Estado de São Paulo, Gazeta de Notícias, O País, Revista do Brasil, A Semana* y *A Bruxa*. Fue un coleccionador incansable de modismos y expresiones rurales que aprovecha para sus cuentos, todos ellos impregnados del dialecto "caipira", del paisano del interior. La obra de Valdomiro Silveira fue evolucionando desde un pintoresquismo algo idealizado, influido por el parnasianismo imperante, a un mayor realismo y una penetración más

aguda del dramatismo de las situaciones y los personajes en el camino de afirmar un estilo auténticamente brasileño. En esta búsqueda de lo nacional, la obra de Valdomiro Silveira marcó rumbos al movimiento modernista. En el trabajo lingüístico que forma el sustrato de sus historias así como por la captación de tipos del interior, la prosa del autor constituye antecedente que preanuncia las extraordinarias narrativas del máximo escritor brasileño del siglo XX, João Guimarães Rosa. "Valdomiro Silveira -ha dicho Cassiano Nunes-, en la creación de sus cuentos regionalistas, estableció un proceso, instituyó un sistema. ...en Valdomiro Silveira la labor literaria estaba contituida por una estilización de lo delicado, de lo gentil, de lo tierno. Esa delicadeza correspondía, me parece, a un trazo fundamental de su personalidad; se prolongaba en discreción, escrúpulo, pudor".

(Obras principales: *Os Caboclos*, 1920; *Nas Serra e nas Furnas*, 1931; *Mixuangos*, 1937; *Leréias. Histórias Contadas por Êles Mesmos*, 1945.)



## CANHAMBÓRA*

Como ya había pasado un mes sin aparecer la más mínima información del paradero de Lucio, y la negrada pasaba frente a su ventana, para recibir la bendición*, con una voz dolorida y prolongada, el coronel* se puso pardo*, de rabia:

–¡Ah! ¡negro del diablo!

Respondió con aspereza a los esclavos:

–¡Pa' siempre!

Y porque tomó cada cual su rumbo, el patio quedó desierto. La mañana tenía una blancura caliente de leche, con grandes mantos de niebla al final del horizonte. El silencio, por momentos, fue completo. Pero las palomas rasgaron su seda, en vuelo rápido, y comenzaron a revolver la montaña de restos de cereal molido, al pie de la cerca, revoloteando, alborozadas, moviendo cadenciosamente las cabecitas de plumaje claro.

Algún tiempo estuvo el coronel contemplando la bandada inquieta, de entre la cual amarilleó, vivamente, uno u otro canario. Miró hacia el pantano que se extendía, como un par de cintas verdes dilaceradas*, en las dos márgenes del riacho, y le volvió la furia, más violenta aún:

*Canhambóra*. En tiempos de la esclavitud, apelativo, de origen africano, dado a los esclavos fugitivos.

*bendición*. Costumbre de tiempos de la esclavitud por la cual los negros desfilaban frente a la ventana del amo para recibir la bendición.

*coronel*. Rango militar correspondiente a la Guardia Nacional, cuerpo feudal de tiempos del Imperio. Actualmente se aplica a todo hacendado importante.

*pardo*. *Fula*, en el original; designación de una tribu de negros originarios de Guinea; por extensión "pardo" es el mestizo de negro y mulato. La mimetización del amo, aquí, es irónica.

*dilaceradas*. Desgarradas.

–¡Ese maldito me las va a pagar! ¡Esa peste, que piensa que un negro manda en sí mismo, muy facilito, ver a un votante de corbata lavada*, y que el dueño se las debe aguantar todas, sin abrir la boca ni mover un dedo! ¡Una nueva! ¡Yo le voy a enseñar a ese sucio la fuerza de los blancos! ¡Ese diablo de negro va a saber lo que es bueno conmigo!

Arnesto, que estaba de jornalero en el sitio de un vecino, había tomado la azada y la hoz, y estaba poniendo la mano en la tranquera, para irse a la huerta de los esclavos, cuando el coronel lo llamó con energía. Se volvió, ya con el sombrero de cuero, todo borlado de cadenas, entre las manos huesudas, adelantándose junto al portón:

–¡Don!

–¿Entonces von no me das ni una noticia de Lucio, vos que vivís recorriendo todos esos pagos?

El bahiano abrió los labios gruesos, dejando ver una hilera de dientes finos y blancos, apoyó las herramientas contra un tronco de canela, y se le dio por hacer rodar el sombrero entre las manos, embarazado:

–¡No veo hablar nada, señor! Con certeza él se fue a sacar maleza allá pa' las bandas de Minas*, donde se dice que hay mucho seductor de cautivos. ¡Aquí nadie dice ni pío de ese negro!

El coronel lo cortó sombrío:

–¡Mirá, bahiano irresponsable, que si sabés dónde se escondió el otro, y no ponés todo en claro, estás frito de una vez! Estoy dispuesto a no tener más piedad con un fugitivo: el *canhambóra* debe ser atado a un tronco, preso en la cárcel pública, hasta criar moho, o molido con *bacalhau de taquara**, ¡que es lo mejor de todo!

Arnesto, evidentemente, comenzaba a recordar alguna cosa. Se acordaba:

*corbata lavada*. La burguesía liberal, partidaria de la abolición de la esclavitud.

*Minas*. Estado de Minas Gerais.

*bacalhau de taquara*. Látigo para azotar a los esclavos.



–El día que desapareció, señor, yo vi, eso mismo vi, el rastro torcido que dejó en el pantano de la ribera. Fue en aquel tirón de río donde hay una bajada de carpincho, muy gastada a un lado del jatobá*. Como no malicié que estaba queriendo ganar campo abierto, no observé nada, señor. Pero sólo sé que fue por ahí que él ganó mundo.

Una claridad de alegría apareció en el rostro del coronel.

–¡Ajá! ¿Ahora sí sabés, basura? ¡Entonces contá todo lo que tenés guardado, y contámelo por las buenas, que el que gana no soy yo! Hasta estoy de buen humor: toda la semana, de aquí en adelante, vas a tener dos días del jornal, si me decís directamente adónde esta escondido Lucio. ¡Me gustan las cosas por las buenas!

Arnesto aun quiso recordar. Recordó:

–Con certeza, señor, no sé nada. Sólo lo que me dejó pasmado, hace unas cuatro semanas, fue ver una humareda, allá en lo alto de aquel pico mayor, en aquella selva silenciosa, cerca de unos *alheiros**, en un lugar que naides de la hacienda pisó hasta ahora, ¡por lo menos que yo sepa! No creo que haya de ser Lucio: pero si fuera Lucio...

No terminó la frase. El coronel le chifló al sabueso, un rayado de ojos sanguinolentos, patón y muy vivaracho, le hizo oler una camisa de algodón, toda roja de polvo y descolorida, sacó del armario el rifle, se munió de cartuchos, llamó gente, y salió:

–¡Aquí, Feroz! ¡Aquí, Feroz!

El perro metía el hocico entre las gramilla, olfateaba la tierra aún húmeda, aullaba airado, movía la cola, sacudía la cabeza, y de cuando en cuando, corría y se detenía, con saltos, para nuevamente rebuscar en el suelo el rastro fugitivo. Se refregaba, a veces, entre la hierbas rastreras, se erguía más animado, disparaba por el camino, con paradas súbitas e investiga-

*jatobá*. Variedad de palmera.

*alheiros*. Árboles grandes del bosque, propios de las tierras altas.

ciones demoradas en los lugares en que la vegetación raleaba o se trazaba, bien viva, la senda de las pacas y las cutías*.

Casi al tope de la punta, el coronel recogió una ramita de jaborandí* , la molió en las palmas de las manos y le frotó la nariz despaciosamente:

–¿El olfato está débil, Feroz? ¡Ahora andá derecho! ¡Le vamos a probar a ese canhambóra que quien arranca cipó* bien puede ser amarrado al cipó que arranca! ¡Él se va a convencer de que el negro es traste de blanco y vale tanto como nada! ¡Todavía muere mucha yegua, para dar pellejo: y aún hay mucho pellejo para dar buen látigo, y mucho negro para castigar!

Feroz, no obstante, ladró firme, de repente. Se encaminó por una barranca, a los gritos, aullando casi. Acorraló enseguida, con insistencia. Estaba en un tacuaral espeso, donde colgaban parásitas silvestres, de flores rojas, muy quietas, mirando al suelo. Y una decena de grullas, abriendo el vuelo indeciso y tonto, llenó el matorral de miedo, con el azufre inesperado de sus vientres y el inesperado barullo de su voz de alarma.

Agazapado en una raigambre de higuera blanca, escondido, aterrorizado y frío, Lucio esperaba. Brillábanle los ojos en la semioscuridad, de modo extraño, mojados e inmensos. Tuvo que saltar a un alecrim*, porque Feroz, incitado y furioso, lo mordía a las arremetidas, sacándole los pantalones en rasgones y la carne en tiras.

Cuando vio, entretanto, al pueblo que se avecinaba al árbol, cargado de armas y de cuerdas, Lucio hizo un movimiento rápido con la mano derecha, para bajar hasta la cuerda de embira* y luego después suspenderla y esconderla junto al cuello de

*pacas y cutías.* Mamíferos roedores de América del Sur.

*jaborandí.* Arbusto del que se extrae la pilocarpina, alcaloide de uso medicinal.

*cipó.* Planta trepadora.

*alecrim.* Gran árbol del bosque silvestre.

*embira.* Planta fibrosa que se usa para la fabricación de cuerdas.



la camisa. Sentía los ojos turbios, se agarró con las manos al tronco de la gameleira*, y a pesar de todo, se iba cayendo.

Pero la gente era decidida, ya lo tenía cercado. Feroz lo atacaba a dentelladas, y el coronel le dio con la culata del rifle en la frente, cuando le vio el pecho mojado y los brazos bamboleantes:

–¿Qué es eso, negro ordinario?

Él cayó de una vez, entregó el cuerpo:

–¡Sangre de negro, señor!

*gameleira.* Árbol lechoso similar a una higuera.

## ÚLTIMA CARPIDA*

Cancán no eludió el trato; hizo, en el terreno demarcado, las dos primeras limpiezas, con un trabajo tremendo porque la *tapoeraba* y el *marmelada* estaban altos, el *picão* florecido, el *caruru* con semillas, y el *ora pro nobis** con gran fuerza en abundancia y sombra. El administrador no tuvo problemas: antes de la salida del sol escuchábale la voz entre los senderos del cafetal, y el anuncio de la noche ya era bien negro en el cielo, cuando esa voz cesaba.

En tiempo y forma, se hicieron los transplantes; los cafetos aparrados* tuvieron una ligera poda; a los más maduros se les quitaron los brotes inferiores; y, por último, Cancán arrimó tierra a cada planta, quebrando los gajos secos, juntando ramas y hojas. A no ser por sus gallinas, y por algún *tiziu* o *patativo** asustado, cuando no una bandada errante de papagayos corraleros, no tenía compañía en la labor.

Se acostumbró bien a la vida solitaria: vivía en cualquier rancho de paja, con la calabaza de agua y las vasijas de víveres, años y años, soportando esteras deformes, dándole poca importancia a las fiestas que se hacían en la capilla. Ahora, como la tierra ayudaba, tuvo permiso para plantar en el cafetal nuevo, y consiguió un poco de todo, de acuerdo con el tiempo: poroto y mijo, *mangarito** y calabaza, mandioca y sésamo.

*carpida*. De carpir, limpiar la tierra de hierbas perjudiciales.

*tapoeraba... marmelada... picao... caruru ...ora pro nobis*. Diversas especies vegetales del Brasil que crecen naturalmente y es preciso desmontar para el cultivo del café, labor que se realiza generalmente en el mes de enero.

*aparrados*. Con las ramas extendidas en sentido horizontal.

*tiziu o patativo*. Especies de aves silvestres del Brasil.

*mangarito*. Hierba de raíz comestible.

¡Qué mano bendita! El poroto, que por todas partes estaba sufriendo el rigor de la sequía, y apenas había echado vaina y granos, secándose prematuramente, le vino a las mil maravillas, se intrincó bien, se arrastró por el suelo, cargado de vainas llenas; las nacientes espigas de mijo tenían buen aspecto; el mangarito se apiñaba como una pequeña mata; y hasta la mandioca *vassourinha**, que todos decían que era novata por esos rincones, frondoseaba en rica victoria de fuerza y frescura. El administrador, que era un mestizo antipático y testarudo, se detenía horas y horas para mirar las plantas de Cancán, entusiasmado, llegando a decirle frases casi adulatorias:

–¡Hombre! ¡Vos sí que estás preparao pa' arreglar cualquier suelo! ¡Tiraste las semillas y pusiste las ramas, y nada se murió, porque todito salió con derechura, que es una maravilla!

Cancán trataba de atenuar los elogios, muy modesto:

–¡Es cosa de nada! ¡Aura viene lo más feo! Un viento puede barrer todavía el mijo; una tempestad de muchos días es capaz de arruinar el poroto; el sésamo no está libre de abrirse antes de tiempo, con este solazo que tuvimos últimamente; la calabaza, a veces, queda horrible, de aguada...

El administrador se apartaba, contemplaba de lejos el porte y la verdura del mijal, andaba un poco, se volvía otra vez, desaparecía para volver al día siguiente, menos por controlar el estado del campo que por entretenerse con la huerta del peón. Cancán era un ingenuo, un distraído; pero no faltó quien le advirtiese:

–Vea que a Veríssimo se le hace agua a la boca de ganas de sus plantas. Y sepa que ése es un malvao de los más piores que Dios puso en este mundo: ¡un aprovechador excomulgado, que tiene hiel donde los otros tienen el corazón!

Para Cancán, todo esto no significaba nada; ni se le cruzaba por la cabeza que Veríssimo fuera capaz de andar codiciándole el campo, cuando él tenía para sí, a la par de la hacienda del

*vassourinha*. Variedad de mandioca.



patrón, un lugar encantado, de bueno. La envidia es para los débiles; es para los que no encuentran respaldo ni ayuda en nadie; es para los que mucho quieren y nada pueden... No atendía a las advertencias y los consejos de los otros compañeros o camaradas: iba pasando los días, calmo y confiado, a la espera de la trituración del mijo y la molienda del poroto, de la posterior preparación del almidón y de la harina de *biju**.

Se aproximaba la luna de la última carpida del terreno. Cancán se ocupó primero de lo que hacía falta en su propia huerta, para no tener que interrumpir la limpieza del cafetal por mirar por lo suyo; afiló las azadas, las encabó de nuevo, esperó. Hubo una lluvia atrasada, que se prolongó durante días y, después, calor de hornalla. Parecía levantarse de la tierra, en las horas más calientes, una humareda clara con vivos de fuego, que temblaba y producía atontamiento; los gorriones, que por la mañana revoloteaban por la hierba en bandadas turbulentas, se aquietaban entre los árboles de las *capoeiras**, cansados, silenciosos: y era tan áspero, en la transparencia del aire, el ronquido de los caranchos, que se creía estar escuchando, a cada instante, un tronar lejano.

Cierto día, alrededor de la una de la tarde, Cancán tuvo que largar el trabajo de limpieza: le dolían los ojos, un fuerte peso en las espaldas lo inclinaba hacia adelante, sentía flojas las piernas y los brazos bamboleantes. Dio parte de la enfermedad al administrador:

–Don Veríssimo, vine a comunicarle lo que me sucede. Hoy me retiro un poquito antes: estoy débil, no sé de qué, pero me se me hace que me he agarrao una gripe: necesito tomar un café con limón y sudar un poco. Voy pa' el rancho.

El otro se mostró compadecido:

–¡Pero mire qué contrariedá tan disgraciada, aura que uno vive apurao por causa del patrón que está que llega que no lle-

*biju*. Masa de tapioca o mandioca.

*capoeiras*. Terrenos rozados, listos para la siembra.

ga! No ha de ser nada: cuide primero el cuerpo, después atienda lo convenido.

Yéndose para el descampado, a un lado del terreno, junto ya de la capoeira, vio Cancán que un *curiango** de los grandes se descompuso en el camino, agitando las alas largas, y abrió el vuelo corto hacia la oscuridad de una mata de ricinos. Se entristeció:

–¡No sea de mal agüero pa' un pobre, bicho triste! No quiero morir tuavía: soy muy joven, ¡pobre de mí!

Entró en el rancho, tomó la *xapoeirada**, se acomodó. Los tirantes del tejado se estrecharon, se bajaron, entrelazados de paja muy oscura y muy caliente, ahogáranlo con el peso. Jaguares furiosos maullaron por los alrededores. Perros malcriados le ladraron al enfermo, ensordeciéndolo, atormentándolo. Un desconocido sacó un machete, con rasgos feroces, e iba a clavárselo en el pecho, cuando, al romper el delirio, vino a decirle el administrador:

–¿Entonces, cómo va esa salú? ¡La verdá es que ya está con el semblante más sosegado!

Cancán se levantó sobre un costado:

–¡Aura, alabao sea Dios, estoy un poco mejor! Mañana tempranito vuelvo al trabajo.

No retrocedía ni esquivaba las promesas: enseguida, al amanecer, tal cual, se encontraba en el terreno que le habían encargado. Pero había otra gente haciendo esa última carpida, y se sorprendió:

–¿Cómo, don Veríssimo? Pero este terreno, ¿es mío o no es mío?

Veríssimo lo miró desde lo alto, muy serio, duramente:

–Ya fue tuyo: como había apuro, y tuviste tu maña, lo entregué a otro.

–¿Y mis plantas, don Veríssimo?

*curiango*. Ave de hábitos nocturnos.

*xapoeirada*. Té de hierbas medicinales.



–Las plantas del pión que larga el trabajo, ¿de quién pueden ser? ¡Son del que manda en la tierra!

Cancán se puso lívido* y empezó a temblar. Contempló demoradamente, con amor y casi ya con nostalgia, la verdura tierna de los arbustos. Profunda tristeza empezó a hacerle vibrar el corazón y los ojos. Los levantó hacia el cielo, que se reía todo azul y sin nubes y, cayendo en la crueldad del mundo, imploró con humildad de perro, que se arrastra y lame los pies del señor:

–¡Por lo más sagrao, patrón, no me saque mis plantas! A lo menos déme permiso pa' hacer la cosecha: ocupo unos días más el rancho y dispué me voy!

Pero Veríssimo se cerró en lo dicho. Y hubo tantas lágrimas y tantas quejas y tanta molestia, que más tarde, como ya estaba oscureciendo en el horizonte, y el lamento no acababa, fue necesario llamar una escolta de seis soldados, que mandó salir a aquel vagabundo, desubicado y cabeza dura, más allá del portón de la hacienda...

*lívido*. Intensamente pálido.

# João do Rio

João do Rio, seudónimo de João Paulo Alberto Coelho Barreto, nació en Río de Janeiro el 5 de agosto de 1881. Falleció en la misma ciudad, el 23 de junio de 1921.

Se inició en el periodismo a los diecisiete años en el vespertino *Cidade do Rio*. En 1900 su estilo ágil y moderno sorprendió a la opinión pública con una serie de artículos aparecidos en la *Gazeta de Notícias*, luego reunidos en el volumen *As religiões no Rio*. A los veintinueve años fue elegido para ingresar a la Academia Brasileña de Letras. Integró la redacción del diario *O País* y fundó, en 1920, *A Pátria*.

Escribió numerosísimas crónicas que captan aspectos típicos o curiosos de la sociedad carioca, de las cuales sólo algunas fueron publicadas a lo largo de una decena de libros, Además de activo periodista y traductor de Oscar Wilde, João do Rio incursionó en el teatro, la novela y el cuento.

"En sus cuentos –escribe Luís Martins– ...Paulo Barreto procura la nota impresionante de lo extraño y de lo monstruoso, en una evidente preocupación de chocar al lector; en ese mundo nebuloso, de atmósfera sofocante y sórdida, se mueven sombras esquivas, larvas sinuosas, lívidos espectros, que deambulan en la noche por las calles y plazas desiertas, a la búsqueda de sensaciones mórbidas, vicios aberrantes, o simplemente tocados por el látigo de la miseria... Él sabía crear, a través de las palabras, la sugestión de la atmósfera nocturna, asfixiante, sórdida, viciosa e irrespirable..."

(Obras principales: Crónica y reportaje: *As religiones no Rio*, 1904; *Alma encantadora das ruas*, 1908; *Vida vertigino-*

*sa*, 1911; *Cinematógrafo*, 1912; *Os dias passam*, 1912; *Crônicas e frases de Godofredo de Alencar*, 1916. Cuento: *Dentro da noite*, 1910; *A mulher e os espelhos*, 1919; *Rosário de ilusões; O bebê de tarlatana rosa*, 1925. Novela: *A profissão de Jacques Pedreira*, 1913; *A correspondência de uma estação de cura*, 1918. Teatro: *Última noite; A bela madame Vargas; Que pena ser só ladrão; Encontro; Um chá das cinco; Eva.*)



## EL HOMBRE CON CABEZA DE CARTÓN

En el País que denominaban "del Sol", a pesar de que, a veces, llovía semanas enteras, vivía un hombre llamado Antenor*. No era príncipe. Ni diputado. Ni rico. Ni periodista. No tenía ninguna importancia social.

El País del Sol, como en general todos los países legendarios, era el más común, el menos sorprendente en ideas y prácticas. Los habitantes afluían todos a la capital, compuesta de plazas, calles, jardines y avenidas, y tomaban todos los lugares y todas las posibilidades de vida de los que, por desventura, eran de la capital. De modo que éstos eran mendigos y parásitos, únicos medios de vida sin competencia, y aun muchas restricciones en cuanto al parasitismo. Los edificios de la capital, en el centro levantaban a los cielos algunos pisos y la fortuna de los propietarios, en los suburbios no pasaban de un piso sin que por eso no dejaran también de enriquecer a los propietarios. Había millares de automóviles a las disparadas por las arterias matando gente para matar el tiempo, *cabaretes** fatigados, diarios, tranvías, partidos nacionalistas, ausencia de conservadores, la Bolsa, el Gobierno, la Moda, y un disgusto integral. En fin, todo lo que la ciudad de fantasía puede ambicionar para ser igual a una gran ciudad con pretensiones de América. Y el pueblo que la habitaba se creía, además de inteligente, poseedor de un inmenso sentido común. ¡Sentido común! ¡Si no fuera la capital del País del Sol, la ciudad sería la capital del Sentido Común!

Precisamente por eso, Antenor, a pesar de no tener importancia alguna, era la excepción mal vista. Ese muchacho, hijo de

*Antenor*. Del griego, el que ocupa su lugar por la fuerza.

*cabaretes*. De cabaret, lugar de esparcimiento donde se bebe y baila.

buena familia (tan buena que hasta tenía sentimientos), había actuado siempre en desacuerdo con la norma de sus conciudadanos.

Desde niño, su respetable progenitora le descubrió un defecto horrible: Antenor sólo decía la verdad. No su verdad, la verdad útil, sino la verdad verdadera. Alarmada, la digna señora pensó en tomar recaudos. Le fue imposible. Antenor era diferente en el modo de comer, en la manera de vestir, en la forma de andar, en la expresión con que se dirigía a los otros. Mientras usó pantalones cortos, los amigos de la familia lo consideraron un *enfant terrible** porque en el País del Sol todos hablaban francés con convicción, aun hablándolo mal. De muchacho, mientras tanto, Antenor se tornó alarmante. Entre otras cosas, Antenor pensaba libremente por su cuenta. Así, la familia veía llegar en Antenor a la mismísima revolución; los maestros se indignaban porque él aprendía al contrario de lo que enseñaban; los amigos lo odiaban; los transeúntes, al verlo pasar, sonreían.

Una sola cosa descubrió la madre de Antenor para no verse forzada a echarlo: Antenor nada de lo que hacía lo hacía por mal. Al contrario. Era escandalosa, incomprensiblemente bueno. Sin embargo sólo para ella, para los ojos maternos. Porque cuando Antenor resolvió conseguir trabajo para los mendigos y corría a bastonazos a los parásitos en la calle, quedó probado que Antenor era apenas un loco furioso. No sólo para las víctimas de su bondad sino también para la esclarecida inteligencia de los delegados de policía a quienes tuvo que explicar su caridad.

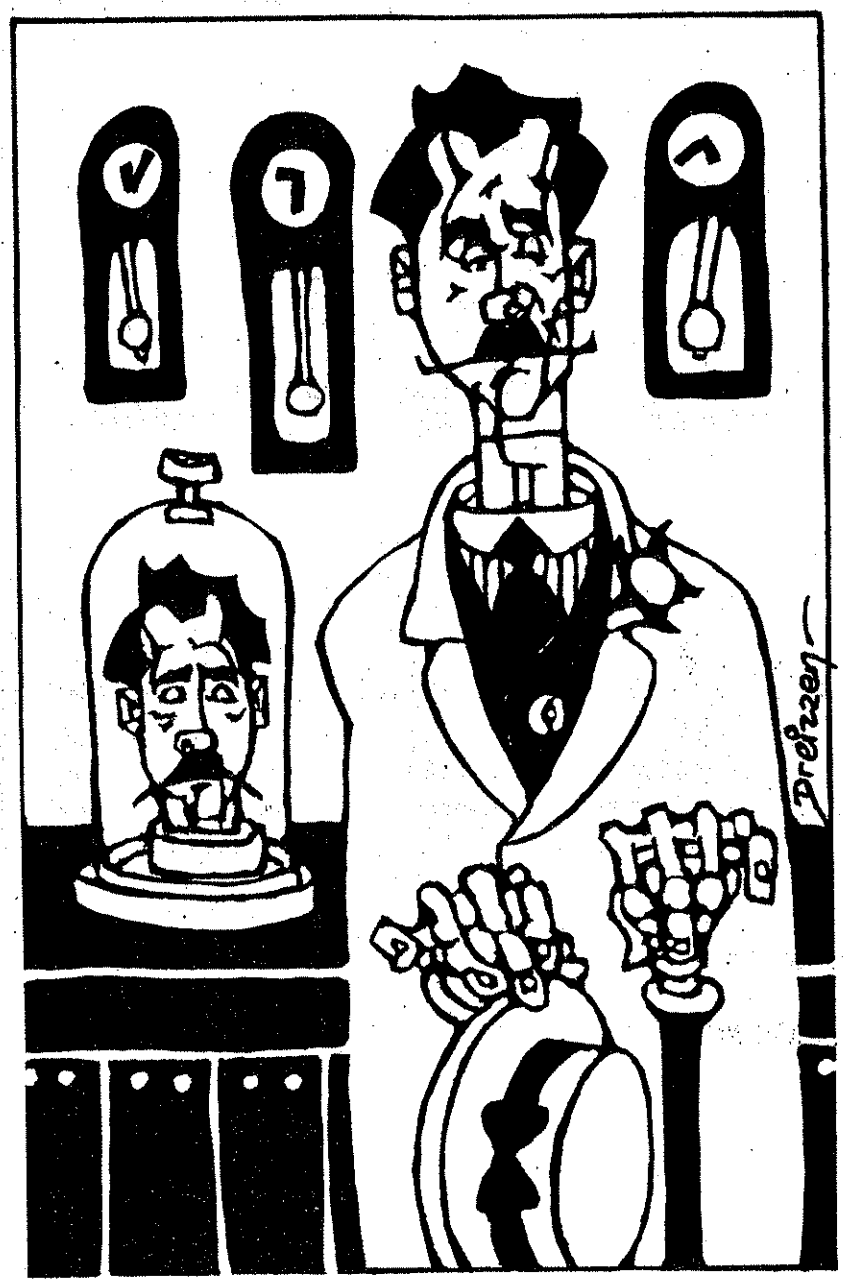
Con el fin de convencer a Antenor de que debía seguir los trámites legales de un joven solar, es decir, ser bachiller y después empleado público nacionalista y dejar a la actividad de la canalla extranjera* el resto, los intereses congregados de la familia en nombre de los principios organizaron varios *meetings** como aquellos que se hacen en la inexistente democra-

*enfant terrible*. Expresión francesa para referirse a un niño indiscreto que pone en apuros a sus padres. Por extensión, persona atrevida y escandalosa.

*canalla extranjera*. Alude tal vez a los inmigrantes.

*meetings*. En inglés, reuniones.





cia americana para probar que la llave abre puertas y la daga sirve para cortar lo que es nuestro para nosotros y lo que es de los otros también para nosotros. Antenor, frente a la evidencia, se negó.

–¡Escucha!– bramaba el tío–. Ser bachiller es el principio de todo. No estudies. ¡No importa! ¡Pero sé bachiller! Siendo bachiller tienes todo en tus manos. Al lado de un jefe político, sabiéndolo lisonjear*, es el ascenso: diputado, ministro.

–Pero no quiero ser nada de eso.

–¿Entonces quieres ser un vagabundo?

–Quiero trabajar.

–Es lo mismo. Un vagabundo es un sujeto a quien le faltan tres cosas: dinero, prestigio y posición. Si no las tienes, aún trabajando, eres un vagabundo.

–No estoy de acuerdo.

–Eres peor. Eres un tipo sin sentido común. Eres un bolchevique*. Por otra parte, trabajar para los otros es una ilusión. Tú estás completamente loco.

Antenor fue a trabajar mientras tanto. Y tuvo una gran dificultad para trabajar. Se puede decir que la originalidad de su vida era trabajar para trabajar. Accediendo al pedido de la respetable señora que era la madre de Antenor, Antenor paseó su mala cabeza por varias casas de comercio, varias empresas industriales. Al cabo de un año y dos meses, estaba en la calle. ¿Por qué despedían a Antenor? Él no tenía exigencias, era honesto como el agua, trabajador, sincero, verdadero, lleno de ideas. Hasta alegre, cualidad rarísima en el país donde el sol, la cerveza y la envidia hacían batallones de biliosos tristes. Pero compañeros y patrones prevenidos, si al principio declinaban hostilidades, al poco tiempo no lo aguantaban. Cuando un compañero no aguanta a otro, lo intriga. Cuando un patrón no

*lisonjear*. Deleitar, agradar.

*bolchevique*. Miembro de la facción más radical del partido socialdemócrata ruso, a partir de 1903.



aguanta al empleado, lo despide. Es la norma del País del Sol. Luego de despedido Antenor, compañeros y patrones aún le guardaban encono. ¿Por qué? ¡Es tan difícil saber la verdadera razón porque un hombre no soporta a otro hombre!

Uno de sus ex compañeros explicó cierta vez:

–Está loco. Tiene la manía de hacer más que los otros. Arruina la norma del servicio y termina no siendo tolerado. Mal compañero. Y con unos aires...

El patrón del último establecimiento del que había salido el muchacho le respondió a la madre de Antenor:

–La peligrosa manía de su hijo es poner en práctica ideas personales.

–¿Lo perjudicó, Sr. Praxedes?

–No. Pero me podría perjudicar. Siempre altera el sentido común. Después de todo, aunque su hijo fuese un águila, el que manda en mi casa soy yo.

En el País del Sol el comercio es una masonería*. Antenor, con fama de peligroso, insoportable, desobediente, anarquizador, no pudo obtener inmediatamente ningún empleo. Los patrones que más habían lucrado con sus ideas eran los que más hablaban. Los compañeros que más lo habían aprovechado teníanle rabia. Y si Antenor sentía la triste experiencia del fracaso económico en el trabajo sin la norma, la praxis, en la convivencia social comprendía el desastre de la verdad. No lo toleraban. Le resultaba imposible tener amigos, por mucho tiempo, porque estos sólo lo eran mientras no lo habían explotado.

Antenor reía. Antenor tenía salud. Todas esas desdichas eran para él una broma. Estaba convencido de tener razón, de vencer. Pero su razón, sin interés, chocaba con la razón de los otros o con intereses o era presa de la sugestión de los ajenos. Él veía los errores, las hipocresías, las vanidades, y decía lo que veía. Él iba a hacer el bien, pero mostraba lo que iba a hacer. ¿Cómo tolerar a un miserable así? Antenor lo intentó todo,

*masonería*. En el sentido de logia cerrada y secreta.

juvenilmente, en la ciudad. Su dignísima progenitora lo disculpaba todavía.

–Está loco, pero es bueno.

Los parientes, sin embargo, no lo saludaban más. Antenor ejerció el comercio, la industria, el profesorado, el proletariado*. Enseñó geografía en un colegio, de donde fue expulsado por el director; estuvo en una fábrica de tejidos, forzado a retirarse por los operarios y por los patrones; osciló entre revisor de diario y chofer de tranvía. En todas las profesiones vio los círculos estrechos de las clases, la defensa hostil de los otros hombres, el odio con que lo rechazaban, porque él pensaba, sentía, decía algo distinto.

–Pero, Dios, soy honesto, bueno, inteligente, incapaz de hacer mal...

–Es por tu mala cabeza, hijo mío.

–¡Cómo!

–Tu cabeza no funciona bien.

–¿Quién sabe?

Antenor comenzaba a pensar en su mala cabeza, cuando su corazón se enamoró. Era una muchacha llamada María Antonia, hija de la nueva lavandera de su madre. Antenor creía que era perfectamente justo casarse con María Antonia. Todos vieron en eso una prueba más del desarreglo mental de Antenor. Con pasmo general, la respuesta de María Antonia fue apenas condicional.

–Sólo me caso si usted sienta cabeza.

–¿Pero a qué llamas tú sentar cabeza?

–A ser como los demás.

–¿Entonces tú gustas de mí?

–Es por eso que sólo me caso después.

¿Cómo ser más sensato? ¿Cómo sentar cabeza? El amor lleva a los mayores desatinos. Antenor pensaba en arreglar su mala cabeza, estaba convencido.

*proletariado*. Perteneciente o relativo a la clase obrera.



Con esa determinación, Antenor caminaba por una calle del centro de la ciudad, cuando sus ojos descubrieron el cartel de una "relojería y otros mecanismos delicados de precisión". Le cayó simpático y entró. Un caballero grave vino a servirlo.

–¿Trae algún reloj?

–Traigo mi cabeza.

–¡Ah! ¿Descompuesta?

–Es lo que dicen, por lo menos.

–De todos modos, ¿hace mucho?

–Desde que nací.

–Tal vez imprevisión en el montaje de las piezas. No le puedo decir nada sin una observación por treinta días y el desmontaje general. La cabezas, como los relojes, para regularlas bien...

Antenor lo interrumpió:

–¿Y usted se queda con mi cabeza?

–Si la deja.

–Pues aquí la tiene. Arréglela. El problema es que yo no puedo andar sin cabeza...

–Claro. Pero, mientras la arreglo, le presto una de cartón.

–¿Funciona bien?

–¡Es de cartón! –explicó el honesto comerciante.

Antenor recibió un número por su cabeza, se calzó la de cartón, y salió a la calle.

Dos meses después, Antenor tenía un montón de amigos, jugaba póquer con el ministro de Agricultura, ganaba una pequeña fortuna vendiendo porotos abichados para los ejércitos aliados*. La respetable madre de Antenor lo veía mentir, hacer mal, cometer fraudes y presumir de todo lo que no era. Los parientes, sin embargo, lo estimaban, y los compañeros tenían especial delicadeza al recordar el tiempo en que Antenor estaba loco.

*ejércitos aliados*. Los de Inglaterra, Francia y Estados Unidos de América principalmente, durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918).

Antenor no pensaba. Antenor actuaba como los otros. Quería ganar. Explotaba, adulaba, falsificaba. María Antonia vibraba de contenta al ver a Antenor con tan buen juicio. Pero Antenor, lógicamente, la despreció proponiéndole un concubinato que no lo desprestigiase. Otras Marías ricas, de posición, eran de la opinión de la primera María. Él sólo tenía que escoger. En el centro obrero, su fama crecía, querido de los patrones burgueses y de los trabajadores hermanos de los *spartakistas** de Alemania. Fue electo diputado por todos, y, especialmente, por el presidente de la República –a quien atacó luego, pues para la futura elección, el presidente sería otro. Su ascenso sólo podría ser comparado al de los globos. Antenor se olvidaba del pasado, amaba su tierra. Era el modelo de la felicidad. Funcionaba admirablemente.

Pasaron así los años. Todos los jefes políticos del País del Sol estaban ocupados en acordar el nombre del nuevo senador, que fuera el exponente de la norma, del buen sentido. El nombre de Antenor se cotizaba. Mientras tanto, Antenor se paseaba con su automóvil por las calles centrales, para tomar el pulso de la opinión pública, cuando sus ojos dieron con el cartel del relojero y recordó.

–¡Qué tonto! ¡Me olvidé! Mi cabeza está allí hace tiempo... ¿Qué pensará el relojero? Es capaz de haberla vendido al interior. ¡No puedo quedarme toda la vida con una cabeza de cartón!

Dio un salto. Entró en la casa del comerciante. Era el mismo que lo había atendido.

–Hace tiempo dejé aquí una cabeza.

–No precisa decir nada más. Lo esperaba ansiosamente y admirado por su ausencia, desde aquel momento en que iba a desmontar su cabeza.

*spartakistas*. Miembros de la Liga Espartaquista, agrupación socialista alemana de principios de siglo, liderada por Rosa Luxemburgo (1871-1919). Su nombre recordaba al sublevado esclavo de Roma, Espartaco, asesinado en el 71 a.C.



–¡Ah! –dijo Antenor.

–¿Ha estado bien con la de cartón?

–Más o menos...

–La cabezas de cartón no son malas del todo. Fabricación en serie. Se venden mucho.

–¿Pero mi cabeza?

–Voy a buscarla.

Fue adentro y trajo un paquete con respetuoso cuidado.

–Aquí está.

–¿La arregló?

–No.

–Entonces, ¿no tiene arreglo?

El hombre retrocedió.

–Señor, en mi larga vida profesional jamás encontré un aparato igual, en perfección, terminación y precisión. Ninguna cabeza funcionará en el mundo mejor que la suya. Es la placa sensible del tiempo de las ideas, es el equilibrio de todas las vibraciones. Usted no tiene una cabeza cualquiera. Tiene una cabeza de exposición, una cabeza de genio *hors-concours**.

Antenor iba a entregar la cabeza de cartón. Pero se contuvo.

–Hágame el favor de envolverla.

–¿No se la coloca?

–No.

–Su Excelencia hace bien. Quien posee una cabeza así no la usa todos los días. Desgraciadamente se hace notar.

Pero Antenor era prudente, respetuoso de la armonía social.

–Dígame una cosa. Si queda parada en casa, sin cuerda, en una fuente, tal vez se deteriore.

–¡Cómo! Su Excelencia tendrá una cabeza de primera.

Antenor se puso serio.

–Puede ser que usted, profesionalmente, tenga razón. Pero para mí, la verdad es la de los otros, que siempre la juzgaron

*hors-concours*. En francés, fuera de concurso.

desarreglada y que no funcionaba bien. Cabezas y relojes se los prefiere de acuerdo al clima y la moral de cada tierra. Quédese usted con ella. Yo sigo con la de cartón.

Y, en vez de vivir en el País del Sol un muchacho llamado Antenor, que no conseguía ser nada teniendo la cabeza más admirable, uno de los elementos más ilustres del País del Sol, fue Antenor, que consiguió todo con una cabeza de cartón.



## EL BEBÉ DE TARLATANA* ROSA

–¡Oh! ¡Una historia de máscaras! ¿quién no la tiene en su vida? El carnaval sólo es interesante porque nos da esa sensación de angustioso imprevisto... Francamente. Todos tienen su historia de carnaval, deliciosa o macabra, álgida o llena de lujurias atroces. Un carnaval sin aventuras no es carnaval. Yo mismo este año tuve una aventura...

Y Héctor de Alencar se estiraba perezosamente en el diván, gozando con nuestra curiosidad.

Estaban en la sala el Barón Belfort, Anatolio de Azambuja que gustaba tanto a las mujeres, María Flor, la extravagante bohemia, y todos ardían por conocer la aventura de Héctor. El silencio cayó expectante. Héctor, fumando un *gianaclis** auténtico, parecía absorto.

–¿Es una aventura alegre? –indagó María.

–Según los temperamentos.

–¿Sucia?

–Pavorosa al menos.

–¿De día?

–No. Por la madrugada.

–¡Pero, hombre de Dios, cuenta! –suplicaba Anatolio. –Mira que estás enfermando a María.

Héctor dio una larga pitada al cigarrillo.

–No hay quien no salga en carnaval dispuesto al exceso, dispuesto a los transportes de la carne y a las mayores extravagancias. El deseo, casi enfermizo, es infundido, infiltrado por el ambiente. Todo respira lujuria, todo tiene ansia y espasmo, y en esos

*Tarlatana*. Tejido ralo de algodón, semejante a la muselina.

*gianaclis*. Marca de cigarrillos finos.

cuatro días paranoicos*, de saltos, de chillidos, de confianzas ilimitadas, todo es posible. No hay quien se contente con una...

–Ni con un –interrumpió Anatolio.

–Las sonrisas son ofertas, los ojos suplican, las carcajadas pasan como estremecimientos de ortiga por el aire. Es posible que mucha gente consiga ser indiferente. Yo siento todo eso. Y al salir, a la noche, al libertinaje de la ciudad, salgo como en Fenicia salían los navegantes para la procesión de la Primavera, o los alejandrinos para la noche de Afrodita.*

–¡Muy bonito! –murmuró María de Flor.

–Está claro que este año organicé una partida con cuatro o cinco actrices y cuatro o cinco compañeros. No me sentía con coraje de quedarme solo como un trapo en la ola de voluptuosidad* y de placer de la ciudad. El grupo era mi salvavidas. El primer día, el sábado, anduvimos en automóvil recorriendo los bailes. Íbamos indistintamente a beber champaña a los clubes de juego que anunciaban bailes y a los *maxixes** más vulgares. Era divertidísimo y al quinto club estábamos completamente excitados. Fue cuando recordé una visita al baile público del Recreio. "¡Virgen Santa! –dijo la primera estrella de revistas, que iba con nosotros–. ¡Pero es horrible! Gente ordinaria, marineros de civil, presumidas de los lugares más ocultos de la calle de São Jorge, un olor atroz, alborotos constantes..." ¿Y qué tiene? ¿No vamos juntos?

En efecto. Íbamos juntos y disfrazadas las mujeres. No había de qué temer y conseguíamos realizar el mayor deseo: encanallarse, enlodarse bien. Naturalmente fuimos y era una desolación con negras trompudas y desdentadas desparramando sus ropas malolientes por el estrado de la banda militar, todo el personal de aceiteros de las callejuelas lóbregas y esas extrañas figuras de

*paranoicos*. De paranoia, enfermedad mental.

*Fenicia... Afrodita*. Celebraciones orgiásticas antiguas de renacimiento y fecundación durante el equinoccio de primavera.

*voluptuosidad*. Complacencia en los placeres sensuales.

*maxixes*. Lugares donde se danzaba el *maxixe*, ritmo muy popular en Río de Janeiro hasta mediados de este siglo, mezcla de habanera, polca y síncopa africana.



larvas diabólicas, de íncubos* en frascos de alcohol, que tienen las perdidas de ciertas calles, muchachas, pero con los rasgos como amasados y todas pálidas, pálidas de pasta de papel secante y polvo de arroz. No había nada nuevo. Apenas el grupo se detuvo frente a los danzarines, sentí que se rozaba contra mí, gordito y apetecible, un bebé de tarlatana rosa*. Le miré las piernas de media corta. Bonitas. Verifiqué los brazos, la caída de las espaldas, la curva del seno. Muy agradable. En cuanto al rostro era una carita atrevida, con dos ojos perversos y una boca pulposa como ofreciéndose. Postiza sólo traía la nariz, una nariz tan bien hecha, tan acertada, que fue necesario observar para verificar que era falsa. No tuve dudas. Pasé la mano y le di un pellizcón. El bebé cayó más y dijo en un suspiro: "¡Ay, que duele!" Están viendo ustedes que inmediatamente estuve dispuesto a huir del grupo. Pero conmigo iban cinco o seis damas elegantes capaces de corromperse pero no de perdonar los excesos ajenos, y no estaba bien correr así, abandonándolas, atrás de una frecuentadora de los bailes del Recreio. Volvimos a los automóviles y fuimos a cenar al club más chic y más flemático* de la ciudad*.

–¿Y el bebé?

–El bebé se quedó. Pero el domingo, en plena Avenida, yendo al lado del chofer, en el bullicio colosal, sentí un pellizcón en la pierna y una voz ronca que decía: "Para pagar el de ayer". Miré. Era el bebé rosa, sonriendo, con la nariz postiza, aquella nariz tan perfecta. Aún tuve tiempo de indagar: ¿a dónde vas hoy?

–¡A todas partes! –respondió, perdiéndose en el grupo tumultuoso.

–¡Estaba persiguiéndote! –comentó María de Flor.

–Tal vez fuera un hombre...– insinuó desconfiado el amable Anatolio.

*íncubos*. Diablos o demonios que tienen realción con mujeres.

*bebé de tarlatana rosa*. Es muy común, durante el carnaval, el disfraz de bebé. Según la moda de principios de siglo, consistía en un traje enterizo y abultado.

*flemático*. Tranquilo, impasible.

*ciudad*. La historia se ambienta en Río de Janeiro.

–¡No interrumpan a Héctor! –dijo el barón, extendiendo la mano.

Héctor encendió otro *gianaclis*, punta de oro, sonrió, continuó:

–No lo vi más esa noche, y el lunes no lo vi tampoco. El martes me desligué del grupo y caí en el alta mar de la depravación, solo, con una ropa leve encima de la piel y todos los malos instintos fustigados. Además, la ciudad entera estaba así. Es el momento en el que por detrás de las máscaras las chicas confiesan sus deseos a los muchachos, es el instante en que las relaciones más secretas transparecen, en que la virginidad es incierta y todos nosotros la creemos inútil, la honra un fastidio, el buen sentido una molestia. En ese momento todo es posible, los mayores absurdos, los mayores crímenes; en ese momento hay una risa que galvaniza los sentidos y el beso se desata naturalmente.

Estaba trepidante, con unas ansias de encanallarme casi mórbidas. Nada de muchachas sublimes y perfumadas y por demás conocidas, nada del contacto familiar, sino el libertinaje anónimo, el libertinaje ritual de llegar, tomar, acabar, continuar. Era vil. Felizmente mucha gente sufre del mismo mal en carnaval.

–¡A quién se lo dices!... –suspiró María de Flor.

–Pero yo estaba sin suerte, con la *guigne**, con el *caiporismo** de los difuntos indios. Era aproximarme y era ver huir a la presa proyectada. Después de una de esas cacerías por las avenidas y por las plazas, irrumpí por São Pedro, me metí en las danzas, me rocé con esa gente en general poco limpia, insistí aquí, allá. ¡Nada!

–¡Es cuando uno se pone más nervioso!

–Exactamente. Estuve nervioso hasta el final del baile, vi salir a toda la gente, y salí más desesperado. Eran las tres de la mañana. El movimiento de las calles había mermado. Los otros

*guigne*. En francés, mala suerte.

*caiporismo*. Término de origen indígena que significa mala suerte.



bailes ya habían terminado. Las plazas, horas antes incendiadas por los reflectores eléctricos y las cambiantes fumarolas de los fuegos de bengala, caían en sombras –sombras cómplices de la madrugada urbana. Y sólo, indicando la folía*, la excitación de la ciudad, uno que otro coche caído llevando máscaras a los besos o algún disfraz tintineando cascabeles por las veredas fofas de confeti*. ¡Oh! ¡la impresión enervante de esas figuras irreales en la semipenumbra de las horas muertas, rozando las veredas, tintineando aquí, allí un sonido perdido de cascabel! Parece algo impalpable, vago, enorme, emergiendo de la oscuridad en pedazos... ¡Y los dominós embozados, las bailarinas arrugadas, la colección indecisa de los enmascarados de último momento arrastrándose extenuados! Se me dio por andar por el paseo del Rocio e iba caminando hacia el lado de la Secretaría del Interior, cuando vi, parado, al bebé de tarlatana rosa.

¡Era él! Sentí que me palpitaba el corazón. Me detuve. "Los buenos amigos siempre se encuentran", dijo. El bebé sonrió sin decir una palabra. –¿Estás esperando a alguien? Hizo un gesto con la cabeza: no. Lo abracé. –¿Vienes conmigo? "¿Adónde?" indagó su voz áspera y ronca. –¡A donde quieras! Le tomé las manos. Estaban húmedas pero bien cuidadas. Intenté darle un beso. Ella retrocedió. Mis labios apenas tocaron la punta fría de su nariz. Me puse loco.

–Por poco...

–Nada más era necesario en el carnaval, incluso porque ella decía con su voz jadeante y lúbrica* : "¡Aquí no!" Le pasé el brazo por la cintura y fuimos andando sin decir palabra. Ella se apoyaba en mí, pero era quien dirigía el paseo y sus ojos mojados parecían fruir* todo el bestial deseo que los míos decían. Esas frases de amor no se pronuncian. No intercambiamos ni

*folía*. Locura.

*confeti*. Papel picado de color, usado principalmente en carnaval.

*lúbrica*. Propensa a la lujuria.

*fruir*. Gozar.

una frase. Yo sentía el ritmo desordenado de mi corazón y la sangre desesperada. ¡Qué mujer! ¡Qué vibración! Habíamos vuelto al jardín. Frente a la entrada que queda lindante con la calle Leopoldina, ella se detuvo, titubeó. Después me arrastró, atravesó la plaza, nos metimos por la calle, oscura y sin luz. Al fondo, el edificio de Bellas Artes era desolador y lúgubre. La apreté más. Ella se acercó más. ¡Cómo brillaban sus ojos! Atravesamos la calle Luís de Camões, nos quedamos debajo de las sombras espesas del Conservatorio de Música. Era enorme el silencio y el ambiente tenía un color vagamente plomizo con la oscuridad azotada un poco por la luz de los faroles distantes. Mi bebé gordito y rosa parecía un olvido del vicio en aquella austeridad de la noche. –¿Entonces, vamos? –pregunté. "¿A dónde?" –A tu casa. "¡Ah! No, en casa no puedes..." –Entonces por ahí. "Entrar, salir, despedirme. ¡No la voy con eso!" –¿Qué quieres tú, nena? Es imposible quedarse aquí en la calle. En pocos minutos, pasa el vigilante. "¿Qué tiene?" –No es posible que juzguen que estamos aquí para algo bueno, en la madrugada de Cenizas*. Después, a las cuatro tienes que sacarte la máscara. "¿Qué máscara?" –La nariz. "¡Ah! ¡sí!" Y sin decir más nada me agarró. La abracé. Le besé los brazos, le besé los hombros, el cuello. Golosamente su boca se ofrecía. En torno de nosotros el mundo era algo como opaco e indeciso. Le sorbí el labio.

Pero mi nariz sintió el contacto de su nariz postiza, una nariz con olor a resina, una nariz que hacía mal. –¡Sácate la nariz! Ella susurró: "¡No! ¡No! ¡Cuesta tanto colocarla!" Procuré no tocar esa nariz tan fría en esa carne de llama.

El pedazo de cartón, sin embargo, aumentaba, parecía crecer, y yo sentía un malestar curioso, un estado de inhibición extraño.

–¡Qué diablo! ¡No vas a ir ahora a casa con eso! Después de todo no te disfraza nada. "¡Sí que disfraza!" –¡No! Busqué en-

*madrugada de Cenizas*. Madrugada de miércoles, cuando finaliza el carnaval.



tre los cabellos el cordón. No lo tenía. Pero abrazándome, besándome, el bebé de tarlatana rosa parecía una posesa teniendo prisa. De nuevo sus labios se aproximaron a mi boca. Me entregué. La nariz rozaba la mía, la nariz que no era de ella, la nariz de fantasía. Entonces, sin poder resistir, fui aproximando la mano, aproximando, mientras que con la izquierda la enlazaba más, y de golpe agarré el cartón, lo arranqué. Presa de mis labios, con dos ojos que la cólera y el pavor parecían fundir, yo tenía una cabeza extraña, una cabeza sin nariz, con dos agujeros sangrientos rellenos de algodón, una cabeza que era, alucinadamente, una calavera con carne...

Me la despegué, retrocedí en un inmenso vómito de mí mismo. Temblaba completamente de horror, de asco. El bebé de tarlatana rosa había caído al suelo con la calavera hacia mí, en un llanto que le contraía los labios mostrando singularmente abajo del agujero de la nariz los dientes blancos. "¡Perdóname! ¡Perdóname! No me pegues. ¡La culpa no es mía! Sólo en el carnaval es cuando puedo gozar. Entonces, aprovecho, ¿entiendes? Aprovecho. Fuiste tú que quisiste..."

La sacudí con furia, la puse de pie de un empujón que la debía haber desarticulado. Unas ganas de escupir, de vomitar me apretaban la glotis, y me venía el imperioso deseo de golpear esa nariz, de quebrar esos dientes, de matar a ese atroz reverso de la lujuria... Pero un silbato sonó. El vigilante estaba en la esquina y nos miraba, reparando en aquella escena de la semioscuridad. ¿Qué hacer? ¿Llevar la calavera al puesto policial? ¿Decirle a todo el mundo que la había besado? No resistí. Me aparté, apuré el paso y al llegar al parque inconscientemente me eché a correr como un loco para casa, rechinando los dientes, ardiendo de fiebre.

Cuando me paré frente a la puerta de casa para sacar la llave, fue que me di cuenta de que mi mano derecha apretaba una pasta viscosa y sangrienta. Era la nariz del bebé de tarlatana rosa...

Héctor de Alencar se detuvo, con el cigarrillo entre los dedos, apagado. María de Flor mostraba una contracción de horror en la cara y el dulce Anatolio parecía sentirse mal. Al propio narrador le rociaban la frente gotas de sudor. Hubo un silencio agónico. Al final el Barón Belfort se levantó, tocó la campanilla para que el criado trajera refrescos, y resumió:

–Una aventura, mis amigos, una bella aventura. ¿Quién no tiene del carnaval su aventura? Esta es por lo menos sorprendente.

Y fue a sentarse al piano.



# Lima Barreto

Alfonso Henriques de Lima Barreto nació en Río de Janeiro el 13 de mayo de 1881 y falleció en la misma ciudad el 1° de noviembre de 1922.

De origen humilde, huérfano de madre a los seis años, estigmatizado por su condición de mulato y abrumado por desgracias familiares, Lima Barreto sobrellevó su vida en condiciones demasiado adversas. No obstante, dotado de excelentes cualidades intelectuales, realizó sus estudios primarios y secundarios con brillantez. Se encaminaba a ser ingeniero. En 1897 ingresa en la Escuela Politécnica. Allí sufre la discriminación racial de compañeros y profesores. No termina la carrera ya que en 1903 su padre enloquece y se ve obligado a emplearse en la Secretaría de Guerra para sostener a sus hermanos y cuidar de su padre. Es en este tiempo en que comienza su vinculación con los medios periodísticos. Colabora en varias revistas. En 1905 ya ejerce como periodista profesional en el *Correio da Manhã*. Su consagración literaria le llega en 1909 cuando publica en Lisboa su novela *Recordações do escrivão Isaías Caminha* ("Recordaciones del escribano Isaías Caminha"), texto que José Veríssimo, el "Papa" de los críticos de entonces, comentará elogiosamente. Su segunda novela aparece por entregas en el *Jornal do Comercio* en 1911, *Triste fim de Policarpo Quaresma*. A estos éxitos le siguen numerosos artículos, crónicas y narrativas cortas en la prensa, tres novelas, *Numa e a ninfa*, *Vida e morte de M. J. Gonzaga de Sá* y *Clara dos Anjos*, un libro de cuentos, *Histórias e sonhos* y un texto satírico, *Os Bruzundangas* que completan las publicaciones durante su vida. No obstante, la salud mental y física de Lima Barreto se fue deteriorando paulatinamente; dominado por

el alcohol, es internado en el hospital psiquiátrico en dos oportunidades, un paro cardíaco termina tempranamente con su vida. Fue gran lector y uno de los pocos en su tiempo que conoció a los novelistas rusos. Pero en íntima relación con su actividad literaria, Lima Barreto desarrolló también una intensa labor política: en 1905 integra el comité del Partido Operario Independiente y en 1916 participa en la lucha anarquista desde el periodismo, lucha que desembocará en la gran huelga de São Paulo al año siguiente. Además fue uno de los primeros intelectuales brasileños en seguir de manera objetiva los acontecimientos de la Revolución Rusa.

A partir de la década del 70, conicidente con una época de efervescencia política y nuevos instrumentos críticos, la intelectualidad brasileña revaloriza la obra de Lima Barreto. A propósito de esta circunstancia comenta Antônio Arnoni Prado: "Es que, en el caso de Lima Barreto, la propia Historia se encargó de recuperarlo, mostrando al lector de hoy la extrema coherencia de un escritor marginado que supo registrar la opresión que lo aplastaba, transfiriéndola a la insularidad de sus personajes, al obstáculo de su comunicación, a la parálisis de la trama y al enmudecimiento sistemático del espacio exterior".

(Obras principales: Novela: *Recordações do escrivão Isaías Caminha*, 1909; *Triste fim de Policarpo Quaresma*, 1915; *Vida e morte de M. J. Gonzaga de Sá*, 1919; *Clara dos Anjos*, 1948. Cuento: *Histórias e sonhos*, 1920. Sátira: *Os Bruzundangas*, 1922. Crónica: *Bagatelas*, 1923.)



## LA NUEVA CALIFORNIA

### I

Nadie sabía de dónde había venido aquel hombre. El agente de correos apenas pudo informar que respondía al nombre de Raimundo Flamel*, pues así venía dirigida la correspondencia que recibía. Y era mucha. Casi diariamente, el cartero iba allá, a uno de los extremos de la ciudad, donde vivía el desconocido, llevando un mazo voluminoso de cartas llegadas del mundo entero, gruesas revistas en lenguas enrevesadas, libros, paquetes...

Cuando Fabricio, el albañil, regresó de hacer un trabajo en casa del nuevo habitante, todos en la taberna le preguntaron qué tarea le había sido encomendada.

–Voy a hacer un horno –dijo el negro–, en el comedor.

Imaginen el espanto de la pequeña ciudad de Tubiacanga*, al saber de tan extravagante construcción: ¡un horno en el comedor! Y, durante los días siguientes, Fabricio pudo contar que había visto globos de vidrio, cuchillos sin filo, vasos como los de la farmacia –una cantidad de cosas extrañas que se exhibían en las mesas y en las vitrinas como utensilios de una batería de cocina en la que el propio diablo cocinara.

La alarma se esparció en la villa. Para unos, los más evolucionados, era un fabricante de monedas falsas; para otros, los crédulos y simples, un tipo que tenía tratos con el demonio.

*Flamel.* Era también el apellido de un famoso alquimista francés, Nicholas Flamel (1330?-1418?).

*Tubiacanga.* Punta en la extremidad N.O. de la Isla del Gobernador, en el estado de Río de Janeiro.

Chico da Tirana, el carrero, cuando pasaba frente a la casa del hombre misterioso, junto a su chirriante carro, y miraba la chimenea humeante del comedor, no dejaba de persignarse y de rezar una oración en voz baja; y si no fuera por la intervención del farmacéutico, el subdelegado hubiera ido a poner un cerco a la casa de aquel individuo sospechoso, que inquietaba la imaginación de todo el pueblo.

Tomando en cuenta las informaciones de Fabricio, el boticario Bastos concluyó que el desconocido debía de ser un sabio, un gran químico, refugiado allí para, más tranquilamente, llevar adelante sus trabajos científicos.

Hombre graduado y respetado en la ciudad, concejal, médico también, porque al doctor Jerónimo no le gustaba recetar y se había hecho socio de la farmacia para vivir en paz, la opinión de Bastos llevó tranquilidad a todas las conciencias e hizo que la población rodease de una silenciosa admiración a la persona del gran químico, que había venido a habitar en la ciudad.

Por las tardes, si lo veían pasear por la costa del Tubiacanga, sentándose aquí y allí, mirando perdidamente las aguas claras del riacho, meditando ante la penetrante melancolía del crepúsculo, todos se descubrían y no era raro que a las "buenas noches" agregasen "doctor". Y llegaba muy hondo al corazón de aquella gente la profunda simpatía con que él trataba a los niños, la manera con la cual los contemplaba, que parecía que se apiadaba de que hubiesen nacido para sufrir y morir.

En verdad, era para admirar, bajo la dulzura suave de la tarde, la bondad de Mesías con que él acariciaba a aquellas criaturas negras, de piel tan lisa y de maneras tan tristes, sumergidas en su cautiverio moral, y también a las blancas, de piel sin brillo, agrietada y áspera, viviendo al amparo de la inevitable desnutrición de los trópicos.

A veces, le venían ganas de pensar cuál era la razón por la que Bernardin de Saint-Pierre* gastó toda su ternura con Pablo y Virginia y se olvidó de los esclavos que los rodeaban...

*Bernardin de Saint-Pierre,* (1737-1814). Escritor francés autor, entre otras obras, de la famosa novela *Pablo y Virginia* (1788), obra prerromántica de tema amoroso y tono bucólico.



En pocos días la admiración por el sabio era casi general, y no era total, únicamente, porque había alguien que no tenía en gran consideración los méritos del nuevo habitante.

El capitán Pelino, maestro de escuela y redactor de la *Gaceta de Tubiacanga,* órgano local, y afiliado al partido situacionista, sentía aversión por el sabio. "Ustedes van a ver –decía él– quién es ese tipo... Un estafador, un aventurero o tal vez un ladrón escapado de Río".

Su opinión no tenía ningún fundamento, o mejor, se basaba en su oculto despecho al ver en el pueblo un rival para la fama de sabio de que gozaba. No era que Pelino fuera químico, lejos de eso; pero era sabio, era gramático. Nadie escribía en Tubiacanga que no se llevase unos palos del Capitán Pelino, y aun cuando hablaba de algún personaje notable de allá, de Río, él no dejaba de decir: "¡No hay duda! El hombre tiene talento, pero escribe: *en relación a..., por lo de más....*". Y contraía los labios como si estuviera tragando alguna cosa amarga.

Toda la villa de Tubiacanga se acostumbró a respetar al solemne Pelino, que corregía y enmendaba a las mayores glorias nacionales. Un sabio...

Al atardecer, después de leer un poco a Sotero, a Cândido de Figueiredo o a Castro Lopes* y de haberse pasado una vez más la tintura por los cabellos, el viejo maestro de escuela salía despaciosamente de su casa, muy abotonado en su abrigo de brin, y se encaminaba a la botica de Bastos para conversar un rato*. Conversar es un modo de decir, porque era Pelino avaro de palabras, limitándose tan sólo a escuchar. Sin embargo cuando de los labios de alguien se escapaba la menor incorrección de lenguaje, intervenía y enmendaba. "Yo aseguro, decía el agente de Correos, que..." En ese momento el maestro de escuela inter-

*Sotero... Castro Lopes.* Gramáticos y filólogos.

*botica... conversar un rato.* Era costumbre masculina, en el interior brasileño, concurrir a la botica donde se formaban animadas tertulias.

venía con mansedumbre evangélica: "No diga *aseguro*, señor Bernardes; en portugués se dice *garantizo**."

Y la charla continuaba luego de la enmienda, para ser interrumpida por otra. Por esas y otras, hubo muchos contertulios* que se alejaron, pero Pelino, indiferente, seguro de sus deberes, continuaba con su apostolado de vernaculismo*. La llegada del sabio lo distrajo un poco de su misión. Todos sus esfuerzos se volcaban ahora a combatir a aquel rival, que surgía tan inopinadamente.

Resultaron vanas sus palabras y su elocuencia: no sólo Raimundo Flamel pagaba puntualmente sus cuentas, sino que era generoso –padre de la pobreza– y el farmacéutico vio en una revista de específicos su nombre citado como un químico de valía.

## II

Hacía ya años que el químico vivía en Tubiacanga, cuando, una bella mañana, Bastos lo vio entrar decidido en la botica. El placer del farmacéutico fue inmenso. El sabio no se había dignado hasta ese momento visitar a nadie y, cierto día, cuando el sacristán Orestes osó penetrar en su casa pidiéndole una limosna para la futura fiesta de Nuestra Señora de la Concepción, fue con visible enfado que él lo recibió y lo atendió.

Al verlo, Bastos salió de detrás del mostrador, corrió a recibirlo con la más perfecta demostración de quien sabía con quién estaba tratando y fue casi con una exclamación que dijo:

–Doctor, sea usted bienvenido.

*aseguro... garantizo.* La corrección resulta pedante e innecesaria porque ambas formas, desde el punto de vista gramatical, son correctas. Se trata de una preferencia estilística del hablante.

*contertulios.* Personas que concurren a una tertulia o reunión.

*vernaculismo.* De vernáculo, nativo de un lugar, en este caso, con el sentido de defensor del idioma nacional.



El sabio no pareció sorprenderse ni con la demostración de respeto del farmacéutico, ni con el tratamiento universitario. Dulcemente miró un instante la estantería llena de medicamentos y respondió:

–Deseaba hablarle en privado, señor Bastos.

El espanto del farmacéutico fue enorme. ¿En qué podría serle útil a ese hombre, cuya fama corría por el mundo y de quien los diarios hablaban con tan acendrado respeto? ¿Sería dinero? Tal vez... ¿Un atraso en el pago de sus obligaciones?, ¿quién sabe? Y lo condujo al interior de la casa, bajo la mirada espantada del aprendiz, que, por un momento, dejó la "mano" descansar en el mortero, donde maceraba* una tisana* cualquiera.

Por fin, encontró en el fondo, bien en el fondo, el cuartito que le servía para los exámenes médicos más detenidos o para las pequeñas operaciones, porque Bastos también operaba. Se sentaron y Flamel no tardó en exponer:

–Como usted debe saber, me dedico a la química, tengo, además, un nombre respetado en el mundo de los sabios...

–Lo sé perfectamente, doctor, y, por otra parte, he informado de eso aquí, a mis amigos.

–Muchas gracias. Pues bien: hice un gran descubrimiento, extraordinario...

Avergonzado por su entusiasmo, el sabio hizo una pausa y continuó:

–Un descubrimiento... Pero no me conviene, por ahora, comunicarlo al mundo científico, ¿comprende?

–Perfectamente.

–Por eso precisaba de tres personas bien conceptuadas para que actuaran como testigos de un experimento y me diesen un testimonio en forma, para resguardar la prioridad de mi invención... Usted sabe: hay acontecimientos imprevistos y...

–¡Ciertamente! ¡No hay duda!

*maceraba.* Ablandaba, reblandecía.

*tisana.* Bebida medicinal a base de hierbas.

–Imagínese usted que se trata de hacer oro...

–¿Cómo? ¿qué? –dijo Bastos con los ojos desorbitados.

–¡Sí! ¡Oro! –dijo con firmeza Flamel.

–¿Cómo?

–Ya lo sabrá usted –dijo el químico secamente–. Lo que importa ahora son las personas que deben asistir al experimento, ¿no cree?

–Con toda seguridad, es preciso que sus derechos queden resguardados, por lo tanto...

–Una de ellas, –interrumpió el sabio– es usted; las otras dos me hará el favor de indicármelas.

El boticario pensó un instante, pasando revista a sus conocidos y, al cabo de unos tres minutos, preguntó:

–¿El coronel Bentes le sirve? ¿Lo conoce?

–No. Usted sabe que no me doy con nadie aquí.

–Puedo garantizarle que es un hombre serio, rico y muy discreto.

–¿Es religioso? Le hago esta pregunta –agregó enseguida Flamel– porque tenemos que lidiar con huesos de difuntos y sólo éstos sirven...

–¿Quién? Es casi ateo...

–¡Bien! Acepto. ¿Y el otro?

Bastos volvió a pensar y esta vez se demoró un poco más, consultando su memoria... Por fin dijo:

–Será el teniente Carvalhais, el recaudador, ¿lo conoce?

–Como ya le dije...

–Es verdad. Es hombre de confianza, serio, pero...

–¿Qué tiene?

–Es masón.

–Mejor.

–¿Y para cuándo es?

–El domingo. El domingo, los tres irán allá, a casa, para asistir al experimento y espero que no me negarán sus firmas para autenticar mi hallazgo.



–Trato hecho.

Ese domingo, conforme lo habían prometido, las tres personas respetables de Tubiacanga fueron a la casa de Flamel y, días después, misteriosamente, éste desapareció sin dejar vestigio o explicación de su desaparición.

## III

Tubiacanga era una pequeña ciudad de tres o cuatro mil habitantes, muy pacífica, en cuya estación, de vez en cuando, los expresos le hacían el honor de detenerse. Hacía cinco años que no se registraba en ella ni un hurto ni un robo. Las puertas y las ventanas sólo eran usadas... porque en Río se usaban.

El último crimen registrado en su pobre catastro había sido un asesinato en ocasión de las elecciones municipales; pero, teniendo en cuenta que el asesino era del partido del gobierno, y la víctima, de la oposición, el acontecimiento en nada alteró los hábitos de la ciudad, continuando con la exportación de su café y mirando sus casas bajas y estrechas en las escasas aguas del pequeño río que le diera su nombre.

¡Pero grande fue la sorpresa de sus habitantes cuando se comprobó uno de los más repugnantes crímenes de que se tiene memoria! No se trataba de un descuartizamiento o un parricidio; no era el asesinato de una familia entera o de un asalto a la oficina de recaudaciones; era algo peor, sacrílego a los ojos de todas las religiones y conciencias: se violaban las tumbas de "El Sosiego", de su cementerio, de su camposanto.

Al principio, el sepulturero creyó que habían sido los perros, pero, luego de revisar bien el muro, sólo encontró pequeños agujeros. Los tapó; fue inútil. Al día siguiente, una bóveda forzada y los huesos saqueados; al otro, un osario y una fosa. Era obra de un humano o de un demonio. El sepulturero no quiso seguir con las investigaciones por su cuenta, fue a ver al subdelegado y la noticia se esparció por la ciudad.

La indignación en la ciudad tomó todas las formas y todas las voluntades. La religión de la muerte precede a todas y cier-

tamente será la última en morir en las conciencias. Contra la profanación, clamaron los seis presbiterianos* del lugar –los biblias, como los llama el pueblo*–; clamaba el agrimensor Nicolás, antiguo cadete y positivista del rito Texeira Mendes*; clamaba el mayor Camanho, presidente de la Logia Nueva Esperanza*; clamaban el turco Miguel Abudala, comerciante mercero; y el escéptico Belmiro, antiguo estudiante, que vivía a la buena de Dios, bebiendo licor en las tabernas. La mismísima hija del ingeniero residente del ferrocarril, que vivía desdeñando aquel sitio, sin notar siquiera los suspiros de los enamorados locales, siempre esperando que el expreso trajese un príncipe para desposarla, la linda y desdeñosa Cora no pudo dejar de compartir la indignación y el horror que tal acto había provocado en todas las personas del lugar. ¿Qué tenía ella que ver con la tumba de antiguos esclavos y humildes labradores? ¿En qué podía interesar a sus lindos ojos pardos el destino de tan humildes huesos? ¿Acaso el hurto podría pertubar su sueño de hacer brillar la belleza de su boca, de sus ojos y de su busto en las calles de Río?

Por cierto que no; pero era la muerte, la muerte implacable y omnipotente, de la cual ella también se sentía esclava, y que no dejaría un día de llevar su linda calaverita hacia la paz eterna del cementerio. Allí Cora quería sus huesos tranquilos, quietos y descansando cómodamente en un cajón bien hecho y en un

*presbiterianos*. Protestantes ortodoxos de Inglaterra, Escocia y América.

*biblias... el pueblo*. Mote dado a los protestantes, por hacer hincapié en la lectura de la Biblia.

*positivista del rito Texeira Mendes*. La doctrina del filósofo francés Augusto Comte, el positivismo, derivó en una organización semi religiosa laica (la Religión de la Humanidad), muy difundida en el Brasil y popular entre los republicanos al final del siglo pasado. Raimundo Texeira Mendes fue uno de sus líderes.

*Logia Nueva Esperanza*. Logia masónica. Los masones constituyen entidades semi secretas, hermanados en la consecución de fines espirituales, humanistas y filantrópicos.



sepulcro seguro, después de que su carne haya sido encanto y placer de los gusanos...

El más indignado, sin embargo, era Pelino. El maestro redactó un artículo de fondo, imprecando, bramando, gritando: "En la historia del crimen, decía él, ya suficientemente rica en hechos repugnantes, como ser: el descuartizamiento de María de Macedo, el estrangulamiento de los hermanos Fuoco, no se registra uno que lo sea tanto como el saqueo de las sepulturas de 'El Sosiego'."

Y la villa vivía sobresaltada. En los rostros ya no se leía más la paz; los negocios estaban paralizados; los noviazgos, suspendidos. Durante días y días, por sobre las casas flotaban nubes negras y, de noche, todos escuchaban ruidos, gemidos, sonidos sobrenaturales... Parecía que los muertos pedían venganza...

El saqueo, no obstante, continuaba. Todas las noches eran dos, tres sepulturas abiertas y vaciadas de su fúnebre contenido. La población toda resolvió ir en masa a custodiar los huesos de sus mayores. Fueron temprano, pero, cediendo a la fatiga y al sueño, se retiró uno, después otro y, a la madrugada ya no había ningún vigilante. Ese mismo día el sepulturero comprobó que dos tumbas habían sido abiertas y los huesos llevados hacia un destino misterioso.

Organizaron entonces una guardia. Diez hombres dispuestos juraron delante del subdelegado vigilar durante toda la noche la mansión de los muertos.

No hubo nada anormal durante la primera noche, la segunda y la tercera; pero, en la cuarta, cuando los guardianes ya se disponían a dormitar, uno de ellos creyó entrever una sombra que se deslizaba por entre las cuadra de los osarios. Corrieron y consiguieron atrapar a dos de los vampiros. La rabia y la indignación hasta entonces adormecidas en sus espíritus, no se contuvieron más: les dieron tantos palazos a los macabros ladrones que los dejaron tirados como muertos.

La noticia corrió enseguida de casa en casa y, cuando por la mañana se trató de establecer la identidad de los malhechores,

fue delante de la población entera que fueron reconocidos el recaudador Carvalhais y el coronel Bentes, rico hacendado y presidente de la Cámara. Éste último aún vivía y, ante preguntas repetidas que le hicieron, pudo decir que juntaba los huesos para hacer oro y el compañero que huía era el farmacéutico.

Hubo espanto y hubo esperanza. ¿Cómo hacer oro con los huesos? ¿Sería posible? ¡Pero aquel hombre rico, respetado, cómo descendería al papel de ladrón de muertos si el asunto no fuera verdadero!

Si resultara posible hacerlo, si de aquellos míseros despojos fúnebres se pudiesen hacer algunos cuantos pesos, ¡qué bueno sería para todos ellos!

El cartero, cuyo viejo sueño era la graduación de su hijo, vio inmediatamente allí los medios de conseguirla. Castrioto, el escribiente del juez de paz, que el año anterior había conseguido comprar una casa pero que todavía no la había podido cercar, pensó en el muro que le protegería la huerta y los animales. Frente a los ojos del chacarero Marques, que estaba desde hacía años preocupado por conseguir pastizales, pasó enseguida el verde prado de Costa, donde sus vacas engordarían y ganarían en fuerza...

Aquellos huesos que eran oro, atenderían, satisfarían las necesidades de cada uno y les darían felicidad; y aquellas dos o tres mil personas, hombres, niños, mujeres, jóvenes y viejos, como si fueran una sola persona, corrieron hasta la casa del farmacéutico.

A duras penas el subdelegado pudo impedir que asaltaran la botica, y consiguió que se quedaran en la plaza a la espera del hombre, que tenía el secreto de todo un Potosí*. No tardó en aparecer. Trepado a una silla, sosteniendo en la mano una pequeña barra de oro que relucía al fuerte sol de la mañana, Bastos pidió clemencia, prometiendo que enseñaría el secreto, si le perdonaban la vida. "Queremos saberlo ya", gritaron. Él entonces explicó que era preciso redactar la receta, indicar la marcha del proceso, los reactivos –trabajo largo que sólo podría ser entregado impreso al día siguiente. Hubo un murmullo, algunos llegaron a gritar, pero el subdelegado habló y se responsabilizó por el resultado.

*Potosí*. Cerro del Perú, rico en metales preciosos en tiempos de la colonia. Por extensión, riqueza fabulosa y fácil.



Dócilmente, con esa dulzura especial de las multitudes furiosas, cada cual se encaminó a su casa, con un único pensamiento en la cabeza: conseguir inmediatamente la mayor cantidad de huesos de difunto que se pudiera.

El acontecimiento llegó a la casa del ingeniero residente del ferrocarril. En la cena, no se habló de otra cosa. El doctor concatenó lo que todavía recordaba de sus estudios, y afirmó que era imposible. Eso era alquimia, una cosa muerta: el oro es oro, un cuerpo simple, y el hueso es hueso, un compuesto, fosfato de calcio. Pensar que se podía hacer una cosa de otra era una "burrada". Cora aprovechó el asunto para reírse petrópolimente* de la crueldad de aquellos rústicos; pero su madre, doña Emilia, tenía fe en que la cosa fuera posible.

Sin embargo, a la noche, el doctor, al notar que la mujer dormía, saltó por la ventana y corrió en dirección del cementerio; Cora, con los pies descalzos y las chinelas en las manos, buscó a la criada para ir juntas a recolectar huesos. No la encontró, fue sola; y doña Emilia, al ver que no había nadie en su casa, adivinó el paseo y allá fue también. Y así sucedió en toda la ciudad. El padre, sin decirle nada al hijo, salía; la mujer, creyendo engañar al marido, salía; los hijos, las hijas, los criados: toda la población, bajo la luz de las estrellas asombradas, corrió al satánico *rendez–vous** en "El Sosiego". Y nadie faltó. El más rico y el más pobre allá estaban. Estaba el turco Miguel, estaba el maestro Pelino, el doctor Jerónimo, el mayor Camanho, Cora, la linda y deslumbrante Cora, con sus lindos dedos de alabastro, revolvía la podredumbre de las sepulturas, arran-

*petrópolimente*. A la manera de la ciudad brasileña de Petrópolis; a principios de siglo, lugar de veraneo de personas elegantes.

*rendez-vous*. En francés, encuentro.

caba las carnes putrefactas aún agarradas tenazmente a los huesos y con estos llenaba su regazo hasta entonces inútil. Era la dote que recogía y sus narices que se abrían en alas rosadas y casi transparentes, no sentían el olor fétido de los tejidos putrefactos en lodo hediondo...

La desinteligencia no tardó en surgir; los muertos eran pocos y no bastaban para satisfacer el hambre de los vivos. Hubo cuchilladas, tiros, golpes. Pelino apuñaló al turco a causa de un fémur e inclusive entre las familias surgieron rencillas. Únicamente el cartero y el hijo no peleaban. Anduvieron juntos y de acuerdo y, en cierto momento, el pequeño, un ingenioso niño de once años, llegó a aconsejarle al padre: "Papá, vamos a donde está mamá; ella era tan gorda..."

Por la mañana, el cementerio tenía más muertos que los que había recibido en treinta años de existencia. Un sola persona no había estado allí, no mató ni profanó sepulturas: el borracho Belmiro.

Al entrar a un bar, medio abierto, y al no encontrar a nadie, llenó una botella de licor y se tiró a beber sentado al margen del Tubiacanga, mientras observaba correr mansamente sus aguas sobre el áspero lecho de granito –ambos, él y el río, indiferentes a lo que ya habían visto, a lo que veían, inclusive a la fuga del farmacéutico, con su Potosí y su secreto, bajo el dosel eterno de las estrellas.



## EL HOMBRE QUE SABÍA JAVANÉS

Cierta vez, en una confitería, le contaba a mi amigo Castro sobre las veces que había desafiado las convicciones y las respetabilidades para poder vivir.

Inclusive, en cierta ocasión, cuando estuve en Manaus*, me vi obligado a esconder mi condición de bachiller para obtener mayor confianza de los clientes que concurrían a mi oficina de hechicero y adivino. Le contaba eso.

Mi amigo me escuchaba callado, embebido, disfrutando de ese mi Gil Blas* vivido, hasta que, en una pausa de la conversación, al vaciarse nuestros vasos, observó al pasar:

–¡Has estado llevando una vida muy divertida, Castelo!

–Sólo así se puede vivir... Eso de tener una única ocupación: salir de casa a cierta hora, volver a otra, aburre, ¿no crees? ¡No sé cómo me las aguanté allá, en el consulado!

–Uno se cansa; pero no es de eso de lo que me admiro. Lo que me admira es que hayas corrido tantas aventuras aquí, en este Brasil imbécil y burocrático.

–¡Cómo! Aquí mismo, mi querido Castro, se pueden obtener bellas páginas de vida. ¡Imagínate que yo ya fui profesor de javanés!

–¿Cuándo? ¿Aquí, después de que volviste del consulado?

–No; antes. Y precisamente fui nombrado cónsul por eso.

–Cuéntame cómo fue. ¿Bebes otra cerveza?

–Por supuesto.

Pedimos otra botella, llenamos los vásos y continué:

*Manaus*. Importante puerto sobre el Amazonas.

*Gil Blas*. Protagonista de *Gil Blas de Santillana*, novela picaresca del escritor francés Lesage (1668-1747).

–Hacía poco que yo había llegado a Río y estaba literalmente en la miseria. Vivía huyendo de pensión en pensión, sin saber dónde ni cómo ganar dinero, cuando leí en el *Jornal do Comércio* el anuncio siguiente:

"Se necesita un profesor de lengua javanesa. Cartas, etc."

Bien, me dije, hay allí un puesto que no tendrá muchos postulantes; si yo chapurrara cuatro palabras, me presentaría. Salí del café y anduve por la calle, siempre imaginándome profesor de javanés, ganando dinero, andando en tranvía y sin encuentros desagradables con los acreedores. Instintivamente me dirigí a la Biblioteca Nacional. No sabía bien qué libro iba a pedir; pero entré, entregué el sombrero al portero, recibí la tarjeta y subí. En la escalera, se me ocurrió pedir la *Grande Encyclopédie*, letra j, a fin de consultar el artículo relativo a Java y a la lengua javanesa. Dicho y hecho. Conseguí saber, al cabo de algunos minutos, que Java era una gran isla del archipiélago de Sonda, colonia holandesa, y el javanés, lengua aglutinante del grupo maleo–polinesio, poseía una literatura digna de nota y escrita en caracteres derivados del viejo alfabeto hindú.

La *Encyclopédie* me daba indicaciones de trabajos sobre la tal lengua malaya y no tuve dudas en consultar uno de ellos. Copié el alfabeto, su pronunciación figurada y salí. Caminé por las calles, deambulando y masticando letras.

En mi cabeza danzaban jeroglíficos; de cuando en cuando consultaba mis notas; entraba en los parques y escribía esos garabatos en la arena para guardarlos bien en la memoria y habituar la mano a escribirlos.

A la noche, cuando pude entrar en casa sin ser visto, para evitar indiscretas preguntas del encargado, aún continué en la habitación a tragar mi "a-b-c" malayo, y con tanto ahínco llevé a cabo mi propósito que, por la mañana, lo sabía perfectamente.

Me convencí de que aquella era la lengua más fácil del mundo y salí; pero no tan temprano como para no encontrarme con el encargado de alquilar los cuartos:

–Señor Castelo, ¿cuándo saldará su cuenta?



Le respondí entonces con la más encantadora esperanza:

–A la brevedad... Espere un poco... Tenga paciencia... Voy a ser nombrado profesor de javanés, y...

Ahí el hombre me interrumpió:

–¿Qué diablos es eso, señor Castelo?

Me gustó la diversión y ataqué el patriotismo del hombre:

–Es una lengua que se habla allá por las bandas de Timor. ¿Sabe dónde es?

¡Oh! ¡Alma ingenua! El hombre se olvidó de mi deuda y me dijo con aquella forma de hablar de los portugueses:

–Por mi parte, no sé bien; pero oí decir que son unas tierras que tenemos allá por los lados de Macao*. ¿Y usted sabe eso, señor Castelo?

Animado con esta salida feliz que me dio el javanés, volví a buscar el anuncio. Allí estaba. Resolví decididamente proponerme al profesorado del idioma oceánico. Redacté la respuesta, pasé por el *Jornal* y dejé la carta. Enseguida regresé a la biblioteca y continué mis estudios de javanés. No hice grandes progresos ese día, no sé si por juzgar el alfabeto javanés el único saber necesario para un profesor de lengua malaya o si por haberme empeñado más en la bibliografía e historia literaria del idioma que iba a enseñar.

Al cabo de dos días, recibía una carta para ir a hablar con el doctor Manuel Feliciano Soares Albernaz, Barón de Jacuecanga, en la calle Conde de Bonfim, no me acuerdo bien el número. Es preciso que no olvides que mientras tanto continué estudiando mi malayo, es decir, el tal javanés. Además del alfabeto, supe el nombre de algunos autores, también preguntar y responder "¿cómo está usted?" y dos o tres reglas de gramática, afianzado todo ese saber con veinte palabras del léxico.

¡No imaginas las grandes dificultades con que luché, para conseguir los cuatrocientos reales para el viaje! Es más fácil,

*Macao*. Colonia portuguesa en territorio chino.

puedes creerlo, aprender el javanés... Fui a pie. Llegué sudadísimo; y, con maternal cariño, las añosas *mangueiras**, que se perfilaban en alameda delante de la casa del titular, me recibieron, me acogieron y me reconfortaron. En toda mi vida, fue el único momento en que llegué a sentir la simpatía de la naturaleza...

Era una casa enorme que parecía estar desierta; estaba maltratada, pero no sé por qué se me ocurrió pensar que en ese mal tratamiento había más descuido y cansancio de vivir que pobreza. Debía hacer años que no era pintada. Las paredes se descascaraban y los aleros del tejado, de aquellas tejas vidriadas de otros tiempos, estaban desguarnecidos aquí y allá, como dentaduras decadentes o mal cuidadas.

Miré un poco el jardín y vi la pujanza con que la maleza y el abrojo habían expulsado a los crisantemos y a las begonias. Las cretonas continuaban, sin embargo, viviendo con su follaje de colores mortecinos. Golpeé. Tardaron en abrirme. Vino, por fin, un viejo negro africano, cuyas barbas y cabello de algodón daban a su fisonomía una aguda impresión de ancianidad, dulzura y sufrimiento.

En la sala, había una galería de retratos: arrogantes señores de barba en collar se perfilaban encuadrados en inmensas molduras doradas, y dulces perfiles de señoras, con peinados partidos al medio, con grandes abanicos, parecían querer subir por los aires, henchidas por los redondos vestidos con ruedo; pero, de aquellas viejas cosas, sobre las cuales el polvo ponía más antigüedad y respeto, la que más me gustó ver fue un bello jarrón de porcelana de China o de la India, como se dice. La pureza de la loza, su fragilidad, la ingenuidad del diseño y su empañado brillo lunar, me decían que aquel objeto había sido hecho por manos de niño soñador, para encanto de los ojos fatigados de los viejos desengañados...

Esperé un instante al dueño de casa. Tardó un poco. Algo vacilante, con un gran pañuelo rojo en la mano, tomando venerablemente el rapé de antaño, fue, lleno de respeto, que lo vi lle-

*mangueiras*. Árboles altos y frondosos.



gar. Tuve ganas de irme. Aunque no fuera él el discípulo, sería siempre un crimen engañar a ese anciano, cuya vejez suscitaba en mi mente algo así como la idea de lo augusto y lo sagrado. Vacilé, pero me quedé.

–Yo soy –adelanté– el profesor de javanés que usted dijo precisar.

–Siéntese –respondió el viejo. –¿Usted es de aquí, de Río?

–No, soy de Canavieiras*.

–¿Cómo? –dijo él. –Hable un poco más alto, que soy sordo.

–Soy de Canavieiras, en Bahía –insistí.

–¿Dónde hizo sus estudios?

–En São Salvador*.

–¿Y dónde aprendió el javanés? –indagó, con esa insistencia peculiar de los ancianos.

No contaba con esa pregunta, pero inmediatamente tejí una mentira. Le conté que mi padre era javanés. Tripulante de un buque mercante que había llegado a Bahía, se había establecido en las cercanías de Canavieiras como pescador, se había casado, prosperado y con él aprendí el javanés.

–¿Y se lo creyó? ¿Y el físico? –preguntó mi amigo, que hasta entonces me había oído callado.

–No soy, argumenté, muy diferente de un javanés. Mis cabellos lacios, duros y gruesos y mi piel curtida pueden darme muy bien el aspecto de un mestizo de malayo... Tú sabes perfectamente que entre nosotros hay de todo: indios, malayos, tahitianos, malgaches, guanches, hasta godos. Es una comparsa de razas y tipos que es como para darle envidia al mundo entero.

–Bien –dijo mi amigo– continúa.

–El viejo –agregué– me escuchó atentamente, consideró cuidadosamente mi físico, pareció que me juzgaba de hecho hijo de malayo y me preguntó con dulzura:

–¿Entonces está dispuesto a enseñarme javanés?

*Canavieiras*. Ciudad costera al sur del estado de Bahía.

*São Salvador*. Capital del estado de Bahía, en el nordeste brasileño.

–La respuesta me salió sin querer: –Claro que sí.

–Usted estará admirado –adujo el Barón de Jacuecanga– que yo, a esta edad, aún quiera aprender algo, pero...

–No tengo de qué admirarme. Se han visto ejemplos, y ejemplos muy fecundos...

–Lo que yo quiero, mi querido ¿señor...?

–Castelo –aclaré.

–Lo que yo quiero, mi querido señor Castelo, es cumplir un juramento de familia. No sé si usted sabe que soy nieto del Consejero Albernaz, aquel que acompañó a Pedro I*, cuando abdicó. Al volver de Londres me trajo un libro en una lengua extraña, al que tenía en gran estimación. Había sido un hindú o un siamés el que se lo había dado, en Londres, en agradecimiento por no sé qué servicio prestado por mi abuelo. Al morir mi abuelo, llamó a mi padre y le dijo: "Hijo, tengo aquí este libro, escrito en javanés. Me dijo quien me lo dio que evita las desgracias y trae felicidades para quien lo tiene. Yo no lo sé con certeza. De todos modos, guárdalo; pero, si quieres que el sino que el sabio oriental me impuso se cumpla, haz que tu hijo lo entienda, para que siempre nuestra estirpe sea feliz." Mi padre, continuó el viejo barón, no creyó mucho en la historia; sin embargo, guardó el libro. A punto de morir, él me lo dio y me dijo lo que había prometido al padre. Al principio, hice poco caso de la historia del libro. Lo eché en un rincón e hice mi vida. Llegué hasta olvidarme de él; pero, de un tiempo a esta parte, habiendo pasado tantos disgustos, tantas desgracias han caído sobre mi vejez que me acordé del talismán de la familia. Tengo que leerlo, que comprenderlo, si no quiero que mis últimos días anuncien el desastre de mi posteridad; y, para entenderlo, claro, necesito saber javanés. Eso es todo.

Se calló y noté que los ojos del viejo se habían humedecido. Se enjugó discretamente los ojos y me preguntó si quería ver el tal libro. Le respondí que sí. Llamó al criado, le dio las instrucciones y me explicó que había perdido a todos los hijos, sobrinos, quedándole sólo una hija casada, cuya prole, sin embargo, estaba reducida a un hijo, débil de cuerpo y de salud frágil y oscilante.

*Pedro I.* Emperador del Brasil (1798-1834).



Vino el libro. Era un viejo mamotreto*, un *in quarto** antiguo, encuadernado en cuero, impreso a grandes letras, en un papel amarillento y grueso. Le faltaba la hoja de la portada y por eso no se podía leer la fecha de impresión. Tenía todavía algunas páginas del prefacio, escritas en inglés, donde leí que se trataba de las historias del príncipe Kulanga, escritor javanés de gran mérito.

Enseguida se lo informé al viejo barón que, al no darse cuenta de que había llegado hasta ahí a través del inglés, tuvo en alta consideración mi saber malayo. Estuve aún ojeando el cartapacio*, a la manera de quien sabe magistralmente esa especie de vascuence, hasta que al final contratamos las condiciones del precio y del horario, comprometiéndome a hacer que él leyese el tal libraco antes de un año.

Al poco tiempo, daba mi primera lección, pero el viejo no fue tan aplicado como yo. No conseguía aprender a distinguir y a escribir ni siquiera cuatro letras. En fin, con la mitad del alfabeto llevamos un mes y el señor Barón de Jacuecanga no se hizo muy dueño de la materia: aprendía y desaprendía.

La hija y el yerno (pienso que hasta ese momento nada sabían de la historia del libro) llegaron a tener noticias del estudio del viejo; no se preocuparon. Lo encontraron gracioso y lo creyeron algo bueno para distraerlo.

Pero con lo que tú vas a quedar asombrado, mi querido Castro, es con la admiración que el yerno sintió por el profesor de javanés. ¡Qué cosa notable! Él no se cansaba de repetir: "¡Es asombroso! ¡Tan joven! ¡Si yo supiera eso, ah! ¡dónde estaba!"

El marido de doña María da Gloria (así se llamaba la hija del barón), era juez del Tribunal de Justicia, hombre relacionado y

*mamotreto.* Armatoste, objeto grande y pesado.

*in quarto.* Libros con hojas dobladas dos veces.

*cartapacio.* Cuaderno.

poderoso; pero no se avergonzaba de mostrar delante de todo el mundo su admiración por mi javanés. Por otro lado, el barón estaba contentísimo. Al cabo de dos meses, desistió del aprendizaje y me pidió que le tradujese, un día sí, otro no, un fragmento del libro encantado. Bastaba con entenderlo, me dijo; nada se oponía a que otro lo tradujera y él escuchase. Así evitaba la fatiga del estudio y cumplía con el encargo.

Sabes bien que hasta hoy nada sé de javanés, pero compuse unas historias muy tontas y se las encajé al vejete como si fueran del cronicón. ¡Cómo escuchaba él esas tonterías!...

Se quedaba estático, como si estuviera escuchando las palabras de un ángel. ¡Y yo crecía a sus ojos!

Me hizo vivir en su casa, me colmaba de regalos, me aumentaba el sueldo. Pasaba, en fin, una vida regalada.

A eso contribuyó en gran medida el hecho de recibir una herencia de un olvidado pariente suyo que vivía en Portugal. El buen anciano atribuyó el suceso a mi javanés; y yo estuve a punto de creerlo también.

Fui perdiendo los remordimientos; pero, en todo caso, siempre tuve miedo de que se me apareciera alguien que supiera esa jerigonza malaya. Y fue grande mi temor cuando el dulce barón me mandó con una carta al Vizconde de Caruru, para que me hiciera entrar en la diplomacia. Le hice todas las objeciones: mi fealdad, la falta de elegancia, mi aspecto tagalo*. "¿Cuál?", retrucaba él. "¡Vaya, muchacho; usted sabe javanés!" Fui. El vizconde me mandó a la Secretaría de Asuntos Extranjeros con diversas recomendaciones. Fue un éxito.

El director llamó a los jefes de sección: "¡Vean, un hombre que sabe javanés, qué portento!"

Los jefes de sección me llevaron ante los empleados y cadetes y hubo uno de ellos que me miró más con odio que con envidia o admiración. Y todos decían: "¿Así que sabe javanés? ¿Es difícil? ¡No hay nadie que lo sepa por aquí!"

*tagalo.* Individuo de una etnia filipina de origen malayo.



Ese cadete, que me miró con odio, dijo entonces: "Es verdad, pero yo sé canaco*. ¿Usted sabe?" Le dije que no y fui a ver al ministro.

La alta autoridad se levantó, puso la manos en las caderas, se acomodó los lentes sobre la nariz y preguntó: "¿Así que sabe javanés?" Le respondí que sí; y, a su pregunta sobre dónde lo había aprendido, le conté la historia de ese padre javanés. "Bien, me dijo el ministro, usted no debe entrar en la diplomacia, no le da el físico... Lo mejor sería un consulado en Asia u Oceanía... Por ahora no hay vacante, pero voy a hacer una reforma y usted entrará. De hoy en adelante, sin embargo, queda agregado a mi ministerio y quiero que, el año que viene, parta para Bali*, donde va a representar al Brasil en el Congreso de Lingüística. ¡Estudie, lea a Hovelacque, a Max Müller, y otros!"

Imagínate que hasta ese momento nada sabía de javanés, pero tenía empleo e iba a representar al Brasil en un congreso de sabios.

El viejo barón murió, pasó el libro al yerno para que se lo hiciese llegar al nieto, cuando tuviera la edad conveniente y me dejó un legado en el testamento.

Me aboqué con afán al estudio de la lenguas maleo–polinésicas; ¡pero no había caso!

Bien comido, bien vestido, bien dormido, no tenía la energía necesaria para hacer entrar en la cabezota esas cosas extrañas. Compré libros, me suscribí a revistas: *Revue Anthropologique et Linguistique, Proceedings of the English–Oceanic Association, Archivo Glottologico Italiano,* y todos los demonios, ¡pero nada! Y mi fama crecía. En las calles, los informados me señalaban, diciéndole a los otros: "Allá va el sujeto que sabe javanés." En las librerías, los gramáticos me consultaban sobre la colocación de los pronombres en esa jerigonza de las islas de Sonda*. Recibía cartas de los eruditos del interior, los dia-

*canaco.* Lengua de la Polinesia.

*Bali.* Isla de la Malasia, al este de Java.

*islas de Sonda.* Nombre del archipiélago al que pertenece la isla de Java.

rios citaban mi saber y fechacé a un grupo de alumnos deseoso de estudiar javanés. A pedido de la redacción, escribí, en el *Jornal de Comércio*, un artículo a cuatro columnas sobre la literatura javanesa antigua y moderna...

–¿Cómo, si no sabías nada? –me interrumpió el atento Castro.

–Es muy simple: primero describí la isla de Java, con el auxilio de diccionarios y libros de geografía, y después cité a más no poder.

–¿Y nunca dudaron? –me preguntó mi amigo.

–Nunca. Es decir, una vez casi estuve perdido. La policía había arrestado a un sujeto, un marinero, un tipo bronceado que sólo hablaba una lengua extraña. Llamaron a diversos intérpretes, nadie lo entendía. Fui llamado también, con todo el respeto que mi sabiduría merecía, naturalmente. Me demoré en ir, pero al final fui. El hombre ya estaba suelto, gracias a la intervención del cónsul holandés, ante quien él se hizo comprender con media docena de palabras holandesas. Y ese marinero era javanés, ¡uf!

Llegó, finalmente, la época del congreso y allá fui, para Europa. ¡Qué delicia! Asistí a la inauguración y a las sesiones preparatorias. Me habían inscripto en la sección de tupí–guaraní* y me largué para París. Pero antes hice publicar en el *Mensajero de Bali* mi retrato, notas biográficas y bibliográficas. Cuando volví, el presidente me pidió disculpas por haberme dado esa sección; no conocía mis trabajos y había creído que, por ser yo americano–brasileño, me estaba naturalmente indicada la sección de tupí–guaraní. Acepté las explicaciones y hasta el día de hoy aún no pude escribir mis obras sobre javanés, para mandarle, como prometí.

Terminado el congreso, hice publicar extractos del artículo del *Mensajero de Bali*, en Berlín, en Turín y París, donde los lectores de mis obras me ofrecieron un banquete, presidido por

*tupí-guaraní.* Lengua de la mayoría de los indígenas brasileños a la llegada de los portugueses.



el Senador Gorot. Toda esa bufonada, inclusive el banquete que se me ofreció, me costó cerca de diez mil francos, casi toda la herencia del crédulo y buen Barón de Jacuecanga.

No perdí mi tiempo ni mi dinero. Pasé a ser una gloria nacional y, al saltar en los muelles Pharoux*, recibí una ovación de toda las clases sociales y el presidente de la República, días después, me invitaba a almorzar en su compañía.

Al cabo de seis meses fui despachado como cónsul en La Habana*, donde estuve seis años y a donde volveré, a fin de perfeccionar mis estudios de las lenguas de Malaya, Melanesia y Polinesia.

–Es fantástico –observó Castro, tomando su vaso de cerveza.

–Mira, si no estuviera contento, ¿sabes qué iba a ser?

–¿Qué?

–Bacteriologista eminente. ¿Vamos?

–Vamos.

*muelles Pharoux.* En el puerto de Río de Janeiro.

*La Habana.* Capital de Cuba. Efecto humorístico que se apoya en la similitud de la palabras portuguesas, *havanês* (natural de la Habana) y *javanês*.

# Mário de Andrade

Mário Raul de Morais Andrade nació en São Paulo el 9 de octubre de 1893 y falleció en la misma ciudad el 25 de febrero de 1945.

Estudió en el Conservatorio Dramático y Musical de São Paulo en donde ocupó, a partir de 1922, la cátedra de Historia de la Música. Además de musicólogo, colaboró en diversos periódicos y a partir de 1934 ejerció la función pública: organizó y dirigió el Departamento Municipal de Cultura de São Paulo. Desde ese lugar bregó incansablemente en favor de la educación de los niños, la divulgación artística y la reforma de la enseñanza de la música. En este sentido, creó, entre otras realizaciones, una discoteca pública y organizó el Primer Congreso de Lengua Nacional Cantada (1937). En 1938 se trasladó a Río de Janeiro en donde actuó en el campo de la crítica literaria, ocupó la cátedra de Estética de la Universidad del, por ese entonces, Distrito Federal, dirigió el Instituo de Artes y suscribió el proyecto que luego dio origen al Servicio del Patrimonio Histórico y Artístico Nacional. En 1940 regresó a su ciudad natal como funcionario de ese Servicio.

La misma preocupación por la cultura de la patria que demostró como funcionario la demostró como escritor. Su obra abarca la investigación musicológica y folclórica, la crítica literaria, el ensayo, la crónica, el cuento, la novela y la poesía. Los veinte volúmenes de sus *Obras completas* dan cuenta de ese trabajo inquieto y monumental. Fue el gran animador de la Semana de Arte Moderno y predicador constante de la renovación intelectual del Brasil.

En el plano de su producción literaria, la crítica suele verificar tres fases; una primera, exaltada y demoledora, representa-

da en su libro de poemas *Paulicéia desvairada* ("Paulicea alocada", 1922), una segunda, mayormente orientada a descubrir las raíces populares y el carácter brasileño como en su novela–rapsodia, *Macunaíma* (1928). Una tercera fase más serena le permite asentar un estilo personal y maduro, es el poeta de *Remate de males* (1930) y el narrador de *Contos novos* (1946).

"Mário de Andrade –escriben Antônio Cândido y José Aderaldo Castello– fue sin duda el espíritu más vasto del Modernismo: el más versátil y culto, el que mayor influencia ejerció por sus escritos, por la actuación de hombre público, por la irradiación personal y por la enorme correspondencia, aún casi toda inédita. Poseído por el sentido del deber, imprimió a su obra un carácter de misión, al servicio de los ideales del arte y pensamiento que le parecían adecuados para la renovación del país."

(Obras principales: Poesía: *Paulicéia desvairada*, 1922; *Losango Cáqui*, 1926; *Remate de males*, 1930; *Poesias*, 1941. Novela: *Amar, verbo intransitivo*, 1927; *Macunaíma*, 1928. Cuento: *Belazarte*, 1934; *Contos novos*, 1946. Ensayo: *A escrava que não é Isaura*, 1925; *Ensaio sobre a música brasileira*, 1928; *O Movimento modernista*, 1942; *Aspectos da literatura brasileira*, 1943.)



## VESTIDA DE NEGRO

Tanto andan ahora preocupados en definir el cuento que no sé bien si lo que voy a contar es cuento o no, sólo sé que es verdad. Mi impresión es que he estado amando siempre... Después del amor grande por mí, que brotó a los tres años y duró hasta los cinco más o menos, mi amor luego se dirigió a una especie de prima lejana que frecuentaba nuestra casa. Como se ve, jamás sufrí del complejo de Edipo*, gracias a Dios. Toda mi vida, mamá y yo fuimos muy buenos amigos, sin nada de amores peligrosos.

María fue mi primer amor. No había nada entre nosotros, está claro, tanto ella como yo con nuestros cinco años apenas, pero no sé qué divina melancolía nos asaltaba, si acaso nos encontrábamos juntos y solos. Bajaba el tono de la voz, y principalmente las palabras se tornaban más raras, muy simples. Una ternura inmensa, firme y reconocida, que no exigía ningún gesto. Además eso duraba poco, porque inmediatamente llegaban los otros chicos. Pero entonces teníamos una rabia impensada de los hermanos y de los primos, siempre exteriorizada en palabras o modales irritados. Amor apenas sensible en ese instinto de estar solos.

Y fue sólo más tarde, ya por los nueve o diez años, que le di nuestro único beso: fue maravilloso. Si todos los chicos está-

*complejo de Edipo*. Concepto perteneciente a la teoría psicoanalítica de Sigmund Freud. Inspirado en el mito de Edipo, rey de Tebas, destinado por los dioses a matar a su padre y desposar a su madre, el concepto designa un momento en el desarrollo psicológico (entre los 5 y 7 años) durante el cual el varón desea reemplazar a su padre en el afecto materno y la niña a su madre en el amor del padre. En el desarrollo normal esta etapa es superada e implica la preparación para desviar el deseo fuera del círculo parental. En caso contrario, constituye la clave de todas las neurosis y psicosis, cuyos conflictos se remiten a la irresolución edípica.

bamos juntos en aquella casa sin jardín de la Tía Vieja, era inevitable que jugáramos a la familia, porque así Tía Vieja evitaba correrías y estragos. Juego que, además, nos interesaba mucho, a pesar de estar ya grandes para eso. Pero es que la casa de Tía Vieja tenía muchas habitaciones, de manera que nos casábamos rápido, sólo de palabra, sin ninguno de aquellos ceremoniales de mentira que antes nos interesaban tanto, y cada par huía pronto, a vivir a su habitación. Los mejores intereses infantiles del juego, hacer comidita, amamantar muñecas, retribuir visitas, todo eso nosotros lo dejábamos, con apurada generosidad, para los más chicos. Íbamos a nuestras habitaciones y nos quedábamos viviendo allí. Lo que los otros hacían, no sé. Yo, es decir, María y yo, no hacíamos nada. A mí me encantaba sobre todo quedarme solo con ella, conociendo ya varias picardías pero sin intentar ninguna. Había, no es que hubiera, pero siempre era como que existía un peligro inminente que sumaba su crimen a la intimidad de aquella soledad. Era suavísimo y asustador*.

María hizo unos gestos, dijo algunas palabras. Era el cumpleaños de alguien, ya no recuerdo, el cuarto en que estábamos había sido convertido en despensa, cómodas y armarios llenitos de platos de masas para el té que venía después. ¡Pero quién se iba a acordar de tocar aquellas masas, en general secas, fáciles para disimular cualquier robo! Estábamos lejos de eso. Lo que en sí nos deleitaba era la grave soledad.

En eso los ojos de María se posaron sobre la almohada sin funda que estaba sobre la cesta de ropa sucia en un rincón. Y mi esposa tuvo una idea que yo también estaba lejos de no tener. Desde la entrada en la habitación yo había concentrado todos mis instintos en la existencia de aquella almohada, la almohada creció como demonio dentro de mí y se convirtió en

*asustador*. Aunque la palabra no existe en español, la mantenemos para no destruir el juego semántico que se desarrollará a partir de aquí y que se completa con *cabellos asustados* y *vestido completamente asustado*... como se dice más adelante. En el desplazamiento semántico queda claro que los que están asustados son los chicos y, particularmente, el narrador.



crimen. Crimen no, "pecado" que es como se decía en aquellos tiempos cristianos... Y a causa de esto había conseguido no pensar, hasta ese momento, en la almohada.

–Ya es tarde, vamos a dormir –dijo María.

Me quedé aterrado, mirando con unos fabulosos ojos de imploración a la almohada quietita, pero quién dice que la almohada tuviera piedad de mí. María, ella era demasiado inocente para mirarme y sorprender los efectos del convite: miró alrededor y al final, después de revolver en la cesta de ropa sucia, sacó una toalla muy calentita que extendió en el suelo. Puso la almohada en la cabecera, corrió las cortinas de la ventana sobre la tarde, y después se acostó, arreglándose el vestido para no arrugarlo.

Pero yo nunca iría a poner la cabeza en aquel resto de almohada que ella dejó para mí, dándome la espalda. Resto, sí, a pesar de que la almohada era grande. Pero imaginen una cabellera explotando, los famosos cabellos asustados de María, cita obligatoria y orgullo de la familia. Tía Vieja, muy celosa a causa de una nieta preferida que imaginaba una diosa, era la única en encontrar defectos a los cabellos de María.

–¿Tú no vienes a dormir también? –preguntó ella con fragor, interrumpiendo mi silencio trágico.

–Ya voy –dije– estoy revisando la cuenta del almacén.

Me fui aproximando incomparablemente sin voluntad, me senté en el suelo, teniendo cuidado de tocar siquiera el vestido, ¡pucha!, también su vestido estaba completamente asustado, ¡qué dificultad! Puse la cara en la almohada sin la menor intención de. Pero los cabellos de María, así era peor, tocaban levemente mi nariz, podía estornudar, un marido no estornuda. Sentí, presentí que estornudar sería muy ridículo, iba a ser un estornudo enorme, los otros escucharían desde la sala de visita lejana, y entonces nuestro secreto se develaba todito.

Fui hundiendo el rostro en aquella cabellera y vino la noche; de lo contrario los cabellos (pero juro que eran cabellos suaves) me dañaban los ojos. Después que ya no vi nada, fue fá-

cil continuar enterrando la cara, toda la cara, el alma, la vida, en aquellos cabellos, ¡qué maravilla! hasta que mi nariz tocó un cuellito gordito. Entonces fui empujando mis labios, tenía unos bonitos labios gruesos, ni eran labios, era una trompa, mi boca fue quedando encanutada hasta que encontró el cuellito gordito. ¿Será que ella duerme de verdad?... Me acomodé bien sin ceremonias, ¡mujercita! y entonces besé. ¿Quién dijo que este mundo es ruin?, basta recordar... ¡Besé a María, muchachos! Yo ni sabía besar, está claro, sólo besaba a mamá, la boca haciendo ruido, un contacto sin ningún calor sensual.

María, sólo un leve entregarse, una levísima inclinación hacia atrás me hizo sentir que María estaba conmigo en nuestro amor. No hubo nada más. No, no pasó más nada. Aunque durase aquello una noche entera, no había más nada porque es gracioso de qué manera la perfección lo clava a uno. El beso me había dejado completamente puro, sin mis curiosidades ni deseos de algo más, ¡adiós pecado y adiós oscuridad! Se hizo en mi cerebro una enorme luz blanca, aunque mi hombro me dolía en el suelo, pero la luz era violentamente blanca, prohibiéndome pensar, imaginar, actuar. Besando.

Tía Vieja, nunca me gustó Tía Vieja, abrió la puerta con un espanto ruidoso. Percibí muy bien, por sus ojos, que lo que estábamos haciendo era completamente feo.

–¡Levántense!... ¡Le voy a contar a tu madre, Juca!

¡Pero yo me levanté con la lealtad más cínica de este mundo!

–Tía Vieja, ¿me das una masita?

Tía Vieja –yo siempre detesté a Tía Vieja, el tipo de bondad Berlitz*, injusta, sin método– pues Tía Vieja tuvo la maldad de recorrer todo mi cuerpo con la mirada que sólo algunos años más tarde pude comprender enteramente. En ese instante yo estaba pensando en disimular, fingiendo una inocencia que pocos segundos antes era real.

*Berlitz, Maximiliano* (1852-1920). Filólogo y pedagogo norteamericano de origen alemán, creador del método para la enseñanza de idiomas que lleva su nombre. El autor alude a la severidad de sus métodos.



–¡Vamos! ¡Salgan de la habitación!

Fuimos saliendo muy callados, con una bruta vergüenza, acompañados de Tía Vieja y los platos que había venido a buscar para la mesa del té.

Lo extrañísimo es que comenzó, en ese despertar a la fuerza provocado por Tía Vieja, una indiferencia inexplicable de María hacia mí. Más que indiferencia, viva frialdad, casi antipatía. Aún en ese mismo té encontró la manera de maltratarme delante de todos, me quedé atontado.

Diez, trece, catorce años... Quince años. Fue entonces el insulto que juzgué definitivo. Yo estaba haciendo un secundario sin gusto, muy forzado, lleno de rebeliones interiores, detestaba estudiar. Solamente en Dibujo y en las composiciones de Portugués sacaba las mejores notas. Vivía así: diez en estas materias, uno, cero en todas las otras. Y todos los años era aquella ya esperada fatalidad: uno, dos huevos* (principalmente en Matemática) que yo tenía el cuidado, apenas, de borrar en los exámenes del segundo cuatrimestre.

Gustarme, a mí me seguía gustando María, cada vez más, conscientemente ahora. Pero tenía casi la certeza de que ella no podía gustar de mí, ¡quién gustaba de mí!...Mi madre... Sí, mamá gustaba de mí, pero en aquel tiempo yo llegaba a imaginar que era sólo por obligación. Papá, él fue siempre insoportable, incapaz de una caricia. Como incapaz de una reprensión también. Ni aun conmigo, la tara de la familia, él nunca se metió. Pero esto es un caso para tratar otro día. Lo cierto es que, decidido en mi desesperada rebelión contra el mundo que me rodeaba, sintiendo un orgullo de mí que jamás buscaba esclarecer, tan absurdo lo presentía, lo cierto es que ya principiaba yo a aceptarme por un caso perdido, que no servía para nada mejorar.

Ese año hasta fue un huevo solamente. Yo llegaba de la clase del profesor particular, cuando atisbé* la caterva* en la ga-

*huevos. Bombas* en portugués; en la jerga estudiantil, el cero.

*atisbé.* De atisbar, mirar con disimulo.

*caterva.* Multitud desordenada de personas o cosas.

lería y a María entre los demás. Pasé bastante abochornado, todos de vacaciones, y los libros que yo traía en la mano denunciándome, recordando el huevo, escarneciéndome en mi imperfección de caso perdido. Esbocé un gesto falsamente alegre de buen día, y fui a la oficina contigua a esconder los libros en el escritorio de mi padre. Iba a volver para estar entre todos, pero Matilde, la peste, la implicante, la diosa estúpida que Tía Vieja perdía con sus preferencias:

–Pasó tu novio, María.

–No me caso con un aplazado* –ella respondió de inmediato, con una voz tan fea, pero tan fea, que me detuve aterrado. Era la decisión final, no había duda ninguna. María no gustaba más de mí. Como un bobo así parado, sin hacer un gesto, pudiendo apenas respirar.

Por otra parte un caso reciente venía a sumarse al insulto para decidir mi suerte. Nosotros seríamos hasta pobretones, comparando con la familia de María, gente que hasta viajaba a Europa. Pues poco antes, los padres habían hecho un papel bastante indecente, oponiéndose al casamiento de una hija con un joven, se dice que pobre, pero excelente. Había habido ruptura de la amistad, malestar en toda la parentela, el asunto se había convertido en un escándalo masticado y remasticado en los comentarios a la hora de la cena. Todo a causa del dinero.

Si yo hubiera insistido en gustar de María, casar no me casaba, porque su familia no me iba a querer. Se me pasó por la cabeza comprar un billete de lotería. "No me caso con un aplazado"... Fui abrazando los libros despacitó, los acaricié junto a mi cara, posé mi boca en una tapa, sucia de polvo sudado, retiré la boca sin disgusto. En ese instante yo no lo sabía, hoy lo sé: era el segundo beso que yo le daba a María, último beso, beso de despedida, que el olor desagradable del papel confirmó. Estaba todo acabado entre nosotros dos.

No tuve más coraje para volver a la galería y conversar con... los otros. Estaba con una rabia desdeñosa de todos, principalmente de Matilde. No, me parecía que ya no tenía rabia de nadie, no valía la pena, ni de Matilde, el insulto había partido de ella, había sido por causa suya, pero yo no le tenía rabia, no, sólo tristeza, sólo vacío, no sé... creo que una voluntad de arrodillarme. Arrodillarme nada más, arrodillarme allí junto al escritorio y quedarme así, arrodillarme. Al final de cuentas yo era un perdido, María tenía razón, tenía razón, tenía razón, ¡qué tristeza!...

*aplazado. Bombeado* en el original portugués.



¿Fue el fin? Ahora es que viene lo más extraño, juntando años tirados. Creo que hasta no consigo contar bien claro lo que sucedió. Vamos por partes: puse tal firmeza en no amar más a María, que ni mis pensamientos me traicionaron. Por otra parte la juventud radiaba y yo tenía mucho que aprender. Fue espantoso lo que pasó en mí. Sin abandonar mi modo de "perdido", aun cultivándolo, el secundario terminado, me había empezado a gustar el estudio. Me golpeó, súbitamente, aquella voluntad irritada de saber, me había vuelto estudiosísimo. Era más aun: una impaciencia rabiosa, que me hacía devorar bibliotecas, sin ninguna orientación. Pero brillaba, daba conferencias ampulosas en pequeñas asociaciones de muchachos, tenía ideas que asustaban a todo el mundo. Ya todos comenzaban a maliciar que era muy inteligente pero peligroso.

María, por su lado, parecía una loca. Se ponía de novia con Dios y todo el mundo, a los veinte años quedó comprometida con un joven bastante rico, compromiso que duró tres meses y se deshizo de repente, para, días después, quedar comprometida con otro, un diplomático riquísimo, casarse en dos semanas con alegría desmedida, riendo mucho en el altar y partir en busca de una embajada europea, con el secretario chic, su marido.

A veces, medio tonto con estos acontecimientos fuertes, acompañados medio de lejos, me acordaba del pasado, pero era sólo para sonreír de nuestra infantilidad y devorar en una tarde un libro incomprensible de filosofía. A pesar de todo estaba Rose para la noche, y una linda noviecita oficial, Violeta. Mis amigos me llamaban "jardinero" y yo ponía en la coincidencia de esas dos flores una fuerza de destinación fatalizada. A tal punto que habiéndome topado en una librería con *The*

*Gardener* de Tagore* , compré el libro y comencé a estudiar el inglés con locura: Mário de Andrade cuenta en uno de sus libros que estudió alemán a causa de una forastera tordilla... yo también: mi inglés nació de una Violeta y de una Rose.

No, nació de María. Fue cuando, unos cinco años después, María estaba a punto de volver por primera vez al Brasil, la madre de ella, quejosa de tamaña ausencia, conversando con mamá delante de mí, espetó en aquella su manera de gorda desabrida:

–¡Así es, María gustaba tanto de tí, tú no quisiste!... y ahora ella vive lejos de nosotros.

Por tercera vez me quedé aterrado en este cuento. Percibí todo de un tiro de cañón. Percibí a ella enloqueciendo, noviando con uno, casándose con otro, aturdiéndose con dinero y brillo. Me di cuenta que fui una bestia, sí, ahora que comenzaba a ser alguien, estudiando por mi cuenta fuera de la secundaria, vibrando en versos que mucha gente ya consideraba. Y percibí, horrorizado, que ¡ni a Rose!, ¡ni a Violeta!, ¡ni nada! ¡era a María que yo había amado siempre, como un loco! A María había amado siempre, como un loco: oh cómo venía sufriendo durante toda la vida, desgraciadísimo, aprendiendo a vencer sólo por rabia, imponiéndome al mundo como un desafío, superándome a mí mismo sólo por venganza de desesperado. ¡Cómo es que yo había podido imaginarme feliz!, peor: ¡ser feliz, sufriendo de aquella manera! ¿Yo? ¡yo no! era María, era exclusivamente María toda aquella superioridad que estaba apareciendo en mí... Y todo aquello era una desgracia muy perra. ¿Pues no andaban hablando mucho de María? Contaban que hacía diabluras, se hizo célebre con las extravagancias y aventuras. Había estado poco antes a punto de divorciarse, por un asunto por demás escandaloso, con un pintor de renombre que sólo pintaba efectos de luz. María en boca de todos, María borracha, María pasada de mano en mano, María pintada desnuda...

*Tagore, Rabindranath* (1861-1941). Escritor hindú autor de poemas, novelas, obras teatrales y ensayos. Premio Nobel de Literatura en 1913.



Se había dado una transposición de destinos...

Y tuve un pensamiento que al menos me salvó en el instante: si lo que tenía de útil ahora en mí era María, si ella se estaba transformando en el Juca imperfectísimo que yo había sido, si yo era apenas una proyección de ella, como ella ahora apenas una proyección de mí, si nos intercambiamos por un estúpido engaño de amor, al menos que yo me hiciera bien malo, pero bien malo otra vez, para igualarme a ella de nuevo. Fue la razón de la pelea con Violeta, impiadosa, y la farra de esa noche –tamaña borrachera que acabé desmayado, en una serie de vértigos, con médico, escándalo, y largo llanto de mamá con mi hermana.

Bien, tenía que visitar a María, está claro, éramos "gente grande" ahora. Cuando supe que ella tenía que ir a un banquete, pensé para mí: "perfecto, voy hoy luego de la cena, no la encuentro y dejo la tarjeta". Pero fui demasiado temprano. Llegué a la casa de sus padres, serían las nueve, todas aquellas exquisiteces de gente ricachona, criado que lleva la tarjeta en una bandeja de plata, etc. Los de la casa estaban todavía cenando. Me introdujeron en la salita de la izquierda, una especie de luisquince* muy sinvergüenza, todo dorado, que daba al hall central. Que hiciera el favor de esperar, ya venían.

Contemplando el grabado rosado, sentí de sopetón que había alguien más en la sala, me di vuelta. María estaba en la puerta, mirándome, riéndose, toda vestida de negro. Miren: yo sé que uno exagera en el amor, no insisto. Pero si ya tuve la sensación de la voluntad de Dios, fue por ver a María así, toda de negro vestida, fantásticamente mujer. Mi cuerpo sollozó todito y volví a quedar aterrado.

–Al menos di buenas noches, Juca...

"Buenos noches, María, yo me voy..." mi deseo era huir, era quedarme y que ella se quedara, sí, pero sin que nos tocásemos siquiera. Yo sé, juro que lo sé que ella se estaba entregando a

*luisquince.* Neologismo del autor para referirse al estilo Rococó que floreció durante el reinado del monarca francés Luis XV.

mí, prometiéndome todo, cediéndome todo cuanto quisiera en aquel dejarse mirar, sonriendo levemente, con las manos unidas cayendo delante del cuerpo, toda vestida de negro. Un segundo, me pasó por la visión devorarla en una hora astillada de cuarto de hotel, fue horrible. Pero, no había duda: María despertaba en mí los instintos de la perfección. Balbuceé al final un buenas noches muy indiferente, y las voces amontonadas venían del hall, de los otros que llegaban.

Fue éste el primero de los cuatro amores eternos que hacen de mi vida una grave condensación interior. Soy falsamente un solitario. Cuatro amores me acompañan, cuidan de mí, vienen a conversar conmigo. Nunca más vi a María, que se quedó por las Europas, divorciada finalmente, hoy dicen que viviendo con un austríaco interesado en ferias internacionales. Un aventurero cualquiera. Pero dentro de mí, María...bien: creo que voy a decir una banalidad.



## EL PAVO DE NAVIDAD

Nuestra primera Navidad en familia, después de la muerte de mi padre, sucedida cinco meses antes, fue de consecuencias decisivas para la felicidad familiar. Nosotros siempre fuimos familiarmente felices, en ese sentido muy abstracto de felicidad: gente honesta, sin crímenes, hogar sin peleas internas ni graves dificultades económicas. Pero, debido a la naturaleza opaca de mi padre, un ser desprovisto de cualquier lirismo, de una ejemplaridad incapaz, arrebujado en lo mediocre, siempre nos faltaba ese aprovechamiento de la vida, aquel gusto por las felicidades materiales, un buen vino, una temporada en el agua, adquisición de heladera, cosas así. Mi padre había sido un bueno equivocado, casi dramático, el pura sangre de los arruina–placeres.

Murió mi padre, lo sentimos mucho, etc. Cuando llegamos a las proximidades de Navidad, yo estaba que no podía más para apartar aquella memoria obstaculizadora del muerto, que parecía haber sistematizado para siempre la obligación de un recuerdo doloroso en cada almuerzo, en cada gesto mínimo de la familia. Una vez que le sugerí a mamá la idea de ir a ver una película al cine, lo que resultó fueron lágrimas. ¡Dónde se vio ir al cine de luto riguroso! El dolor ya estaba siendo cultivado por las apariencias, y a mí, que siempre me había gustado apenas regularmente mi padre, más por instinto de hijo que por espontaneidad de amor, me veía a punto de aborrecer al bueno del muerto.

Fue ciertamente por eso que me nació, esto sí espontáneamente, la idea de hacer una de mis llamadas "locuras". Esa había sido, por otra parte, y desde muy temprano, mi espléndida conquista contra el ambiente familiar. Desde tempranito, desde los tiempos de la secundaria, en que conseguía una reprobación regularmente todos los años; desde el beso a escondidas a

una prima, a los diez años, descubierto por Tía Vieja, una detestable tía* ; y principalmente desde las lecciones que di o recibí, no sé, de una criada de unos parientes, conseguí, en el reformatorio del hogar y entre la vasta parentela, la fama conciliatoria de "loco". "¡Es loco, el pobre!" decían. Mis padres hablaban con cierta tristeza condescendiente, el resto de la parentela buscando un ejemplo para los hijos y probablemente con aquel placer de los que se convencen de alguna superioridad. No tenían locos entre sus hijos. Pues fue lo que me salvó, esa fama. Hice todo lo que la vida me presentó y mi ser exigía para realizarse con integridad. Y me dejaron hacer todo, porque yo era loco, pobre. Resultó de todo eso una existencia sin complejos, de la que no me puedo quejar de nada.

Era costumbre siempre, en la familia, la cena de Navidad. Cena rala, ya se imaginan: cena tipo mi padre, castañas, higos, pasas, después de la Misa de Gallo. Empachados de almendras y nueces (cuánto discutimos los tres hermanos a causa del quebranueces...), empachados de castañas y monotonías, nos abrazábamos y nos íbamos a la cama. Fue recordando eso que exploté con una de mis "locuras":

–Bien, en Navidad, quiero comer pavo.

Hubo uno de esos espantos que nadie imagina. Luego mi tía solterona y santa, que vivía con nosotros, advirtió que no podíamos invitar a nadie por el luto.

–¡Pero quién habló de invitar a nadie! Esa manía...¡Cuándo fue que comimos un pavo en nuestra vida! El pavo aquí en casa es un plato de fiesta, viene toda esa parentela del demonio...

–Hijo mío, no hables así...

–¡Pues sí, hablo!

Y descargué mi helada indiferencia por nuestra parentela infinita, dicen que descendientes de bandeirantes*, ¡qué me impor-

*una detestable tía.* Alude al episodio narrado en "Vestida de negro", cuento incluido en esta antología.

*bandeirantes.* En Brasil, integrantes de las *bandeiras* (siglos XVI y XVIII), colonos que penetraban el interior paulista para conquistar tierras a los indios, cautivarlos y descubrir minas metalíferas. Descender de bandeirantes es señal de ilustre prosapia.



ta! Era el momento justo para desarrollar mi teoría de loco, pobre, no perdí la ocasión. Me dio de golpe una ternura inmensa por mamá y tiíta, mis dos madres, tres con mi hermana, las tres madres que siempre me divinizaron la vida. Era siempre lo mismo: venía el cumpleaños de alguien y sólo entonces hacían pavo en esa casa. Pavo era plato de fiesta: una inmundicia de parientes ya preparados por la tradición, invadía la casa por el pavo, las empanaditas y los dulces. Mis tres madres, tres días antes ya no sabían de la vida sino trabajar, trabajar en la preparación de los dulces y fríos, finísimos de bien hechos, la parentela devoraba todo y todavía se llevaba paquetitos para los que no habían podido venir. Mis tres madres apenas podían de exhaustas. Del pavo, sólo al entierro de los huesos al día siguiente, era que mamá con tiíta recién probaban un trozo de pata, vago, oscuro, perdido en el arroz blanco. Y aun eso era mamá quien lo servía, revisaba todo para el viejo y los hijos. En verdad nadie sabía de hecho qué era pavo en nuestra casa, pavo restos de fiesta.

No, no se invitaba a nadie, era un pavo para nosotros, cinco personas. Y tenía que ser con dos "farofas"*, la gorda con los menudos, y la seca, doradita, con bastante manteca. Quería el buche rellenado sólo con la "farofa" gorda, a la que le habríamos de agregar ciruela negras, nueces y una copa de jerez, como había aprendido en la casa de Rose, muy compañera mía. Está claro que omití dónde había aprendido la receta, pero todos desconfiaron. Y se quedaron enseguida con ese aire de incienso soplado, si no sería tentación del Diablo aprovechar una receta tan rica. Y cerveza bien helada, yo garantizaba casi gritando. Es verdad que con mis "gustos", ya bastante afinados fuera del hogar, pensé primero en un vino bueno, completamente francés. Pero la ternura por mamá venció al loco: a mamá le encantaba la cerveza.

Cuando terminé con mis proyectos, lo noté bien, todos estaban felicísimos, con un deseo terrible de hacer esa locura que yo había lanzado. Lo sabían bien, era una locura, sí, pero todos se hacían la ilusión de que yo solo estaba deseando mucho to-

*farofa.* Harina de mandioca usada para sazonar alimentos.

do aquello y era una manera muy fácil de tirar encima de mí la... culpa de sus ganas enormes. Sonreían mirando de reojo, tímidos como palomas desgarradas, hasta que mi hermana resolvió el consentimiento general:

– ¡Es un loco!...

Se compró el pavo, se hizo el pavo, etc. Y después de una Misa de Gallo mal rezada, se dio nuestra más maravillosa Navidad. Fue gracioso: después de acordarme de que, finalmente, le iba posibilitar a mamá comer pavo, no hice otra cosa, aquellos días, que pensar en ella, sentir ternura por ella, amar a mi viejita adorada. Y mis hermanos también estaban en el mismo ritmo violento de amor, todos dominados por la felicidad nueva que el pavo venía imprimiendo a la familia. De modo que, aún disimulando las cosas, dejé, muy tranquilo, que mamá cortara toda la pechuga del pavo. Además, se detuvo un momento, en fetas uno de los lados de la pechuga del ave, sin poder resistirse a aquellas leyes de economía que simpre la habían aprisionado en una casi pobreza sin razón.

–¡No, señora; córtelo entero! ¡Solamente yo me como todo eso!

Era mentira. El amor familiar estaba de tal manera incandescente en mí, que hasta era capaz de comer poco, tan sólo para que los otros cuatro comieran de más. Y el diapasón de los otros era el mismo. Aquel pavo comido a solas, redescubría en cada uno lo que la cotidianeidad había sofocado por completo: amor, pasión de madre, pasión de hijos. Dios me perdone, pero estoy pensando en Jesús... En aquella casa de burgueses bien modestos, se estaba realizando un milagro digno de la Navidad de un Dios. La pechuga del pavo quedó reducida enteramente a fetas amplias.

–¡Yo sirvo!

"¡Qué loco!", pues ¡por qué habría de servir, si siempre mamá había servido en aquella casa! Entre risas, los grandes platos llenos fueron pasados para mí y comencé una distribución heroica, mientras mandaba a mi hermano a servir la cerveza.

Tomé cuenta luego de un pedazo admirable de la carcaza, lleno de grasa, y lo puse en el plato. Y después vastas fetas blancas. La voz severa de mamá cortó el espacio angustiado donde todos aspiraban a su parte del pavo:

–¡Acuérdese de sus hermanos, Juca!

¡Cómo iba a imaginar, la pobre, que ese era su plato, de Madre, de mi amiga maltratada, que sabía de Rose, que sabía de mis crímenes, a quien yo sólo me acordaba de comunicarle lo que le hacía sufrir! El plato quedó sublime.

–¡Mamá, éste es el suyo! ¡No, no lo pase!

Fue cuando ella no pudo más con tanta conmoción y empezó a llorar. Mi tía también, después que se dio cuenta de que el próximo plato sublime sería el suyo, entró en el estribillo de las lágrimas. Y mi hermana que nunca vio una lágrima sin abrir la canilla también, se desparramó en el llanto. Entonces comencé a decir muchas barbaridades para no llorar también, tenía diecinueve años... ¡Qué familia bruta, que veía un pavo y lloraba!, esas cosas. Todos se esforzaban por sonreír, pero ahora fue cuando la alegría se tornó imposible. Es que el plato había evocado por asociación la imagen indeseable de mi padre muerto. Mi padre, con su figura gris, siempre venía para arruinar nuestra Navidad. Me puse furioso.

Bien, comenzamos a comer en silencio, luctuosos; el pavo estaba perfecto. La carne tierna, de un enfibrado muy tenue, flotaba delicada entre los sabores de las farofas y del jamón, de vez en cuando herida, inquietada y redeseada, por la intervención más violenta de la ciruela negra y el estorbo petulante de los pedacitos de nuez. Pero papá sentado allí, gigantesco, incompleto, una censura, una llaga, una incapacidad. Y el pavo estaba tan sabroso; mamá por fin sabía que el pavo era un manjar digno de Jesucito nacido.

Se inició una lucha sorda entre el pavo y la figura de papá. Imaginé que elogiar el pavo era fortalecerlo en la lucha y, está claro, yo tomaba decididamente el partido del pavo. Pero los difuntos tienen medios pegajosos, muy hipócritas de vencer:



apenas elogié el pavo, la imagen de papá creció victoriosa, insoportablemente obstructora.

–Sólo falta su padre...

Yo casi no comía, no podía más degustar ese pavo perfecto, tanto me interesaba esa lucha entre dos muertos. Llegué a odiar a papá. Y no sé qué inspiración genial, de repente me tornó hipócrita y político. En aquel instante, que hoy me parece decisivo en nuestra familia, tomé aparentemente el partido de mi padre. Fingí, triste:

–Es verdad... Pero papá, que nos quería tan bien, que murió de tanto trabajar por nosotros, papá allá, en el cielo, ha de estar contento... (dudé, pero resolví no mencionar más el pavo) contento de vernos a todos reunidos en familia.

Y todos comenzaron muy calmos a hablar de papá. Su imagen fue disminuyendo, disminuyendo y se transformó en una estrellita brillante en el cielo. Ahora todos comían el pavo con sensualidad, porque papá había sido muy bueno, siempre se había sacrificado tanto por nosotros, fue un santo que "ustedes, hijos míos, nunca podrán pagar lo le deben a su padre"; un santo. Papá se convirtió en un santo, una contemplación agradable, una inestorbable estrellita del cielo. No perjudicaba más a nadie, puro objeto de contemplación suave. El único muerto allí era el pavo, dominador, completamente victorioso.

Mi madre, mi tía, nosotros, todos inundados de felicidad. Iba a escribir, "felicidad gustativa", pero no era sólo eso, no. Era una felicidad mayúscula, un amor de todos, un olvido de otros parentescos distractores del gran amor familiar. Y fue, sé que fue aquel primer pavo comido en el retiro de la familia, el inicio de un nuevo amor, reacomodado, más completo, más rico e inventivo, más complaciente y cuidadoso de sí. Nació entonces una felicidad familiar para nosotros que, no soy exclusivista, algunos la tendrán así de grande, pero más intensa que la nuestra me resulta imposible imaginar.

Mamá comió tanto pavo que un momento imaginé que eso le podría hacer mal. Pero luego pensé: ¡ah, que le haga! ¡aun-

que muera, por lo menos que una vez en la vida coma pavo de verdad!

Una enorme falta de egoísmo me transportó a nuestro infinito amor... Después vinieron unas uvas leves y unos dulces, que allá en mi tierra llevan el nombre de "bien–casados". Pero ni aún este nombre peligroso se asoció al recuerdo de mi padre, que el pavo ya había convertido en dignidad, en cosa cierta, en culto puro de contemplación.

Nos levantamos. Eran casi las dos, todos alegres, bamboleantes por dos botellas de cerveza. Todos iban a acostarse, dormir o moverse en la cama, poco importa, porque es bueno un insomnio feliz. El problema era que Rose, católica antes de ser Rose, me había prometido esperarme con una champaña. Para poder salir, mentí, dije que iba a una fiesta de un amigo, besé a mamá y le guiñé el ojo, como una forma de contarle adónde era que iba a hacerla sufrir un poco. A las otras mujeres las besé sin guiñarles el ojo. ¡Y ahora, Rose!...



# Alcântara Machado

António Castilho de Alcântara Machado de Oliveira nació en São Paulo el 25 de mayo de 1901 y murió en Río de Janeiro el 14 de abril de 1935.

Perteneciente a una familia de rancia prosapia, descendiente de bandeirantes, colonizadores aventureros de las tierras paulistas, tuvo una educación esmerada. Se diplomó en Derecho en 1923 pero su labor profesional estuvo orientada al periodismo y la literatura. Comenzó como crítico teatral para el *Jornal de Comércio*. Su primer libro, *Pathé–Baby*, 1926, prefaciado por Oswald de Andrade, registra las impresiones de su segundo viaje a Europa. Participó activamente del Movimento Modernista, aunque no estuviera presente durante la Semana, colaborando en diversas revistas literarias como, por ejemplo, la *Revista de Antropofagia*. Posteriormente se dedica a la política; en 1933 se traslada a Río de Janeiro para ejercer la secretaría general de la bancada paulista en la Asamblea Nacional Constituyente. Es electo diputado federal por su estado en representación del Partido Constitucionalista (centro). En 1935 visita Montevideo y Buenos Aires. Testimonio de esta visita a la capital argentina es un artículo aparecido en *O Jornal de Rio de Janeiro* el 26 de febrero de ese año (transcripto en: Antelo, Raúl, *Confluencia*. Buenos Aires, Centro de Estudios Brasileños, 1982, pág. 68-70).

Los cuentos de Alcântara Machado privilegian los ambientes urbanos humildes de São Paulo, especialmente el elemento italiano que poblaba sus calles a principios de siglo. De carácter documental, los textos surgen de la identificación con lo popular, con el significado del cambio de la ciudad y con una sociedad en crecimiento y expansión.

"... a través de lo local –dice Celso Pedro Luft–, visto y sentido en profundidad, alcanza lo universal, como notó Mário de Andrade. Sus personajes, por más localizados y pintorescos, son síntesis psicológicas. Dotado de gran espíritu de observación y de un realismo instantáneo, sabe dar vivacidad a las escenas y las personas: un partido de fútbol, una pelea en la calle, un tipo popular, se imponen al lector por los trazos vivos y fuertes."

(Obras principales: Cuento: *Brás, Bexiga e Barra Funda*, 1927; *Laranja da China*, 1928. Novela: *Mana Maria* (inconclusa), 1936. Viaje: *Pathé–Baby*. Ensayo: *Cavaquinho e saxofone*, 1940.)



## NACIONALIDAD

El peluquero Tranquillo Zampinetti de la calle del Gasómetro nº 224–B, entre un cabello y una barba leía siempre los comunicados de la guerra del FANFULLA*. Muchas veces hasta en voz alta. De puro entusiasmo. *La fulminante investita dei nostri bravi bersaglieri ha ridotto le posizione nemiche in un vero amazzo di rovine. Nel campo di battaglia sono restati circa cento e novanta nemici. Dalla nostra parte abbiamo perduto due cavalli ed è rimasto ferito un bravo soldato, vero eroe che si è avventurato troppo nella conquista fatta da solo di una batteria nemica.**

Comunicaba al lustrabotas Giacomo (SALÓN MUNDIAL) la nueva victoria y entonaba:

*¡Tripoli será italiana,*
*será italiana a bombo di cannone!**

En esos días memorables delante de los clientes asustados blandía la navaja como una espada:

*–¡Caramba, come dicono gli spagnuoli!**

*Fanfulla*. Guerra colonialista italiana.

*La fulminante... batteria nemica*. En italiano: "La fulminante embestida de nuestros bravos bersaglieris ha reducido la posición enemiga en un verdadero amasijo de ruinas. En el campo de batalla han quedado cerca de ciento noventa enemigos. De nuestra parte hemos perdido dos caballos y permanece herido un valiente soldado, verdadero héroe que se había aventurado demasiado en la conquista realizada solo de una batería enemiga."

*Trípoli... di cannone!* En italiano: "Trípoli será italiana / será italiana a estrépito de cañón!"

*¡Caramba... spagnuoli!* En italiano: "¡Caramba, como dicen los españoles!"

Pero tenía un disgusto. Disgusto patriótico y doméstico. Tanto Lorenzo como Bruno (Rusito para la pandilla del Brás*) no querían saber nada de hablar italiano. Lorenzo era hasta irritante.

*–¡Lorenzo! ¡Tua madre ti chiama!*

Nada.

*–¡Tua madre ti chiama, ti dico!*

Inútil.

*–¡Per l'ultima volta, Lorenzo! Tua madre ti chiama, ¿hai capito?*

¿Qué? ¿qué?

*–¡Stai attento que ti rompo la faccia, figlio d'un cane sozzaglione, che non sei altro!**

–¡Me puede ofender que yo no entiendo! ¡Mamá! ¡MAMÁ! ¡MAMÁ!

Cada paliza de no creer.

Después de cenar Tranquillo ponía dos sillas en la vereda y llamaba a la mujer. Se quedaban disfrutando el fresco un buen rato. Tranquillo fumando su pipa. Doña Emilia haciendo medias violetas, verdes, amarillas. A veces Giacomo venía también cargando su silla de paja gruesa.

Raramente abrían la boca. Apenas para saludarse solamente:

*–Buona sera, Crispino.*

*–Tanti saluti a casa, sora Clementina.**

Pero cuando se le ocurría a Carlino Pantaleoni, propietario del MERCADO BELLA TOSCANA, acercarse también para unirse al grupo, se producía el silencio total. Hablaba tanto que

*Brás*. Barrio de São Paulo, residencia, a principios de siglo, de la mayoría de los inmigrantes italianos.

*–¡Lorenzo!... altro!* En italiano: "¡Tu madre te llama! (...) -¡Tu madre te llama, te digo! (...) –¡Por última vez, Lorenzo! Tu madre te llama ¿has entendido? (...) -¡Está atento que te rompo la cara, hijo de un perro asqueroso, que no eres otra cosa!'

*-Buona sera, ... Clementina*. En italiano, "-Buenas tardes, Crispino. -Muchos saludos a su casa, doña Clementina."



ni se detenía en la silla. Andaba de un lado para el otro. Con grandes gestos. Y era un desgraciado: citaba a Dante Alighieri y Leonardo da Vinci*. Sólo a esos. Pero también sin titubear. Y veinte veces cada diez minutos. Desgraciado.

El asunto ya sabe: Italia. Italia y más Italia. Porque Italia esto, porque Italia aquello. E Italia quiere, Italia hace, Italia es, Italia manda.

Giacomo era menos jacobino*. Tranquillo lo era mucho. Pero se quedaba quieto.

Sí. Se quedaba quieto. Pero se iba a dormir con aquella idea fija en la cabeza: volver a la patria.

Doña Emilia sacudía los hombros.

Un día Ferrucio, candidato del gobierno a tercer juez de paz del distrito vino a conseguir el voto de Tranquillo. Habló. Habló. Habló. Tranquillo repasando la navaja por el rostro del político sólo escuchaba.

*–¿Siamo intesi?*

*–No. Non sonó elettore.*

*–¿Non è elettore? ¿Ma perchè?*

*–Perchè sono italiano, mio caro signore.*

*–¿Ma che c'entra la nazionalità, Dio Santo? ¡Pure io sono italiano e farò il giudice!*

*–Stà bene, stà bene. Penserò.**

*Dante Alighieri y Leonardo da Vinci*. Dante Alighieri, célebre escritor florentino (1265-1321), autor de la *Commedia, La vita nouva, de Monarchia*, etc. Leonardo da Vinci (1452-1519), famosísimo pintor e ingeniero del Renacimiento, autor del célebre retrato *Mona Lisa*. Leonardo dejó varios escritos sobre diversos temas así como también un *Tratado de la pintura*.

*jacobino*. Por extensión, toda persona de ideas extremistas y exaltadas. Se origina en el nombre de un grupo político durante la Revolución francesa.

*–Siamo ... Penserò*. En italiano: "–¿Estamos de acuerdo? –No. No soy elector. –¿No es elector? ¿Pero por qué? –Porque soy italiano, querido señor. –¿Pero qué tiene que ver la nacionalidad, Dios Santo? ¡Yo también soy italiano y haré de juez! –Está bien, está bien. Lo pensaré."

Y votó con otra libreta.

Después le gustó. Se anotó como elector. Y hasta se le dio por conseguir votos.

La guerra europea encontró a Tranquillo Zampinetti propietario de cuatro edificios en la calle del Gasómetro, dos en la calle Piratininga*, militante influyente del Partido Republicano Paulista* y dilecto compadre del primer subdelegado del Brás; a Lorenzo, asociado de la firma Vanzinello & Cía. y comprometido con la hija del mayor Antônio Del Piccolo, miembro del directorio oficialista de Bom Retiro*; a Bruno, vicepresidente de la Asociación Atlética Ping–Pong y alumno de primer año del Colegio del Estado.

Tranquillo se inquietó. Compró un mapa de las operaciones con las respectivas banderitas. Colocó en el salón el retrato de la familia real. Adornó la araña con papel de seda tricolor.

*–¡Questa volta Guglielmone avrà il suo!**

Lorenzo continuaba de novio. Bruno se burlaba.

Doña Clementina apenas hacía caso. Pero el día en que el marido resolvió, influido por Carlino, subscribir el empréstito de guerra, protestó indignada. Tranquillo dio dos gritos patrióticos. Doña Emilia dio tres económicos. Tranquillo cedió. Y le mostró a Carlino su libreta de elector.

A los pocos meses se fue desinteresando de la guerra. Y llegó hasta la perfección de quedarse quieto la tarde en que Bruno entró a la casa berreando como un poseso:

*Il general Cadorna*
*scrisse alla Regina:*

*calle del Gasómetro... calle Piratininga.* En el barrio del Brás.

*Partido Republicano Paulista.* Representante de sectores oligárquicos, fuerza hegemónica en el Estado de São Paulo entre 1901 y 1926.

*Bom Retiro.* Barrio de São Paulo.

*–Questa volta... suo!* En italiano: "¡Esta vez Guglielmone tendrá lo suyo!"



*Si vuol vedere Trieste*
*t'la mando in cartolina...**

Y Bruno, sólo para fastidiar, no cantó otra cosa durante tres días.

Propietario de dos edificios más en la calle Santa Cruz da Figueira*, Tranquillo Zampinetti cerró el salón (la mano ya le temblaba un poquito) y entró como socio comanditario de la Perfumería Santos Dumont.

Entonces ya decía en sus conversaciones en el Centro Político del Brás:

–¡Lo que uno *bisogna** en el Brasil, bisogna realmente, es un buono gobierno, nada más!

Y el único trabajo que tenía era fiscalizar todos los días la construcción de la capilla de la familia en el cementerio de Araçá.

Cuando Bruno, bachiller en ciencias jurídicas y sociales por la Facultad de Derecho de São Paulo, al salir del aula magna en el día de la entrega de diplomas, cayó en sus brazos, Tranquillo Zampinetti lloró como un niño.

En el patio la banda de la Fuerza Pública (gentilmente cedida por el doctor secretario de Justicia) terminaba el himno académico. La estudiantina le gritaba a los visitantes:

–¡Sombrero! ¡Sombrero–brero–brero!

Y danzaban bajo las arcadas.

Tranquillo empujó al hijo con frac y todo hacia adentro de un automóvil en la plaza de São Francisco y mandó ir a toda velocidad para la casa.

*Il general... in cartolina...* En italiano: "El general Cadorna / escribió a la Reina: / Si quieres ver Trieste / te la mando en una postal..."

*Santa Cruz da Figueira.* Calle del Brás.

*bisogna.* En italiano, "necesita".

Doña Emilia estaba entretenida en la cocina cuando el hijo de Lorenzo gritó en el corredor:

–¡Abue! ¡Abue! ¡Ven a ver al tío Bruno de galera!

Tembló toda enterita. Y fue al encuentro del hijo amparada por Lorenzo y por la nuera.

–*¡Benedetto pupo mio!**

Viendo a los cinco llorando abrazados, el hijo de Lorenzo abrió también la boca.

El primer servicio profesional de Bruno fue requerir al Excmo. Sr. Dr. Ministro de Justicia y Negocios Interiores del Brasil la naturalización de Tranquillo Zampinetti, ciudadano italiano residente en São Paulo.

–*Benedetto pupo mio!* En italiano, "¡Bendito hijo mío!"



## APÓLOGO BRASILEÑO SIN VELO DE ALEGORÍA

El trencito recibió en Maguari al personal del matadero y enfiló para Belém*. Ya era de noche. Sólo se sentía el olor dulce de la sangre. Nadie veía las manchas en las ropas de los pasajeros porque no había luz. De vez en cuando pasaba una chispa que largaba la chimenea de la locomotora. Y los vagones a oscuras.

Tren misterioso. Noche afuera noche adentro. El jefe venía a recoger los boletos con el cigarro en la boca. Acercaba el pasaje bien cerca de la punta encendida y daba una pitada para hacer más luz. No veía muy bien la fecha y se lo guardaba en el bolsillo.

Siempre había algunos que gritaban:

–¡Váyase a pisar al infierno!

Él pedía perdón (o no lo pedía) y seguía su camino. Los vagones bamboleándose.

El trencito seguía endiablado para Belém porque el maquinista todavía no había cenado. Los que no dormían, aprovechando la oscuridad, conversaban y hasta gesticulaban por fuerza de la costumbre brasileña. O si no cantaban, silbaban. Sólo las mujeres se encogían por temor de alguna falta de respeto.

Noche sin luna ni nada. Los fósforos alumbraban un instante las caras cansadas y la negritud caía de nuevo. Nadie se extrañaba. Era así todos los días. El personal del matadero ya estaba acostumbrado. Parecía un tren de carga, el tren de Maguari.

Pero sucedió que el día seis de mayo viajaba en el penúltimo asiento del lado derecho del segundo vagón un ciego de anteojos azules. Ciego bahiano de las márgenes del Verde de Baixo,

*Belém*. Capital del estado de Pará.

Flautista de profesión había dado un concierto en Bragança*. Se había detenido en Maguari. Volvía a Belém con setenta mil cuatrocientos en el bolsillo. El mestizo que le servía de guía sólo se tomaba un respiro en el bostezo para escupir.

El viejo bahiano estaba contento. Primero dio un codazo al secretario y le sacó conversación. Sacó en vano porque no vino nada. Entonces comenzó a silbar. Silbó un vals (de esos que van subiendo, van subiendo y después descendiendo, descendiendo), una polca, un trozo de *El Trovador** . Se quedó quieto un rato. De repente le sobrevino algo. Le preguntó al muchacho:

–¿El diario no dice nada sobre la sucesión presidencial?

El muchacho respondió:

–No sé: nosotros estamos a oscuras.

–¿A oscuras?

–Sí.

Se quedó pensando callado. Estaba clarísimo que no comprendía bien. Preguntó de nuevo:

–¿No hay luz?

Bostezo.

–No, no hay.

Escupida.

Pensó un poco más. Preguntó de nuevo:

–¿El vagón está a oscuras?

–Así es.

De tanta indignación golpeó el bastón en el piso. Y comenzó a gritar así:

–¡No puede ser! ¡Ferrocarril corrupto! ¿Qué hacen que no la encienden? ¡No se puede vivir sin luz! ¡La luz es necesaria! ¡La luz es el mayor don de la naturaleza! ¡Luz! ¡Luz! ¡Luz!

*Bragança*. Ciudad del estado de Pará.

*El Trovador*. Ópera de Giuseppe Verdi, compositor italiano (1813-1901).



Y la luz no se hizo. Continuó vociferando:

–¡Luz! ¡Luz! ¡Luz!

Sólo la oscuridad respondía. El viejo bahiano estaba muy enojado. Rugía. Unas voces preguntaron desde la noche:

–¿Qué es lo que pasa?

El viejo bahiano bramó:

–¡No hay luz!

Las voces estuvieron de acuerdo:

–Efectivamente, no hay luz.

Fue necesario explicar que era una sinvergüenzada. El hombre no es un animal. Vivir en las tinieblas es escupir en el progreso de la humanidad. Por lo tanto, uno tiene la obligación de reaccionar contra los explotadores del pueblo. En el precio del pasaje está incluida la luz. ¿El gobierno no toma medidas? ¿No las toma? La turba ignara hará valer sus derechos sin él. Contra él si es necesario. El brasileño es bueno, es amigo de la paz, es todo lo que quieran: pero bobo, no. Llega un día en que las cosas revientan.

Todos gritaban discutiendo con fervor y palabrotas. Un mulato propuso que se matara al jefe del tren. Pero Juan Virgulino recordó:

–Él es un pobre como nosotros.

Otro sugirió una gran manifestación en Belém con banda de música y discursos.

–¿También con fuegos artificiales?

–Con fuegos artificiales también.

–¡Qué hermosura!

Pero Juan Virgulino observó:

–Pero eso cuesta dinero.

–¿Qué vamos a hacer entonces?

Nadie sabía. Es decir: Juan Virgulino sabía. Carneador en jefe del matadero de Maguari, sacó el facón de la cintura y co-

menzó a cortajear el asiento de estofa. Con todos las reglas del oficio.

Cortó un pedazo, lo tiró por la ventanilla y dijo:

–¡Dos quilos de lomo!

Cortó otro y dijo:

–¡Un quilo y medio de panceta!

Todos los pasajeros carneadores y auxiliares imitaron al jefe. Era cuestión de cortar y tirar por las ventanillas. Parecía un servicio organizado. Las órdenes partían de todos lados. Con chistes, risas, carcajadas.

–¿Cuántas reses, Pepe Bento?

–¡Yo voy por la cuarta, Pepe Bento!

El viejo bahiano cuando se dio cuenta de lo que pasaba, saltó de contento. El jefe del tren corrió casi llorando.

–¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Es a causa de la luz?

El viejo bahiano respondió:

–¡Es a causa de las tinieblas!

El jefe del tren suplicaba:

–¡Calma! ¡Calma! Yo les consigo unas velitas.

Juan Virgulino recorría los vagones palpando los asientos.

–¡Aquí hay todavía unos tres quilos de colchón blando!

El jefe del tren se fue a su camarote y se encerró por dentro a rezar. Belém ya estaba cerca. De los bancos sólo quedaban los armazones de hierro. Los pasajeros de pie contaban hazañas. El viejo bahiano tocaba la marcha de su cosecha llamada "¡A las armas ciudadanos!" El mesticito envolvía con el diario el facón birlado en la confusión.

Haciendo sonar el silbato el tren de Maguari llegó a la estación de Belém. En dos etapas los vagones se vaciaron. El último en salir fue el jefe, muy pálido.

Belém vibró con la historia. Los diarios colocaron grandes titulares. Así era de uno de ellos: *Los pasajeros del tren de Maguari se amotinaron tirando los asientos junto a las vías.* Pero fue sustituido porque se prestaba a interpretaciones que herían el decoro de las familias. Frente al Teatro da Paz se produjo un conflicto sangriento entre la población.



Hecha la denuncia a la policía se inició la investigación para deslindar las responsabilidades. Ante un gran número de abogados, representantes de la prensa, curiosos y personas importantes, el delegado escuchó a varios pasajeros. Todos se mantuvieron en la negativa, menos uno que se declaró protestante y traía un ejemplar de la Biblia en el bolsillo. El delegado preguntó:

–¿Cuál fue la causa verdadera del motín?

El hombre respondió:

–La causa verdadera del motín fue la falta de luz en los vagones.

El delegado miró fijo a los ojos del pasajero y continuó:

–¿Quién encabezó el movimiento?

En medio de la ansiosa expectativa de los presentes, el hombre reveló:

–¡Quien encabezó el movimiento fue un ciego!

Quiso jurar sobre la Biblia pero fue inmediatamente puesto tras las rejas, porque con la autoridad no se embroma.

# BIBLIOGRAFÍA GENERAL


Ataíde, Tristão de, *A evolução do conto no Brasil*. Rio de Janeiro, Academia Brasileira de Letras, 1958.

Barroso, Haydée Jofre, *Esquema histórico de la literatura brasileña*. Buenos Aires, Nova, 1959.

*Boletim Bibliográfico Biblioteca Mário de Andrade* (Número especial dedicado a la crónica), 46, 1/4 (1985).

Bosi, Alfredo, *História concisa da literatura brasileira*. 2ª ed., São Paulo, Cultrix, 1980. (Hay traducción española en México, Fondo de Cultura Económica, 1982).

Brayner, Sônia, *Labirinto do espaço romanesco: tradição e renovação da literatura brasileira, 1880-1920*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira/INL, 1979.

Broca, Brito, *A vida literária no Brasil-1900*. 3ª ed., Rio de Janeiro, José Olympio/Prolivro, 1975.

Cândido, Antônio, *Literatura e sociedade*. 5ª ed., São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1976.

– *Introducción a la literatura de Brasil*. Caracas, Monte Ávila, 1968.

– & Castello, José Aderaldo, *Presença da literatura brasileira*. 9ª ed., São Paulo, DIFEL, 1983, 3 vols.

Carone, Edgard, *A República velha, instituicões e classes sociais*. 3ª ed., São Paulo, DIFEL, 1975.

Carpeaux, Otto Maria, *Pequena bibliografia crítica da literatura brasileira*. 3ª ed., Rio de Janeiro, Letras e Artes, 1964.

Cavalheiro, Edgar, *Evolução do conto brasileiro*. Rio de Janeiro, MEC, 1957.

Coutinho, Afrânio (org.), *A literatura no Brasil*. Rio de Janeiro, Sul Americana, 1971.

– *La moderna literatura brasileña*, trad. H. Jofre Barroso. Buenos Aires, Macondo, 1980.

Galvão, Walnice Nogueira, "Cinco teses sobre o conto", en: AA.VV., *O livro do seminário*. Ensaios, Bienal Nestlé de Literatura Brasileira 1982, São Paulo, L R Editores, 1983, pág. 165-72.

Gomes, Celeuta Moreira, *O conto brasileiro e sua crítica* (1841-1974). Rio de Janeiro, Biblioteca Nacional, 1977.

Kovadloff, Santiago, "El cuentista Machado de Assis", en: *Clarín*, Suplemento "Cultura y Nación", 26/10/89, 1-2.

Lima, Luiz Costa, "O conto na modernidade brasileira", AA.VV., *O livro do seminário*. Ensaios, Bienal Nestlé de Literatura Brasileira 1982. São Paulo, L R Editores, 1983, pág. 173-218.

Lima Sobrinho, Barbosa, "O conto urbano no Brasil", *Curso de conto*. Rio de Janeiro, Academia Brasileira de Letras, 1958.

– *Os precursores do conto no Brasil*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1960.

Lucas, Fábio, "O conto no Brasil moderno", en: AA.VV., *O livro do seminário*. Ensaios, Bienal Nestlé de Literatura Brasileira 1982. São Paulo, L R Editores, 1983, pág. 103–64.

Luft, Celso Pedro, *Dicionário de literatura portuguesa e brasileira*. 3ª ed., Rio de Janeiro, Globo, 1987.

Merquior, José Guilherme, *De Anchieta a Euclides: breve história da literatura brasileira-I*. Rio de Janeiro, José Olympio, 1977.

Pacheco, Carlos y Barrera Linares, Luis (comp.), *Del cuento y sus alrededores*. Caracas, Monte Ávila Latinoamericana, 1993.

Pasero, Carlos Alberto, "La literatura brasileña en el nivel medio", en: *Limen*, III, nº 7, 1994, pág. 26-7.



Pereira, Lúcia Miguel, *Prosa de ficção* (1870 a 1920), 2ª ed., Rio de Janeiro, José Olympio, 1957.

Pólvora, Hélio, "Fundamentos do moderno conto brasileiro", en: *Cultura*, I, nº 3, 1971, pág. 56-9.

– "El moderno cuento brasileño", *Revista de Cultura Brasileña*, nº 37, 1974, pág. 5-19.

Rela, Walter, *Fuentes para el estudio de la nueva literatura brasileña*. Montevideo, Instituto de Cultura Uruguayo-Brasileño, 1990.

Ricupero, Rubens, "Alcântara Machado testigo de la inmigración", en: *Brasil/Cultura*, XII, nº 59 1987, pág. 18-39.

Severino, Alexander, "Tendencias principales del desarrollo del cuento brasileño", en: Pupo–Walker, Enrique (org.), *El cuento hispanoamericano ante la crítica*. Madrid, Castalia, 1973, pág. 358-70.

Sodré, Nelson Wernek, *História de literatura brasileira; seus fundamentos econômicos*. 4ª ed., Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1964.

Sontag, Susan, "Posteridades: el caso de Machado de Assis", en: *La Nación*, Suplemento Literario, 11-11-1990, pág. 1-2.

# GUÍA DE TRABAJOS PRÁCTICOS

**1.** *Cuento de escuela*

a) Organizar un "foro" para discutir las implicancias éticas relacionadas con el suceso narrado en "Cuento de escuela". Algunas preguntas disparadoras podrían ser: ¿Qué valor asume en nuestra sociedad actual el soborno?, ¿está bien denunciar casos de corrupción? Los personajes del cuento, ¿actúan bien o mal, o ni una cosa ni la otra?

b) Si tenemos en cuenta que el relato de Machado de Assis está ubicado a mediados del siglo XIX es fácil percibir actitudes y valores representados que hoy podrían ser diferentes. Reescribir el relato manteniendo la anécdota básica pero ubicando la acción en un colegio actual y cambiando las situaciones y alternativas que correspondan.

c) Relacionar la disyuntiva ética que plantea "Cuento de escuela" con el problema abordado por la Filosofía, cuyo discurso actúa como trasfondo del relato. Para tener un panorama más amplio del tema, consultar: Obiols, Guillermo, *Nuevo curso de Lógica y Filosofía*. Buenos Aires, Kapelusz, 1993, cap. X.

**2.** *Padre contra madre*

a) El episodio narrado en "Padre contra madre" actualiza nuestra curiosidad sobre los mecanismos represivos esclavistas en nuestro país. Buscar datos sobre la historia de la esclavitud en la Argentina y compararla con la practicada en el Brasil.

b) El cuento se arma sobre la base de oposiciones explícitas o implícitas; una ya está en el título, "Padre contra madre", otra es el orden social y humano contra el orden natural. Apoyándose en el texto, y por el principio de la lectura connotativa del título, reconstruir otras series de oposiciones, por ejemplo, la libertad contra la esclavitud.

c) Analizar la frase final que piensa Cándido Neves: "No todos los niños lo logran". ¿Cuál es la ideología subyacente a esas palabras? Reunir material acerca de las ideas sobre la supervivencia del más apto que se infieren de la cita en cuestión. Elaborar las conclusiones en un informe por escrito.

c) Tras haber consultado, debatido y fijado previamente el sentido del concepto de ironía, reunir pruebas textuales para dilucidar la cuestión de si el narrador justifica o no el accionar de Cándido Neves.

d) Continuar la historia alterando el desenlace: Cándido Neves se conmueve con los ruegos de la esclava y, opción 1: la deja escapar; opción 2: la lleva a su casa para protegerla.

**3.** *Plebiscito*

a) Relacionar "Plebiscito" con situaciones habituales que vivimos a diario y que permiten la fácil identificación del lector con los personajes. Pensar en los ámbitos frecuentes, la escuela, la casa, el club, etc. Hilvanar por escrito las anécdotas que vayan surgiendo.

b) En "Plebiscito" se presenta dramáticamente una situación hogareña y cotidiana. Haciéndole los cambios necesarios para ambientarla en la actualidad, redactar un paso de comedia o un sketch para un programa de televisión.



**4.** *El gramático*

a) Leer acerca de la vida y la obra de Víctor Hugo para formarse una opinión acerca del valor de este escritor francés. Seguidamente analizar el mecanismo de comicidad implicado en la nota necrológica que redacta el doctor Praxedes.

b) Los rasgos de pedantería y obsesión del personaje central por la gramática nos brindan elementos para armar un retrato satírico más completo, tanto literario como plástico. Crear otras situaciones cómicas en donde intervenga este personaje y su preocupación inoportuna por la sintaxis y el lenguaje. Una opción sería escoger otro tipo de pedante sabelotodo de nuestro entorno, en computación, matemática o deportes por ejemplo.

c) Comparar los relatos de Artur Azevedo con los Cuentos de Fray Mocho, escritor argentino cuyo nombre era José S. Álvarez.

**5.** *El buey viejo*

a) La relación del ser humano con los animales plantea cuestiones éticas y sentimentales. Extender el conflicto que plantea "El buey viejo" a otras áreas de la realidad, inclusive las relaciones entre los humanos. Relacionar este cuento con "Última carpida" de Valdomiro Silveira.

b) La frase con que comienza el cuento puede dar pie para relatar otras situaciones de la relación animal–hom-

bre vividas personalmente. O, por el contrario, tomar situaciones que contradigan la tesis del cuento en cuestión.

**6.** *Contrabandista*

a) "Contrabandista" presenta rasgos culturales comunes entre el Estado de Rio Grande do Sul y el Litoral argentino, sobre todo prácticas de la vida en la frontera. Averiguar qué condiciones y valores culturales hacen al carácter del hombre de la frontera entre Argentina y Brasil.

b) Relacionar la literatura de João Simões Lopes Neto con la de nativistas argentinos, por ejemplo, Horacio Quiroga. (Ver: *Cuentos de amor de locura y de muerte*. Buenos Aires, Kapelusz, 1993, GOLU).

**7.** *Canhambóra*

a) Una tesis reiterada en contra de la esclavitud, que se esgrimió durante la campaña abolicionista en Brasil, era que el sistema de sumisión envilecía tanto al esclavo como al amo. ¿De qué manera esta misma tesis está presente en "Canhambóra"?

b) Reescribir el cuento "Canhambóra" imaginando formas opuestas de comportamiento de los personajes.

**8.** *Última carpida*

a) "Última carpida" pone en escena mecanismos del trabajo rural. Ampliar esta relación extratextual con una investigación sobre las formas de producción agrícola desde el punto de vista de las técnicas y las condiciones económicas de producción en los cafetales. Esta situación se puede comparar con la de otras regiones, especialmente de nuestro país. Consultar con el profesor de Geografía, Historia o Economía.

b) "Última carpida" es un texto de denuncia de las condiciones laborales del trabajador rural. En conexión con la propuesta anterior, una investigación histórica y jurídica de las relaciones laborales en el agro, permitiría documentarse para la redacción de un texto similar ambientado en alguna región argentina.

**9.** *El hombre con cabeza de cartón*

a) La sátira se propone ridiculizar defectos morales y sociales. ¿Cuál es el objeto de la sátira en "El hombre con cabeza de cartón"?

b) Una narración colectiva consiste en asignar turnos de cinco minutos para que cada integrante del grupo agregue líneas a la redacción. El tema: las situaciones cotidianas de un personaje absolutamente sincero, absolutamente responsable, absolutamente honesto, absolutamente eficiente, absolutamente bueno.

**10.** *El bebé de tarlatana rosa*

a) "El bebé de tarlatana rosa" se desarrolla durante el carnaval y reproduce así el clima de una larga tradición, la carnavalesca, que se conecta con otras fiestas populares europeas y americanas en las cuales el contacto sin barreras, la unión de los contrarios y el "mundo del revés" son tópicos reiterados. Averiguar desde el punto de vista histórico y antropológico los orígenes y significados del carnaval en la Antigüedad, la Edad Media y el Renacimiento; abordar especialmente el carnaval de Río de Janeiro hasta la actualidad.

b) El carnaval, sincrético y ritual, diverso según las culturas, es un espectáculo participativo, en el cual las leyes que rigen la vida cotidiana desaparecen. Diluidas transitoriamente las barreras jerárquicas, las personas se relacionan de manera libre e íntima. Teniendo en cuenta éstas y otras consideraciones sobre el carnaval, elaborar una interpretación del desenlace del cuento en cuestión.

c) Investigar acerca de las características del decadentismo, el dandismo y el espíritu "fin de siècle" en literatura. Corroborar estos elementos estéticos en el cuento "El bebé de tarlatana rosa". Es posible enriquecer este trabajo realizando una comparación con el cuento de Oscar Wilde, "La esfinge sin secreto".

**11.** *La nueva California*

a) "La nueva California" retoma el tema de la fiebre del oro que asoló California en el siglo XIX y en otras épocas a través de la alquimia. Investigar hechos históricos relacionados con la fiebre del oro. No desechar otras fiebres especulativas y de riqueza fácil como la bolsa o el petróleo.

b) La presencia de un extraño y su particular propuesta va desatando paulatinamente la codicia de un pueblo del interior hasta disolver los lazos sociales y vitales. Rastrear en otros relatos movimientos colectivos alocados para un trabajo de comparación.

c) En base a los hechos narrados en "La nueva California" redactar una crónica periodística para un diario capitalino.



d) Las razones de la fuga de Raimundo Flamel no están explicadas en el relato. Desarrollar esta línea argumental en un relato fantástico.

**12.** *El hombre que sabía javanés*

a) El "jeitinho" brasileño es un rasgo de identidad, un modo de ser, a veces exaltado y otras veces denostado. Es el equivalente a la "chantada", la "avivada" o la "ventajita" argentinas. Proviene del "malandro", el pícaro o bribón urbano; consiste en un pequeño engaño para obtener una ventaja por sobre los demás. A veces, es también una manera creativa de tomar un atajo para obtener algo, burlándose de las normas. Esta estructura de comportamiento social aparece satirizada en "El hombre que sabía javanés". Una lectura argentina de este cuento nos podría llevar a crear un ensayo, reportaje o encuesta sobre el "jeitinho" porteño, cordobés, rosarino o de cualquier otra zona de nuestro vasto, querido y *avivado* país.

b) Explorar este rasgo de la picardía sudamericana en la literatura nacional. Desde los consejos del Viejo Vizcacha hasta los ensayos sobre la viveza criolla. Revisar para un trabajo de comparación las *Aguafuertes porteñas* de Roberto Arlt.

**13.** *Vestida de negro*

a) "Vestida de negro" nos da la ocasión de reflexionar sobre el amor. Es cuestión de animarse y, más que debatir, confesar(se). El tema sería: ¿qué es el amor?, ¿cómo es el primer amor?, ¿cómo superar la pérdida amorosa?. (Lectura recomendada: Roland Barthes, *Fragmentos de un discurso amoroso*).

b) "Vestida de negro" invita a un ejercicio de lectura psicológica. Analizar desde ese punto de vista el siguiente fragmento: "Mi impresión es que he estado amando siempre... Después del amor grande por mí, que brotó a los tres años y duró hasta los cinco más o menos, mi amor luego se dirigió a una especie de prima lejana que frecuentaba nuestra casa. Como se ve, jamás sufrí del complejo de Edipo, gracias a Dios. Toda mi vida, mamá y yo fuimos muy buenos amigos, sin nada de amores peligrosos."

**14.** *El pavo de Navidad*

a) "El pavo de Navidad" evidencia una fuerte relación intertextual con los trabajos psicoanalíticos de Freud, especialmente con su libro *Totem y tabú*. Rastrear los elementos freudianos presentes en el relato y analizar su función en relación con la historia narrada. Pedir auxilio al profesor de Psicología, al gabinete del colegio o al analista.

b) La escena de la familia reunida durante la comida puede servir para componer una dramatización en la cual pueden agregarse otros elementos y situaciones que exploten aspectos virtuales, poco desarrollados en la historia original. Escribir un guión para representar en el aula.

**15.** *Nacionalidad*

a) El cuento representa el proceso de integración de los inmigrantes italianos a la sociedad de São Paulo. Revisar el tema del inmigrante en la literatura argentina con miras a escoger un texto para el cotejo crítico con "Nacionalidad". Algunas posibilidades: Eugenio Cambaceres, *Pot-pourri, En la sangre*; de la editorial Kapelusz, Colección G.O.L.U.: Florencio Sánchez, *Barranca abajo, M'hijo el dotor, La gringa*; Armando Discépolo, *Stéfano*. (Consultar además: Gladys S. Onega, *La inmigración en la literatura argentina* (1880-1910), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982).



b) El tema de la integración de los inmigrantes podría servir para una historia ambientada en la actualidad que focalizara los aportes culturales incorporados al carácter argentino o los conflictos de los flujos inmigratorios más recientes. Discutir previamente en grupo las experiencias de cada uno al respecto.

**16.** *Apólogo brasileño sin velo de alegoría*

a) El apólogo es una narración breve de carácter alegórico y finalidad moralizante, muchas veces protagonizada por objetos inanimados. Frente a esta definición teórica del género ¿qué transformaciones ha sufrido en el cuento de Alcântara Machado?, ¿cuál sería el lugar de lo moralizante y de lo brasileño?, ¿por qué el título dice "sin velo de alegoría"?

b) El Modernismo se propuso como misión investigar el carácter colectivo brasileño. Debatir el análisis de la cultura y la psicología social analizada en el cuento y si es extensible a lo latinoamericano. El tema de la discusión podría ser "Posibilidad de la protesta y la resolución de conflictos sociales".

*Biblioteca*

# GRANDES OBRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL

## AUTORES ESPAÑOLES

| | Código |
|---|---|
| ANÓNIMO | |
| La vida de Lazarillo de Tormes | 20459 |
| Poema del Cid | 20531 |
| Selección de romances viejos de España y América | 20521 |
| ALARCÓN, Pedro A. de | |
| El capitán Veneno | 20446 |
| El sombrero de tres picos | 20495 |
| ARCIPRESTE DE HITA | |
| Libro de Buen Amor | 20485 |
| AZORÍN | |
| Reflejos de España | 20405 |
| BÉCQUER, Gustavo Adolfo | |
| Leyendas | 20447 |
| Rimas | 20449 |
| BENAVENTE, Jacinto | |
| Los intereses creados | 20415 |
| BERCEO, Gonzalo de | |
| Milagros de Nuestra Señora y otros poemas | 20462 |
| BLASCO IBÁÑEZ, Vicente | |
| La barraca | 20559 |
| CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro | |
| Autos sacramentales | 20554 |
| El alcalde de Zalamea | 20423 |
| La vida es sueño | 20407 |
| CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de | |
| Don Quijote de la Mancha (versión completa, 2 tomos) | 20488 |
| Don Quijote de la Mancha (versión abreviada) | 20401 |
| El casamiento engañoso | 20482 |
| El coloquio de los perros | 20482 |
| El licenciado Vidriera | 20468 |
| Rinconete y Cortadillo | 20410 |
| La gitanilla | 20418 |
| Entremeses | 20413 |
| ERCILLA, Alonso de | |
| La araucana | 20500 |
| FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro | |
| El sí de las niñas | 20445 |
| GARCÍA LORCA, Federico | |
| Antología poética | 20567 |
| Bodas de sangre | 20581 |
| Doña Rosita la soltera | 20571 |
| La zapatera prodigiosa | 20571 |
| La casa de Bernarda Alba | 20568 |
| Yerma | 20568 |
| GARCILASO DE LA VEGA | |
| Poesías | 20458 |
| GÓNGORA, Luis de | |
| Selección poética | 20553 |
| INFANTE DON JUAN MANUEL | |
| El Conde Lucanor | 20454 |
| IRIARTE, Tomás de | |
| Fábulas | 20550 |
| LARRA, Mariano José de | |
| Artículos | 20452 |
| LOPE DE VEGA, Félix | |
| Peribáñez y el comendador de Ocaña | 20490 |
| El mejor alcalde, el Rey | 20416 |
| Fuenteovejuna | 20425 |
| El caballero de Olmedo | 20551 |
| La dama boba | 20470 |
| MACHADO, Antonio | |
| Selección poética | 20574 |
| MANRIQUE, Jorge | |
| Poesías completas | 20507 |
| MARQUÉS DE SANTILLANA | |
| Obras escogidas | 20526 |
| MIRÓ, Gabriel | |
| Figuras de la Pasión del Señor | 20547 |
| MOLINA, Tirso de | |
| Don Gil de las calzas verdes | 20486 |
| El burlador de Sevilla y convidado de piedra | 20478 |

PÉREZ GALDÓS, Benito
Misericordia 20563
Doña Perfecta 20484
Trafalgar 20444
Marianela 20442

PÉREZ LUGÍN, Alejandro
La casa de la Troya 20538

QUEVEDO Y VILLEGAS, Francisco de
La vida del Buscón 20565
Selección de páginas en prosa 20496

ROJAS, Fernando de
La Celestina 20492

SAMANIEGO, Félix María de
Fábulas 20550

SANTA TERESA DE JESÚS
Las moradas 20501

UNAMUNO, Miguel de
Abel Sánchez 20502
San Manuel Bueno, mártir 20575

VALERA, Juan
Pepita Jiménez 20437

VALLE INCLÁN, Ramón del
Luces de bohemia 20570

ZORRILLA, José
Don Juan Tenorio 20509
Leyendas y Tradiciones 20432

## AUTORES ARGENTINOS

ANTOLOGÍAS Código
Antología de la literatura fantástica argentina, siglo XIX 20466
Antología de la literatura fantástica argentina, siglo XX 20499
Cuentos de adolescentes 20541
Cuentos policiales argentinos 20506
Narradores argentinos de hoy, T. 1 20473
Narradores argentinos de hoy, T. 2 20503

ANDERSON IMBERT, Enrique
El milagro y otros cuentos 20564

ARLT, Roberto
El juguete rabioso 20577
Saverio el cruel 20525
La isla desierta 20525
300 millones 20584

BIOY CASARES, Adolfo
Plan de evasión 20504

BORGES, Jorge Luis
Borges. Cuentos 20566
Borges. Poesías (Nueva edición) 20540

CAMPO, Estanislao del
Fausto 20428

CANÉ, Miguel
Juvenilia 20438

COSSA, Roberto
Nuestro fin de semana 20524

DEFILIPPIS NOVOA, Francisco
He visto a Dios 20561
Despertáte, Cipriano 20561

DISCÉPOLO, Armando
Mateo 20532
Stefano 20532

ECHEVERRÍA, Esteban
La cautiva 20406
El matadero 20406

EICHELBAUM, Samuel
Un guapo del 900 20537

FERNÁNDEZ MORENO, Baldomero
Vida y desaparición de un médico 20460
La patria desconocida 20426

FRAY MOCHO (José S. Álvarez)
En el mar austral 20557

GÁLVEZ, Manuel
Páginas vivas de Manuel Gálvez 20556

GONZÁLEZ, Joaquín V.
Mis montañas 20402

GOROSTIZA, Carlos
El puente 20524
Aeroplanos 20586

GÜIRALDES, Ricardo
Don Segundo Sombra 20542

HERNÁNDEZ, José
Martín Fierro 20404

HUDSON, Guillermo Enrique
Allá lejos y hace tiempo 20515

LAFERRÈRE, Gregorio de
Las de Barranco 20420
Locos de verano 20494
¡Jettatore...! 20510
Los invisibles 20585

LARRETA, Enrique
La gloria de Don Ramiro 20476

LÓPEZ, Lucio V.
La gran aldea 20424

LUGONES, Leopoldo
Páginas vivas de Leopoldo Lugones 20573

MALLEA, Eduardo
El vínculo 20560
Los Rembrandts 20560
La rosa de Cernobbio 20560

MANSILLA, Lucio V.
Una excursión a los indios ranqueles (selección) 20587

MARASSO, Arturo
La mirada en el tiempo 20545

MÁRMOL, José
Amalia (2 tomos) 20441

NALÉ ROXLO, Conrado (Chamico)
Mi pueblo 20477

OBLIGADO, Rafael
Poesías 20421
Santos Vega 20414

PAYRÓ, Roberto J.
Pago Chico 20543
El casamiento de Laucha 20543

PRADO, Manuel
La guerra al malón 20558

SABATO, Ernesto
Páginas vivas de Ernesto Sabato 20505

SÁNCHEZ GARDEL, Julio
Los mirasoles 20580

SARMIENTO, Domingo F.
Recuerdos de provincia 20450
Facundo 20436

STORNI, Alfonsina
Alfonsina. Poesías 20578

VACAREZZA, Alberto
El conventillo de la Paloma 20555
San Antonio de los Cobres 20555

## AUTORES IBEROAMERICANOS

ANTOLOGÍAS Código
Crónicas de ayer y de hoy 20546
Cuentos del Brasil 20583

BURGHI, Juan
Zoología lírica 20469

DARÍO, Rubén
Cuentos 20472
Antología poética 20487

IBARBOUROU, Juana de
Chico Carlo 20409
Verso y prosa 20461

INCA GARCILASO DE LA VEGA
Comentarios Reales (selección) 20475
Crónica de la Conquista 20516

ISAACS, Jorge
María 20419

MARTÍ, José
La edad de oro 20512

MISTRAL, Gabriela
Páginas en prosa 20403

PALMA, Ricardo
Tradiciones peruanas 20467

QUIROGA, Horacio
Cuentos de amor de locura y de muerte 20572
Cuentos de monte y río 20576
Los desterrados 20569

ROA BASTOS, Augusto
Contar un cuento y otros relatos 20539

RODÓ, José Enrique
Parábolas 20434
Ariel 20430

RUIZ DE ALARCÓN, Juan
La verdad sospechosa 20429
Las paredes oyen 20579

SÁNCHEZ, Florencio
Barranca abajo 20511
En familia 20427
La gringa 20439
M'hijo el dotor 20433

SASTRE, Marcos
El tempe argentino 20552

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ
Selección poética 20479

ZORRILLA DE SAN MARTÍN, Juan B.
Tabaré 20408